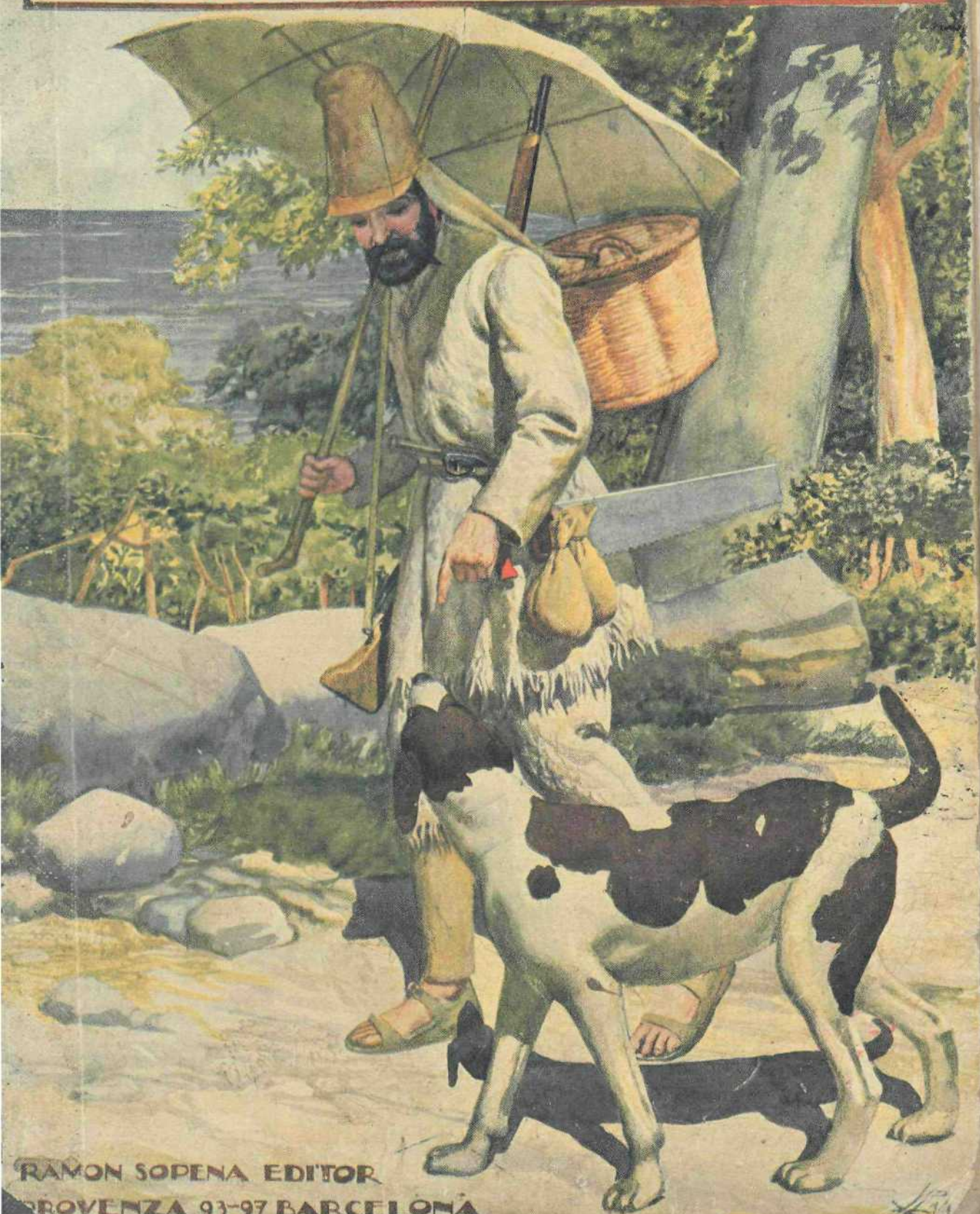


ROBINSON CRUSOE



RAMON SOPENA EDITOR
PROVENZA 93-97 BARCELONA

1657
1032

2027
68

55

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MÁS FOLCH

Barcelona, 22 de Agosto de 1924
IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL
PASCUAL LLÓPEZ

POR MANDADO DE SU SRÍA.
Lic. Salvador Carreras, pbro.
SCRIBO. CANG.

Carmen Ruiz B. V.

CBV
G-19

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

DANIEL DE FOE



ILUSTRADO CON
55 GRABADOS

AVENTURAS DE ROBINSON CRUSOE



DONACION DE
Carmen Ruiz
Bravo-Villasante

Reg. ED (CBV): 31.404

1936

EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A. - PROVENZA, 95 - BARCELONA

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

UAM
UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE MADRID

DERECHOS RESERVADOS

PUBLISHED IN SPAIN

Gráficas Ramón Sopena, S. A. - Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

AVENTURAS DE ROBINSÓN CRUSOÉ

I

Nací en York el año 1632, de una familia distinguida, pero extranjera en el país. Mi padre, natural de Brema, se dedicó al comercio en Hull, logrando reunir una fortuna bastante regular. Más tarde fijó su residencia en York, en donde contrajo matrimonio con mi madre, que pertenecía a la familia Robinsón Kreutznaer, nombre alterado después por una corrupción muy corriente en Inglaterra, y convertido en el Crusoé, con el cual seguimos firmando mi familia y yo mismo en la actualidad.

Mi padre, de edad avanzada, me había educado como convenía a mi rango, ya proporcionándome él mismo algunos conocimientos, ya enviándome a una escuela fuera de la población. Su deseo era hacerme estudiar Leyes, mas mis planes diferían mucho de los suyos. Dominado tan sólo por el deseo de viajar por mar, me resistía con tal firmeza contra la voluntad paternal, contra los ruegos de mi madre y las instancias de mis parientes, que desde aquel momento hubiera sido fácil predecir que una especie de vocación fatal me llevaría hacia un

porvenir de sufrimientos y miserias. Mi padre, hombre sesudo y discreto, no tardó en adivinar mis proyectos y me dió buenos consejos para hacerme desistir de ellos.

Impresionado sinceramente por un tierno razonamiento de mi bondadoso padre, resolví dar al olvido mis anhelos de viajar y establecerme en mi población natal, conforme a sus deseos; mas ¡ay! este buen propósito pasó como un relámpago; volví a mis antiguas ideas, y para esquivar en adelante las que yo juzgaba importunidades del autor de mis días, traté de alejarme sin su permiso.

Un día en que mi madre parecía estar más contenta que de ordinario, llamándola aparte, le dije que mi pasión de ver mundo era tan irresistible, que me incapacitaba de emprender carrera alguna; que había resuelto firmemente poner en práctica mi ilusión, y que mi padre obraría con más tino dándome su consentimiento que obligándome a alejarme en contra de su voluntad. A semejantes palabras, mi madre se encolerizó y me dijo que era inútil hablarle a mi padre de dicho asunto.

A pesar de tan formal repulsa, no dejé de conocer que se lo había contado luego todo a mi padre, y que el

desgraciado anciano, penetrado del más profundo dolor, había exclamado suspirando :

—Ese atolondrado muchacho podría ser dichoso si quisiera quedarse en casa ; pero será el más desgraciado de los mortales si marcha al extranjero ; yo no puedo tolerarlo.

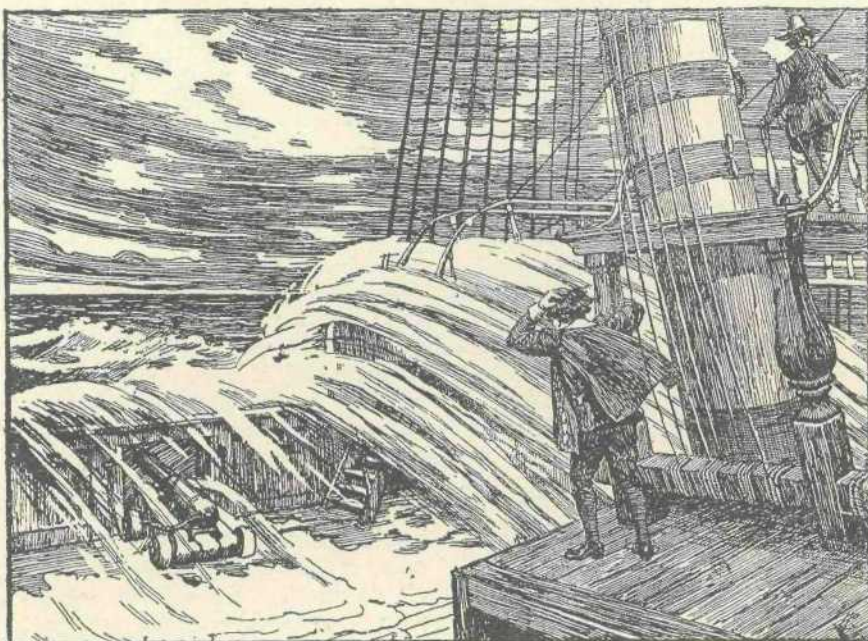
Cierto día, hallándome en Hull, donde había ido por casualidad y sin propósito determinado, encontré a uno de mis amigos que iba a salir para Londres en un buque de su padre. Me invitó a partir en su compañía, y para obligarme más me tiró el cebo de que ordinariamente se sirven los marinos, diciéndome que nada me costaría el viaje. Y sin haber solicitado la autorización, ni menos la bendición de mis padres, ni implorado la bendición del Cielo, sin pesar las circunstancias y sin medir las consecuencias, el primero de septiembre del año 1651, día infausto, ¡ bien lo sabe Dios !, salté a bordo de un buque que llevaba cargamento para Londres. Dudo que haya existido jamás un joven tan amante de aventuras, cuyas desgracias comenzasen tan pronto y durasen tanto como las mías. Apenas la embarcación había salido del puerto, cuando se levantó un fuerte vendaval y el mar empezó a agitarse con una violencia aterradora. Como jamás había navegado se apoderó de mi ánimo un malestar indecible, una angustia espantosa y un pavor difícil de expresar. En aquellos momentos acudieron de golpe a mi mente todos los buenos consejos de mis parientes, las lágrimas de mi padre, las

súplicas de mi madre, y mi conciencia, que no estaba aún viciada, como lo ha estado después, me acusaba severamente el haber despreciado tan saludables lecciones, faltando a todos mis deberes para con Dios y para con mis padres.

Mientras tanto el temporal arreciaba cada vez con más furia, las espumosas olas se revolvían impetuosas ; y, aunque aquello no fué nada en comparación de lo que vi después, era, sin embargo, lo suficiente para hacer temblar a un marino novel, a un joven que, como yo, se sentía, por la primera vez de su vida, amenazado por tan terrible elemento. A cada instante temía verme tragado y cada vez que las olas barrían la cubierta del buque creía ir a tocar el fondo del mar para no volver a salir de él. Resuelto a imitar la conducta del hijo pródigo, formé el propósito de volver a ocupar mi lugar en la casa de mis padres. Pero aquellas prudentes y saludables ideas duraron tanto como duró la tempestad, pues al día siguiente el viento había calmado y yo empezaba a reanimarme.

Dormí bien toda la noche ; de modo que, lejos de estar mareado, me encontraba lleno de alegría y de salud, contemplando aquel mar pocas horas antes tan terrible y agitado, y en aquel instante tan bonancible y hermoso. Estaba abstraído en estas ideas, cuando mi camarada, el que me había invitado a hacer aquel viaje, temiendo que persistiese en volver al buen camino, del cual me había apartado, se acercó a mí, y dán-





A cada instante temía verme tragado y cada vez que las olas barrían la cubierta del buque... (Pág. 6.)

dome un golpecito en el hombro, me dijo :

—Y bien, querido amigo, apuesto cualquier cosa a que esta noche pasada has tenido miedo, ¿no es verdad? Y eso que no ha sido más que una pequeña ráfaga de viento.

—¡Cómo! ¿llamas a eso una pequeña ráfaga de viento, cuando ha sido una verdadera tempestad?

—¿Una tempestad? — me replicó—, eres un inocente ; eso no ha sido nada. Los marinos no hacemos caso de esas pequeñas borrascas, sobre todo cuando tenemos un buen buque y nos hallamos en altar mar.

En fin, para abreviar este episodio de mi historia, recurrimos a las costumbres marinas : se hizo el ponche, me aturdí y en aquella noche de orgía quebranté todas mis promesas, olvidé todas mis reflexiones concernientes a mi conducta pasada y todas mis resoluciones para el porvenir.

A los seis días de navegación anclamos en la rada de Yarmouth. Nos vimos precisados a fondear en dicho sitio, y como la brisa continuase soplando del Sudoeste, nos detuvo siete u ocho días, durante los cuales varias embarcaciones de Newcastle fueron a refugiarse en la misma rada, donde se reúnen de ordinario todos los buques que esperan un viento favorable para embocar en el Támesis.

Sin embargo, no hubiéramos tardado tanto tiempo en entrar en la embocadura del río si el viento no hubiese concluído por ser excepcionalmente violento entre el cuarto y quinto días. Aunque el capitán era un experimentado y valiente marino y tomó cuantas precauciones creyó necesarias para la salvación del buque, le oí exclamar paseándose abatido sobre cubierta :

—¡Dios mío, tened compasión de nosotros! ¡Que vuestra grande mi-

sericordia nos valga ! ; Estamos perdidos !

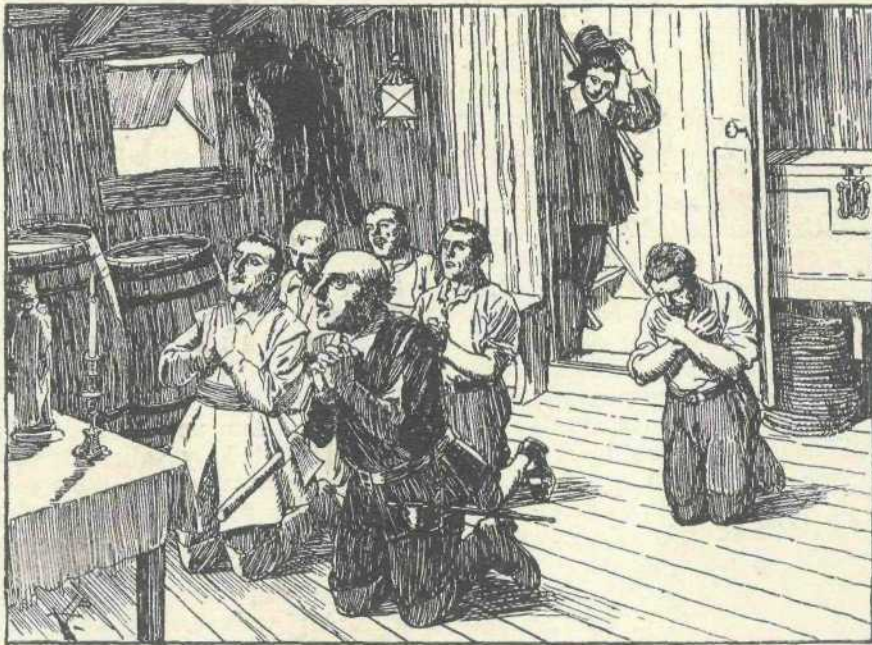
Hallábame yo en la cámara de popa, inmóvil y lleno de estupor, y no podría decir cuál era la situación de mi ánimo en aquellos instantes. Los horrores de la muerte, ahuyentados de mí, reaparecieron cuando oí aquellas palabras del capitán : « ¡ Estamos perdidos ! » Salí de la cámara para ver lo que sucedía. Jamás espectáculo más terrorífico había herido mi vista ; las olas, como inmensas montañas, amenazaban sepultarnos de un momento a otro ; a cualquier parte que dirigía la mirada no veía más que desolación.

A la caída de la tarde, el piloto y el contra maestre opinaron que debía cortarse el palo de mesana. Dejo a la consideración de mis lectores el estado en que me hallaría yo, que jamás había navegado y a quien la borrasquilla anterior había asustado tanto.

El temporal, en tanto, arreciaba por momentos, y los marineros mis-

mos confesaron que no habían visto nunca nada parecido. Nuestra embarcación era sólida, pero iba muy sobrecargada, y se sumergía mucho en el agua, tanto, que los marineros decían de vez en cuando que iba a zozobrar. Afortunadamente, entonces ignoraba lo que significaba la palabra *zozobrar*, de lo cual me informé más tarde.

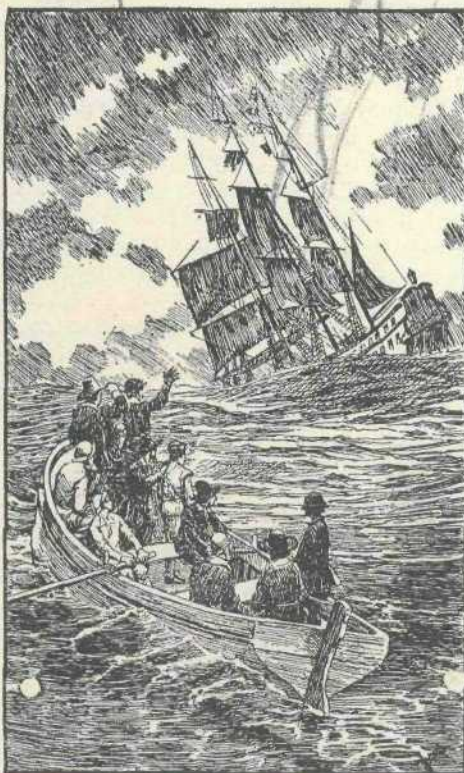
La borrasca era tan violenta, que vi lo que raras veces se ve, esto es, que el capitán, el contra maestre y algunos viejos lobos de mar estaban rezando como si aguardasen de un momento a otro ver al buque sumergirse en el fondo del mar. Para colmo de desdichas, a eso de la media noche, un hombre que el capitán había hecho bajar para examinar la cala, gritó que el barco tenía una vía de agua. Fueron llamados todos para que acudiesen a la bomba. Esto me produjo tal impresión que caí de espaldas sobre mi cama, a cuyo borde me hallaba sentado. Mas los marineros vinieron a sacarme de



mi sopor, diciéndome que si hasta entonces de nada había servido, desde aquel momento era tan capaz como cualquiera otro para ayudar a achicar el agua. Me levanté, me acerqué a la bomba y trabajé vigorosamente. En el entretanto, el capitán que divisó algunos barcos pequeños cargados de carbón que, no pudiendo resistir, se habían visto obligados a correr el temporal y se internaban mar adentro, le pareció que venían hacia nosotros y mandó disparar un cañonazo en demanda de auxilio. No comprendiendo yo aquello, creí que el buque se había estrellado y me desmayé. En aquel instante, nadie atendía más que a su propia salvación; así es que no hicieron caso del estado en que me encontraba. Solamente un marinero, creyéndome muerto si duda, me apartó con el pie y ocupó mi puesto en la bomba. Tardé largo rato en recobrar el sentido.

La bomba continuaba sacando agua, pero en la bodega cada vez había más; según todas las apariencias, el buque se iba a pique, y aunque el temporal empezó a amainar algún tanto, era, sin embargo, imposible que pudiera sostenerse a flote el tiempo suficiente para poder llegar al puerto más próximo; en su consecuencia, el capitán hizo disparar nuevos cañonazos en demanda de auxilio. Una pequeña embarca-

ción que iba adelante echó un bote al agua para socorrernos; éste se acercó, no sin gran peligro, pareciendo imposible que nos abordase ni que nosotros pudiésemos llegar a él. Finalmente los remeros, haciendo un último esfuerzo y exponiendo su vida por salvar la nuestra, llegaron a colocarse de tal manera que pudimos echar por el lado de popa un cabo atado a una boya. Arrostrando mil fatigas y mil riesgos,



asieron la cuerda; y nosotros, después de tirar de ella desde la popa, atracamos la chalupa y bajamos todos a ella.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora después de haber abandonado el buque, cuando vimos que se hundía; entonces supe por primera vez lo que los marineros entienden por la palabra *zozobrar*. Entretanto, nuestra gente remaba con vigor haciendo todos los esfuerzos imaginables para aproximarnos a tierra lo antes posible. En

uno de los momentos en que el bote se remontaba por encima de las grandes olas, descubrimos un grupo de gente que corría a la playa con objeto de prestarnos socorro en cuanto nos aproximásemos; pero avanzábamos con mucha lentitud y no podíamos de ningún modo llegar sin antes pasar el faro de Winterton, porque más allá la costa, internándose hacia el Oeste por la parte de Cromer nos ponía al abrigo de la violencia del

viento. Llegamos, no sin grandes dificultades, a aquel sitio, y pisamos todos, afortunadamente, tierra. Desde allí nos dirigimos a pie a Yarmouth, en donde fuimos tratados del modo más hospitalario, lo mismo por las autoridades, que mandaron que se nos instalase en buenas habitaciones, como por los comerciantes, que nos dieron dinero suficiente para dirigirnos a Londres o volver a Hull, según nos conviniera.

Si hubiese pensado juiciosamente, sin perder momento me habría marchado a Hull, y en derechura a casa de mis padres. Este camino debiera haber seguido para llegar a ser feliz, y mi anciano padre, como en la parábola del Evangelio, hubiera brindado por mi buena intención; pero mi mala estrella me impulsaba con fuerza irresistible.

El camarada que había contribuído a mi falta y que era hijo del capitán, estaba entonces mucho más desalentado que yo. Cuando por primera vez me habló en Yarmouth conocí que había cambiado de ideas, pues meneando la cabeza con aire triste y melancólico se informó de mi salud y expuso a su padre quién era yo, y que había intentado aquel viaje como un ensayo de empresas más importantes. El capitán se volvió entonces hacia mí, y con acento a la vez grave y cariñoso me dijo:

—Muchacho, en vez de volver a embarcaros, debéis tomar lo acontecido como una señal cierta y visible de que no estáis destinado para la profesión marítima. ¿Quién sois y qué causa os ha impulsado a hacer eso?

Interpelado de ese modo le conté parte de mi historia; mas al concluir me interrumpió, y encolerizándose sobremanera exclamó:

—Joven, tened por entendido que si no volvéis a vuestra casa no encontraréis adondequiera que vayáis más que dolores y desgracias, hasta

que se realicen al pie de la letra los augurios de vuestro padre.

Apenas le contesté, y nos separamos al momento. Jamás le volví a ver, ni supe qué camino siguió. En cuanto a mí, como tenía algún dinero, me encaminé por tierra a Londres, donde tuve la dicha de caer en buenas manos, lo cual no es frecuente en jóvenes tan libertinos y obstinados como yo, pues no tarda el espíritu maligno en tender multitud de lazos a su inexperiencia. La primera persona con la cual trabé conocimiento fué un capitán de un buque que acababa de llegar de la Guinea, y que habiendo obtenido pingües beneficios con su viaje a aquellas costas, había resuelto volver por segunda vez. Agradó tanto mi conversación a dicho capitán, que me propuso embarcarme con él, pues me había oído decir que tenía deseos vehementes de correr aventuras. Díjome al propio tiempo que no tendría que hacer gastos de ninguna clase, que comería con él, y sería su compañero inseparable; que si quería llevar algo para comerciar, acaso la ganancia que me reportaría iría más allá de mis esperanzas.

Acepté la proposición; y unido estrechamente con el capitán, que era un hombre muy franco y honrado, accedí a seguirle a Guinea. Aventure una pequeña cantidad, que se aumentó con la mayor rapidez, gracias a la probidad y desinterés de mi nuevo amigo.

Puedo asegurar desde luego que de todos mis viajes, éste fué el más feliz, debiéndoselo todo a la buena fe y generosidad de mi excelente amigo el capitán. Entre las ventajas que me proporcionó su conocimiento, fué una de ellas la de aprender medianamente las matemáticas y las reglas de la navegación, a conocer de una manera exacta la marcha de un buque, a indicar con la carta de marear en la mano el punto de la superficie del globo en don-

de se encuentra la embarcación, a saber, en fin, todo lo que no debe ignorar un marinero ; y como el capitán se complacía tanto en enseñarme como yo en aprender, llegué a convertirme a un mismo tiempo en marino y comerciante. Traje de Guinea cinco libras y nueve onzas de oro en polvo, lo cual me valió en Londres cerca de trescientas libras esterlinas. Semejante fortuna me inspiró proyectos muy vastos, los cuales después ocasionaron mi total ruina.

En fin, había llegado a ser comerciante de Guinea ; mas, por desgracia, mi buen amigo el capitán del barco murió pocos días después de nuestro regreso. Resolví, no obstante, realizar otro viaje en el mismo barco, con el oficial que el año anterior era piloto, y ahora iba mandándolo. Es imposible imaginar navegación más desgraciada, pues aunque no perdí todo el producto de mis beneficios, porque no llevaba más que cien libras esterlinas, dejando las doscientas restantes en poder de la viuda del capitán, que guardó fielmente aquel depósito, experimenté a pesar de todo las más terribles desventuras. Navegando con rumbo a las islas Canarias, o más bien, entre estas islas y las costas de África, fuimos sorprendidos un día al amanecer por un corsario turco de Salé, que venía dándonos caza a toda vela. Por nuestra parte dimos al viento todas las que llevábamos con el objeto de escapar ; mas viendo que nos iba al alcance nos apercebimos a la lucha. A bordo contábamos con doce cañones ; el pirata poseía diez y ocho. A las tres de la tarde llegó a ponerse a tiro, empezando el ataque por medio de una falsa maniobra ; porque en lugar de hacernos fuego sobre la popa, como parecía su intención, nos descargó una andanada cogiéndonos de flanco, y tras un violentísimo combate nos vimos obligados a rendirnos.

Los vencedores nos condujeron a Salé, puerto perteneciente a los moros. El trato que experimenté en esta cautividad no fué tan duro como yo había temido en un principio. No fuí conducido con los demás a la ciudad donde el emperador tiene su residencia : el capitán pirata se quedó conmigo como parte de su presa : yo era joven y ágil, y por consiguiente muy apto para su servicio particular. La mudanza de condición, es de-



...no tardó en volver con dos bolsas de cuero... (Pág. 12.)

cir, el cambio que sufrí de comerciante a esclavo, me sumió en la desesperación. Recordé entonces las palabras proféticas de mi padre, en las cuales me anunciaba mi infortunio, y que no tendría a nadie que me amparase en mi desgracia.

Mi nuevo amo me había conducido a su morada ; yo no perdía la esperanza de salir de mi esclavitud a pesar de todo y me decía : «Seguramente mi amo me llevará en sus excursiones por el mar, y tarde o

temprano caerá en poder de algún buque español o portugués.»

Pero pronto perdí esta lisonjera esperanza, pues cuando él se embarcaba me dejaba en tierra para que cuidase del jardín, y así transcurrieron dos años.

Sin embargo, mi amo salía frecuentemente con una chalupa a pescar; y como yo era muy diestro en este ejercicio, me llevaba siempre con él. Un día proyectó con dos o tres moros distinguidos salir con su barquito con objeto de pescar y divertirse. Hizo preparativos extraordinarios, embarcando la víspera más provisiones que las que tenía por costumbre; me mandó también que tuviese limpias las tres escopetas, con la pólvora y plomo correspondientes, con objeto de gozar de dos placeres a la vez: el de la caza y el de la pesca.

Lo preparé todo como deseaba, y al día siguiente lo estaba esperando en la chalupa, perfectamente limpia, lavada y empavesada, en una palabra, digna de recibir a aquellos huéspedes, cuando vino mi señor solo a decirme que sus invitados habían diferido la excursión para otro día por impedírsele algunos negocios. Mandóme al mismo tiempo salir con la chalupa, acompañado de un moro y de un joven esclavo, para cogerle pescado, porque sus amigos cenaban con él, añadiendo que nos apresurásemos a volver tan pronto como hubiésemos pescado algo. Me preparé, pues, a seguir aquellas instrucciones.

Esta circunstancia me hizo pensar en la fuga, y en cuanto mi amo se retiró empecé a hacer los preparativos, no para una pesca, sino para un viaje, sin saber aún qué camino seguiría, pues en cualquier dirección que me alejase de aquel sitio sería para mí volverme a la vida.

Astutamente hice llevar a la chalupa víveres y otras cosas útiles y necesarias y tendí al moro que me

acompañaba un lazo, en el cual cayó con la mejor buena fe del mundo.

—Muley — le dije —, tenemos aquí las escopetas de nuestro amo: ¿no podríais proporcionarnos un poco de pólvora y plomo? Quizá tengamos ocasión de matar por nuestra cuenta algunas aves marinas. Sé que el señor ha dejado a bordo las municiones.

—Efectivamente — me contestó —, voy a buscarlas.

En efecto, no tardó en volver con dos bolsas de cuero, una muy grande, que contenía más de libra y media de pólvora, y la otra llena de perdigones y algunas balas, que pesaba cinco o seis libras.

Estuvimos pescando largo tiempo sin resultado alguno, porque cuando sentía picar algún pescado en el anzuelo no tiraba de él, cuidando de que el moro no lo viese. Al cabo de un buen rato le dije:

—Aquí no haremos nada de provecho, y nuestro amo va a suponer que no tenemos interés en servirle; es preciso que nos alejemos un poco más.

No sospechando nada Muley, se dirigió a la proa del bote y largó la vela. Colocado en el timón conduje la chalupa hasta una legua más allá, aparentando pescar; pero de pronto entregué la caña del timón al joven esclavo, me aproximé al moro, y fingiendo bajarme para recoger cualquier cosa detrás de él, le cogí desprevenido, y asiéndole con fuerza por las piernas lo arrojé al mar, sin darle tiempo para defenderse. Tardó poco en aparecer sobre el agua, porque nadaba muy bien; entonces me llamó, me suplicó que le recogiese a bordo, diciéndome que me seguiría hasta el fin del mundo si yo quería. Nadaba con tanto vigor, y el viento era tan débil, que bien pronto iba a alcanzar la chalupa, y en su consecuencia corrí al camarote, cogí una de las escopetas y apuntándole le dije:

—Amigo mío, no quiero causarte ningún daño con tal que no te opongas a mi fuga; sabes nadar lo suficiente para llegar a tierra; el mar está tranquilo, aprovéchate de la calma para dirigirte a la costa, y de este modo no tendrás nada que temer; pero si te acercas más, te disparo un tiro, porque estoy decidido a recobrar mi libertad.

Al oír estas palabras viró de bordo y se puso a nadar hacia la costa.

Hubiera preferido quedarme con el moro y haber echado al agua al esclavo, pero no podía razonablemente fiarme de Muley. Así que éste se hubo alejado, me volví al muchacho y le dije:

—Xurí, si quieres serme fiel, haré tu fortuna; antes que todo necesito que me jures por Mahoma que me servirás leal y fielmente, pues de lo contrario me veré precisado a arrojarte también al mar.

El chiquillo me miró sonriendo, y me pareció aquella mirada tan inocente, que me desvaneció toda sospecha; me juró fidelidad y me dijo que me acompañaría adonde yo quisiera.

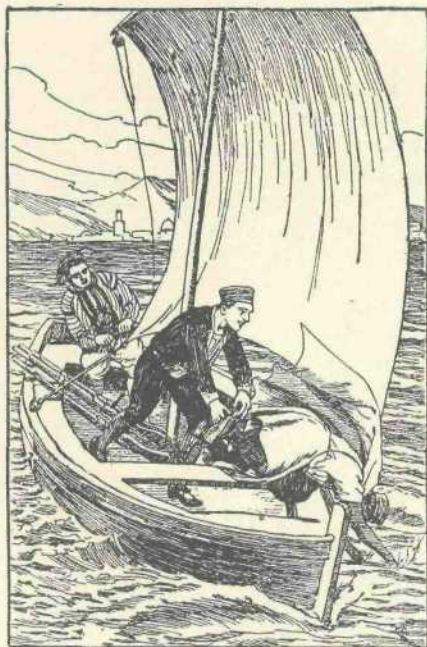
Proseguí navegando durante cinco días consecutivos y anclé en la embocadura de un pequeño río, del cual ignoraba el nombre, como la situación y latitud; ni conocía tampoco el país que atravesaba, ni los pueblos que habitaban sus riberas. No divisé a persona humana en cuanto abarcaba la vista. A la caída de la tarde traté de ir a tierra a nado para reconocer el país, y cuando ya me hallaba enteramente resuelto, y preparándome para echarme al agua, se hizo de noche, oyendo al poco rato un ruido tan espantoso causado por los aullidos y rugidos de animales feroces, cuya especie desconocíamos, que el pobre niño creyó morir de miedo, y me suplicó con insistencia que no desembarcase hasta que fuera de día.

—Bien veo que ahora no puedo

desembarcar; pero cuando amanezca podremos también ver hombres que serán tan terribles para nosotros como esos leones.

—Entonces — replicó riéndose —, les dispararemos un tiro para que se espanten y huyan.

Todo esto me lo decía Xurí en un inglés chapurrado, aprendido de los ingleses que habían sido esclavos juntamente con él. Me agradó su va-



...y asiéndole con fuerza por las piernas lo arrojó al mar... (Pág. 12.)

lor, y para fortificarle más le di un vasito de licor de unas botellas que había sacado del armario de mi amo. Mas no estábamos tranquilos, pues durante las dos o tres primeras horas de la noche, pudimos divisar unos animales de un tamaño monstruoso y de distintas especies, a los cuales no sabíamos qué nombre aplicar, que bajaban a la playa y corrían al agua, en donde se revolcaban dando unos rugidos tan espantosos como jamás he oído otros que se pudieran comparar a ellos. Xurí

estaba asustado en extremo, y yo, a la verdad, no las tenía todas conmigo. Pero no fué esto lo peor, sino que cuando nos descuidamos vimos venir nadando en dirección a nosotros uno de aquellos enormes animales. Lleno de espanto al principio, al verle a unas tres varas de la chalupa, tuve luego la presencia de ánimo necesaria para coger la escopeta y descargarla sobre el monstruo que retrocedió y se apresuró a volver a la playa nadando.

Es imposible dar una idea de los gritos y aullidos espantosos que oímos, tanto en la orilla del mar como tierra adentro, al fogonazo y detonación del tiro. Según todas las apariencias, era la primera vez que resonaba en los oídos de aquellos animales. Comprendí que sería una locura arriesgarse a desembarcar en aquel lugar a lo menos durante la noche, a pesar de que me parecía que tampoco ofrecía ninguna seguridad el verificarlo de día, porque caer en las manos de los salvajes o entre las garras de los leones y tigres, era una alternativa cruel.

De todas maneras nos veíamos precisados a desembarcar en cualquier parte para hacer aguada, pues no nos quedaba ni una sola pinta. Pero, ¿qué tiempo y qué sitio escoger para eso? Ahí estaba la dificultad. Xurí me dijo que, si yo quería, iría a tierra en busca de agua, que haría todo lo posible para encontrarla, y en caso de que la hubiese, la traería al punto. Le pregunté por qué deseaba ir; y si no era mejor que

yo mismo fuese, y que él se quedase a bordo. Me contestó de un modo tan afectuoso, que desde aquel momento le quise entrañablemente.

—Es... que... —dijo—, si hombres salvajes venir, ellos comerme y vos salvarse.

—Bien, Xurí — le respondí—, entonces iremos los dos: si los salvajes vienen, los mataremos, y ni uno ni otro les serviremos de pasto.

Le di un pedazo de galleta y le hice beber un vasito de licor. Dirigí en seguida el bote a la parte de la costa que nos pareció más conveniente, y saltamos a tierra, sin llevar más que nuestras armas y dos toneles.

No me determinaba a separarme de la chalupa, de miedo a que los salvajes bajasen por el río en sus canoas; y mientras yo vigilaba, el muchacho descubrió un terreno más bajo, situado a la distancia de una milla de tierra adentro, y se encaminó a él. Poco tiempo después le vi

volver corriendo a todo escape. En el acto se me ocurrió que le perseguiría algún salvaje o alguna bestia feroz, por lo que me lancé al instante en su socorro. Cuando estuve más cerca de él noté que traía alguna cosa sobre sus espaldas: era un animal que había cazado, muy parecido a la liebre, pero con la diferencia de que era de otro color y sus piernas más largas. Aquella caza nos produjo tanta más alegría cuanto que la carne la encontramos muy exquisita; pero lo que sobre todo regocijaba a mi pobre Xurí era el placer de anunciarme que había en



contrado agua sin haber visto ningún salvaje. Llenamos, pues, nuestros toneles, nos regalamos con la liebre que Xurí había cogido, y nos dispusimos a volver a seguir nuestra ruta, sin haber descubierto en aquella comarca ningún rastro de criatura humana.

Como yo había navegado por aquella costa, sabía muy perfectamente que las islas Canarias y las de Cabo Verde no debían estar muy lejos.

Según mis cálculos, nos debíamos hallar en una región situada entre las tierras del emperador de Marruecos por un lado y el África por otro, zona enteramente desierta y habitada sólo por fieras.

Un día nos hallábamos surcando debajo de un promontorio bastante elevado, en donde, como la marea subía, esperábamos que ella misma nos llevase más adelante, y fondeamos allí. Al cabo de un rato, Xurí, que tenía mejor vista que yo, llamándome a media voz, me dijo que sería mucho más conveniente que nos alejásemos de aquel paraje cuanto antes.

—¿No veis — añadió —, aquel terrible monstruo que duerme tendido en la pendiente de la colina?

Dirigí la vista hacia donde me indicaba, y, en efecto, vi un animal terrible, un león de un tamaño enorme echado sobre la vertiente de un altozano, en una pequeña hondonada.

—Xurí — le dije entonces —, salta a tierra y mátalos.

Xurí me miró asustado y contestó:

—¡Yo matarlo! ¡Si me va a tragarse de un solo bocado!

Entonces, haciéndole seña de que se estuviese quieto, cargué las tres escopetas que llevábamos y apunté con la de mayor calibre al animal, tratando de darle en la cabeza; pero como estaba echado con el hocico entre las patas delanteras, las balas fueron a parar al lado de la rodilla y le rompieron el hueso de la pierna. Al momento se levantó; pero al sentirse la pierna rota, cayó y se levantó de nuevo, rugiendo de una manera espantosa. Un poco sorprendido por no haberle dado en la cabeza, me apoderé al punto de mi segunda escopeta; y aunque el animal comenzaba a moverse, y se disponía a huir, disparé otra vez, y tuve el gusto de verle caer sin vida, luchando con la agonía. En vista de esto, Xurí se envalentonó y me rogó que le dejase ir a tierra. Cuando se lo permití se echó al agua sin titubear: en una mano llevaba una escopeta, y nadando con la otra llegó a la orilla, se acercó al animal y tirándole a boca de jarro, lo remató.

Se me ocurrió que la piel de aquel león podía tener algún valor y resolví desollarle si podía. Al momento pusimos manos a la obra: Xurí fué mi maestro en la tarea, porque yo no sabía por mi parte cómo empezar. La operación nos ocupó todo el día: en fin, llegamos a despojarle de la piel, y la extendimos sobre nuestro camarote, en donde el sol la secó al cabo de dos días; luego la utilizamos como colchón.

Abandonamos aquel lugar, nos hi-



cimos a la vela con rumbo al Sur y navegamos durante diez o doce días, economizando provisiones, que empezaban a escasear. Noté que la costa estaba habitada, y en dos o tres parajes distinguí gentes que se aproximaban a la orilla para vernos pasar. No podíamos al mismo tiempo observar que eran negros y que iban completamente desnudos. Un día tuve deseos de desembarcar, y lo verifiqué a pesar de las súplicas de mi buen consejero Xurí. Remamos, pues, hacia tierra a fin de poder hablarles; los salvajes echaron a correr a lo largo de la orilla; carecían de toda clase de armas; uno solo de entre ellos llevaba un pequeño palo. Xurí me dijo que aquel pequeño palo era una lanza que arrojaban muy lejos con gran destreza, y en su consecuencia me detuve a una distancia respetable y les pedi por señas que me diesen algo que comer. Me contestaron, también por señas, que esperase, que irían a buscar alimentos. En aquel punto hice alto y amainé una vela; dos de ellos se dirigieron tierra adentro, y reaparecieron al cabo de media hora, trayendo dos pedazos de carne seca y grano del país.

Aunque ignorábamos qué clase de carne ni qué grano era aquél, aceptamos, sin embargo, dichas provisiones. Solamente faltaba saber qué precauciones se hacían precisas para tomar posesión de ellas, porque no estaba muy dispuesto a saltar a tierra para recibirlas, y por su parte los salvajes demostraban miedo a nuestras armas. Adoptaron un sistema que era una garantía para ellos y para nosotros: dejaron en la orilla lo que tenían que darnos, y luego se retiraron, permaneciendo así hasta que hubimos transportado las provisiones a bordo; después de lo cual regresaron a la playa.

Como no tenía gran cosa que darles en cambio, les manifesté mi gratitud por medio de señales de reco-

nocimiento; mas en el acto se presentó la ocasión de prestarles un servicio especial. Encontrándonos muy cerca de tierra, divisamos dos enormes animales que descendían desde lo alto de un monte con dirección a la playa. Al parecer se perseguían uno a otro con mucho ardor. ¿Era el macho que corría tras de la hembra? ¿Era aquello un rapto de amor o de furor? Esto es lo que no nos era posible averiguar; pero me incliné más pronto a creer lo segundo, porque desde luego aquellos feroces animales no se dejan ver más que de noche, y además porque los salvajes, con especialidad las mujeres, se habían asustado extraordinariamente. El único que quedó fué el hombre que llevaba el dardo o la lanza en la mano; los demás huyeron a la desbandada. Sin embargo, aquellos monstruos, lejos de dirigirse a los negros, corrieron en derecha al mar, se zambulleron en el agua y se pusieron a nadar de aquí para allá como si estuviesen jugando. Uno de ellos se encaminó hacia donde nosotros estábamos, y se acercó más de lo que yo esperaba, aunque me hallaba apercebido. Había, en efecto, cargado una escopeta con la mayor prontitud y ordenado a Xurí que cargase las otras dos.

Tan pronto como la fiera se me puso a tiro descargué mi escopeta sobre ella y le di en la cabeza. En un principio se sumergió, y después volvió a salir, haciendo vigorosos esfuerzos y hundiéndose y apareciendo de vez en cuando. Finalmente se arrastró hacia la orilla, muriendo al llegar a ella.

El espanto que causó el ruido del tiro a aquellas pobres gentes no se puede ponderar: algunos creyeron morir de miedo, y cayeron de espaldas; pero así que vieron que el animal había muerto, que había desaparecido en el fondo del mar, y que yo les instaba a volver a la playa, cobraron ánimo, se aproximaron y se

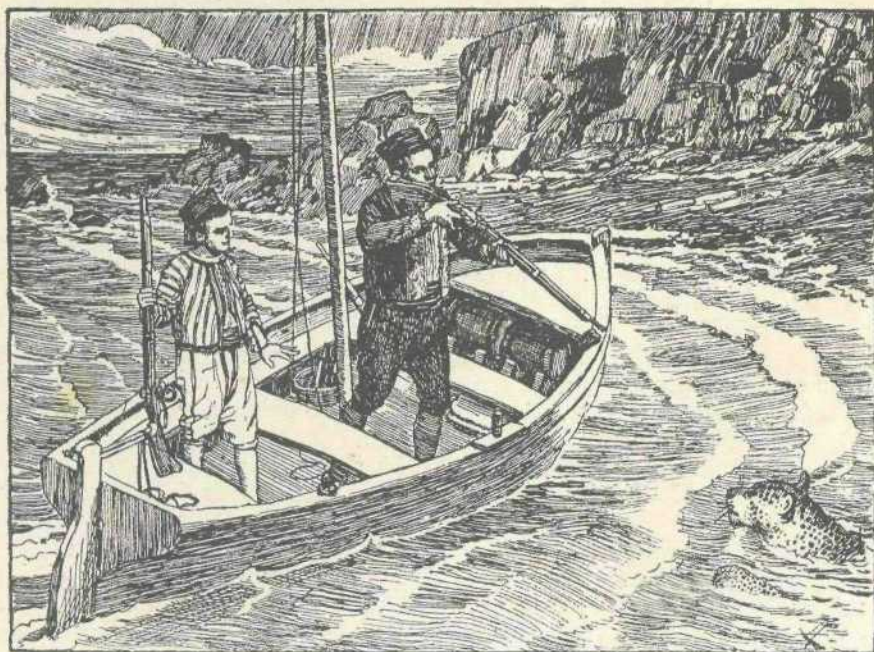
pusieron a buscar a la fiera. Las señales de la sangre que enrojecía el agua me la hicieron descubrir, y por medio de una cuerda que le había pasado alrededor del cuerpo, y que les eché para que tiraran de ella, la sacaron al instante del agua: era un leopardo de los más raros, con las más hermosas pintas y de una notable belleza. Los negros, no pudiendo adivinar de qué medio me había valido para matarlo, levantaron las manos al cielo manifestando su admiración.

El otro animal, asustado sin duda por el fuego que había visto y de la detonación que había oído, se apresuró a ganar la playa, huyendo a los montes de donde ambos habían venido, sin que pudiese distinguir, por la mucha distancia a que me encontraba de él, a qué especie pertenecía.

Después de haberme dado las más expresivas gracias valiéndose de los gestos más significativos, los negros se arrojaron sobre el leopardo; y

aun cuando no tenían cuchillo, despedazaron al animal con un pedazo de madera muy agudo, tan bien como lo hubiéramos podido hacer nosotros con la mejor cuchilla. Me ofrecieron una parte; pero me negué, dándoles a entender que estaba sumamente satisfecho por haberles hecho aquel regalo, con la condición de que me reservasen la piel. En el acto me la mandaron, añadiendo una gran cantidad de sus provisiones, las que acepté, aunque ignoraba de qué clase de alimentos se trataba. Luego les dije por señas que necesitaba agua, mostrándoles una de mis pipas o toneles, y poniéndolas hacia abajo para hacerles entender que estaba vacía y que deseaba que la llenasen. Al punto llamaron a uno de los suyos, y en seguida vinieron dos mujeres, que traían una gran vasija de barro, que parecía cocida al sol. La pusieron en la arena y se retiraron, como habían hecho los que nos habían traído las provisiones.

Así provisto me despedí de los



...descargué mi escopeta sobre ella y le di en la cabeza. (Pág. 16.)

negros mis amigos, me hice a la vela, y continué mi marcha durante once días o cerca de ellos, sin que por ningún motivo hubiese de acercarme a tierra.

Un día me metí pensativo en el camarote, dejando a Xurí al cuidado del timón, y apenas me había sentado, cuando oí al muchacho gritar:

—¡ Señor, señor, veo venir un buque a toda vela!

Parecía que estaba fuera de sí y muy asustado, porque se imaginaba que era un buque que su amo había enviado a perseguirnos; pero yo estaba bien seguro de que por aquel lado no teníamos nada que temer, pues nos hallábamos muy lejos. Salí precipitadamente del camarote, y tan pronto como vi la embarcación, conocí que era portuguesa.

Al punto tomé una bandera berberisca que estaba en mi barca, la icé en señal de socorro y descargué una escopeta.

Los del buque notaron bien mis señales, y luego me dijeron que no habían oído el tiro, pero sí que habían divisado el humo. A estas señales se pusieron al paio y tres horas después estábamos reunidos.

Me preguntaron quién era, en portugués, español y francés; pero yo no entendía ninguno de los tres idiomas. Un marinero escocés, que formaba parte de la tripulación, me dirigió la palabra; le contesté que era inglés y cautivo fugado de la esclavitud de los moros de Salé. Entonces el capitán me invitó a que subiese a bordo, recibíendome, con todo lo que me pertenecía, de la manera más afectuosa del mundo.

II

No es fácil expresar la alegría que experimenté cuando me vi libre de la miserable y triste situación en que me encontraba. Desde luego ofrecí al capitán del buque todo lo que te-

nía, en recompensa de mi salvación; mas no quiso aceptar nada, y me respondió generosamente que todos mis efectos me serían devueltos en el Brasil.

Y cumplió caritativamente todas sus promesas: prohibió a sus marineros que tocasen a nada de lo que me pertenecía y me entregó un inventario exacto, en el cual se comprendía todo, hasta los tres toneles. En cuanto a la chalupa, como era muy buena, me propuso que se la vendiese para el servicio de su barco, y como yo me negara a señalar precio me propuso entregarme ochenta piezas de a ocho en una letra pagadera en el Brasil, añadiendo que si alguno daba más a mi llegada, tendría en cuenta la diferencia. Ofreció comprarme al joven Xurí por otras sesenta piezas, pero vacilé, no porque temiese dejarle, sino porque no podía resolverme a vender la libertad de aquel pobre muchacho que me había ayudado tan fielmente a recobrar la mía. Le comuniqué mi escrúpulo al capitán, que lo consideró razonable, y me propuso como término medio, firmar una obligación por la cual Xurí sería libre al cabo de diez años, si quería hacerse cristiano. Con esta condición le cedí a Xurí, con tanta más voluntad cuanto que el mismo chiquillo accedía de buen grado a ello.

La navegación que tuvimos hasta el Brasil fué dichosa. A los veintidós días fondeamos en Bahía de Todos los Santos. Entonces me vi libre por segunda vez de la más triste condición, pero necesitaba pensar qué era lo que había de hacer en lo sucesivo.

Diffícil sería poder elogiar lo bastante el desinterés de mi capitán: no tan sólo no consintió tomar nada por mi pasaje, sino que, además, me dió veinte ducados por la piel del leopardo y cuarenta por la del león.

Poco tiempo después, el capitán me recomendó a una persona muy

honrada, que tenía lo que ellos llaman un ingenio, es decir, una plantación y una fábrica para hacer azúcar. Viví algún tiempo en compañía de aquel criollo, y aprendí el modo de plantar y hacer el azúcar. Viendo con cuánta comodidad lo pasaban aquellos colonos, y con qué facilidad hacían su fortuna, decidí, si podía obtener permiso, establecerme plantador como los demás, proponiéndome al mismo tiempo mandar a buscar a Londres los fondos que había dejado allí. Así que me hube provisto de la carta de naturalización, en virtud de la cual adquirí terrenos incultos por el valor de mi capital, tomé las disposiciones necesarias para la plantación y el establecimiento; la una y el otro en proporción a los fondos que yo contaba recibir de Inglaterra.

Tenía por vecino a un portugués nacido en Lisboa, de padres ingleses: se llamaba Wells, y sus negocios se encontraban con poca diferencia en la misma situación que los míos. Su plantación lindaba con la mía, y vivíamos en muy buena inteligencia. Los dos no teníamos más que un escaso capital, y durante años no plantamos, propiamente hablando, más que nuestra subsistencia; pero al cabo de este tiempo nuestras rentas aumentaron y nuestras fincas tomaron un aspecto magnífico. A los tres años plantamos tabaco, y al siguiente desmontamos un gran terreno para plantar caña de azúcar; pero nos faltaban brazos al uno y al otro; entonces fué cuando comprendí el perjuicio que se me había seguido por ceder a mi pobre y buen Xurí.

Había tomado poco a poco todas las disposiciones para la mejor dirección de mi establecimiento, cuando se hizo a la vela mi salvador y amigo el capitán portugués; su permanencia había durado tres meses, empleados en el cargamento del buque y los preparativos del viaje.

Cuando le hice presente lo del pequeño capital que había dejado en Londres, me dijo:

—Señor inglés (nunca me llamaba de otro modo), si queréis darme poderes para la persona que tiene vuestro dinero en Londres, ordenándole que pase los valores a Lisboa a la persona que yo designe, en artículos que tengan fácil salida aquí, los traeré, Dios mediante, a mi próximo regreso. Como muchas veces las cosas humanas están sujetas a mil vicisitudes, os aconsejo no empleéis por esta vez nada más que cien libras esterlinas, mitad de vuestro capital. Si el negocio sale bien, podréis pedir el resto y emplearlo del mismo modo; y en el caso de algún accidente desgraciado, os quedará siempre la otra mitad como un recurso.

Y así se hizo. El corresponsal de Londres invirtió las cien libras esterlinas en mercancías inglesas, siguiendo las instrucciones del capitán, y las mandó a Lisboa, desde donde mi amigo me las trajo muy pronto al Brasil. Cuando llegó el cargamento, me quedé de tal modo sorprendido, que creí tener ya mi fortuna hecha.

Las mercancías inglesas, como paños, lienzos, sargas, eran muy solicitadas en el país. Las vendí tan ventajosamente, que saqué el cuádruplo de su valor. Así dejé bien pronto atrás a mi pobre vecino, pues en seguida adquirí un esclavo negro, y tomé a mi servicio otro criado de origen europeo.

Para entrar sin digresiones en los pormenores de esta parte de mi historia, diré que, domiciliado en el Brasil por espacio de cuatro años y a punto de obtener una posición ventajosísima, no solamente había aprendido la lengua del país, sino que también estaba unido con relaciones de amistad y correspondencia de negocios, lo mismo con los plantadores mis vecinos, que con los co-

merciantes de San Salvador, nuestro puerto de mar.

Cierto día los colonos amigos míos me declararon que querían fletar un barco para la costa de Guinea; que plantadores ellos como yo sufríamos con la escasez de esclavos; que no pudiéndose practicar este comercio libremente porque la venta de los negros estaba prohibida, su intención era no hacer más que un viaje únicamente y desembarcar los negros de contrabando, para repartírselos luego en sus plantaciones; en una palabra, me preguntaron si quería ir como comisionista en aquel viaje y ser su agente en la costa de Guinea, ofreciéndome gozar igual parte en el reparto de los negros, sin que tuviese que contribuir en nada con mis fondos.

Preciso es confesarlo; aquella proposición hubiera sido muy ventajosa para un hombre que no poseyese una propiedad como la mía, que prometía tanto y que tenía tan hermosas plantaciones.

Pero, impulsado por la pasión que me dominaba, preferí seguir mejor mi gusto que mi razón. Estando ya listo el buque, el cargamento en las bodegas y bien ordenados los negocios por mis socios, me embarqué el primero de septiembre de 1659, aniversario fatal del día en que, rebelándome contra la autoridad de mi familia y desconociendo mis propios intereses, había salido de Hull, ocho años antes.

Nuestro barco era de unas 120 toneladas, llevaba seis cañones y catorce hombres, además del capitán, el grumete y yo. El cargamento no era grande ni valioso, y se componía de chucherías propias para traficar con los negros, como collares, cuentas de vidrio, vainas y otras raras bagatelas, especialmente espejitos, cuchillos, hachas, tijeras y objetos por el estilo.

En cuanto llegué a bordo, nos hicimos a la vela con rumbo al Norte,

con la intención de navegar hacia la costa de África desde los 19° de latitud Norte, que era el camino ordinario que se hacía en aquel tiempo. En todo lo largo de la costa tuvimos buen tiempo, pero la temperatura era ardorosa y sofocante. A la altura del cabo San Agustín pusimos proa a la mar. Después de doce días de navegación pasamos la línea, y, según nuestras observaciones, nos hallábamos a los 7° 22' de latitud Norte, cuando un *tornado* o huracán nos apartó de repente de nuestra ruta. El viento llegó a ser tan fuerte, que por espacio de doce días enteros fuimos juguete del huracán. A cada minuto creía que el mar iba a tragarnos, y nadie alentaba la esperanza de escapar de aquel peligro.

Además del terror que nos causó aquella tempestad, hay que añadir que tuvimos que echar al agua uno de nuestros hombres, que murió de fiebres malignas, y que un marinero y el grumete fueron arrebatados por una ola. Al fin de los doce días el viento se calmó, y el capitán procuró reconocer la situación en que nos hallábamos. El resultado de sus observaciones fué que hicimos rumbo hacia la costa de la Guayana, al norte del Brasil, entre los ríos Amazonas y Orinoco, comúnmente llamado Río Grande. En su consecuencia me consultó sobre la ruta que deberíamos seguir. El buque, a causa de haber luchado tantos días con el temporal, tenía muchas averías y hacía agua, y el capitán era de opinión que ganásemos lo más pronto posible la costa del Brasil. La mía era diferente. Consultó el mapa de América y reconocimos que la tierra habitada más cercana era el Archipiélago de las Caribes. Resolvimos, en vista de ello, dirigirnos hacia las Barbadas, para desde allí internarnos en alta mar, y evitar la entrada del golfo de Méjico, y nos hallaríamos al abrigo del viento por quince días, descanso indispensable,

tanto para nosotros como para el buque, que, sin hacerle algunas reparaciones, no podía ir hasta la costa de África. Cambiando, pues, de ruta, dirigimos el rumbo al NO., con objeto de arribar a alguna isla inglesa donde pudiésemos ser socorridos; mas sobrevino una segunda tempestad y nos lanzó hacia el Oeste, tan lejos de toda vía frecuentada por los pueblos civilizados, que si por fortuna escapábamos de los riesgos del mar, era muy probable que fuésemos devorados por salvajes antropófagos. Nos hallábamos en un momento de verdadera angustia con el viento cada vez más furioso, cuando oímos a un marinero que gritaba:

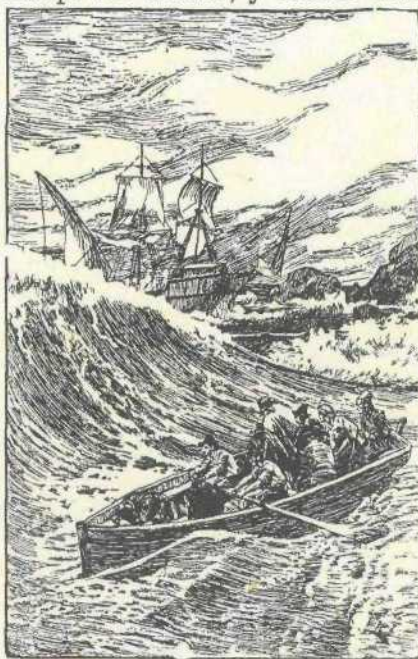
—¡Tierra!

Apenas habíamos salido de la cámara con la esperanza de reconocer en dónde nos encontrábamos, cuando el barco chocó con la mayor violencia contra un banco de arena: encallado de este modo era azotado por el mar con furia tal, que creímos perecer en el acto, y por lo tanto nos refugiamos en el camarote, para ponernos al abrigo de las olas que barrían la cubierta.

Los que no se hayan encontrado en situación tan desesperada no pueden imaginarse la consternación que reinaba a bordo. Ignorábamos la tierra a que el huracán nos había arrojado: ¿era una isla o un continente? ¿era tierra habitada o un desierto? El viento, aunque había calmado un poco, soplaba todavía con tal ímpetu, que no era de esperar que el buque pudiese resistir unos minutos más, a menos que no sobreviniese como por milagro una bonanza. Estábamos inmóviles, mirándonos unos a otros, aguardando a cada instante la muerte y preparándonos a pasar a otra vida, porque de ésta nos considerábamos ya excluidos. Lo único que mantenía nuestra esperanza era que, a pesar de todos nuestros temores, el buque no se había abierto todavía y el capi-

tán aseguraba que el viento amainaba. Mas aunque reconociésemos que, en efecto, era menos fuerte, la embarcación estaba demasiado encallada en la arena para volver a flotar. Nos hallábamos, pues, reducidos a no pensar más que en abandonar el buque y saltar en la única chalupa que nos quedaba a bordo, pues el bote había sido destrozado por la tempestad.

Gracias a los esfuerzos del contramaestre y de los marineros, la chalupa fué arriada, y cuando estu-



vimos todos dentro de ella, en número de once, comprendimos mejor la extensión del peligro: las olas eran tan imponentes, que veíamos claramente que no podríamos resistir mucho tiempo; por otra parte, carecíamos de velas, y aun cuando las hubiéramos tenido, en aquel momento no habríamos podido servirnos de ellas. No obstante, remamos hacia la costa, pero en la actitud resignada de hombres que van al suplicio. Sabíamos perfectamente que, en aproximándonos a tierra, la cha-

lupa se estrellaría contra las rocas. Confiando nuestras almas a Dios, secundamos los impulsos del viento, que soplaba hacia la tierra, apresurando así nosotros mismos el instante de nuestra perdición.

Nuestra única esperanza era encontrar alguna bahía o desembocadura de un río en donde tuviésemos la dicha de hallar un desembarcadero menos azotado por las olas y más al abrigo del viento. Mas aquella ilusión no parecía que debía realizarse: la tierra, a medida que nos aproxima-



mábamos, aparecía a nuestra vista mucho más temible que el mar. Después de haber remado por espacio de legua y media, según nuestro cálculo, una ola furiosa, elevada como una montaña, precipitándose hacia la popa de la chalupa, pareció anunciarnos el golpe de gracia. En efecto, se precipitó con tanto ímpetu sobre nosotros, que del primer choque volcó el bote, echándonos a todos, separados unos de otros, sin dejarnos apenas tiempo para encomendarnos a Dios, porque en aquel momento fuimos todos sumergidos.

No sabría describir el tropel de ideas que se agolparon en mi imaginación cuando fui precipitado al fondo del mar. Aunque era muy buen nadador, el agua me cortó la respiración, lanzándome sobre la arena medio asfixiado. Vuelto en mí, y viendo la tierra más cerca de lo que pensaba, tuve aún bastante fuerza y presencia de ánimo para procurar llegar a la orilla antes de que una segunda ola volviera a arrastrarme. Pero me di cuenta al punto de que era imposible: el mar se revolvía más furioso cada vez, y era un enemigo demasiado temible para que pudiese sostener la lucha con él. Todo lo que podía hacer era mantenerme lo más que me fuera posible sobre el agua, y poder llegar a la orilla a nado: mi mayor temor era que después de haberme arrojado a la playa la ola no me cogiese a su retroceso para lanzarme de nuevo al mar.

La segunda que vino sobre mí, me cubrió con una mole de agua de veinte o treinta pies de altura y sentí que me llevaba con una fuerza y una rapidez prodigiosas hacia tierra. Gracias a este impulso contenía la respiración y nadaba con todas mis fuerzas. Una vez ya me creí ahogado, pero un feliz movimiento me permitió sacar la cabeza y los brazos fuera del agua por espacio de algunos segundos, los que me bastaron para respirar y cobrar ánimos. Cubierto de nuevo de agua, me mantuve firme; y comprendiendo que la ola empezaba a retroceder, me lancé hacia adelante para que no me llevase consigo, y entonces sentí la tierra bajo mis pies. Por espacio de algunos minutos permanecí inmóvil para tomar aliento, después de lo cual corrí hacia la playa con toda la ligereza de que yo entonces era capaz. Aquel esfuerzo no fué, sin embargo, suficiente: por dos veces consecutivas las olas me arre-

bataron y llevaron consigo, pues la playa era muy llana.

Poco faltó para que la última me hubiese arrastrado haciéndome perecer, pues habiéndose apoderado de nuevo de mí, me impelió, o mejor dicho, me arrojó con tanto ímpetu contra una roca, que permanecí desvanecido y sin fuerzas para hacer otra tentativa. El golpe que recibí fué en el vientre y en el pecho, por lo cual me faltó la respiración, y si una ola hubiese vuelto en aquel instante, me habría abogado sin remedio. Afortunadamente recobré el sentido antes de que volviese, y en el momento en que vi que iba a ser arrollado nuevamente me agarré a la punta de una roca conteniendo la respiración mientras el agua me cubría: y como las olas eran más pequeñas y la tierra estaba más próxima, intenté avanzar más hacia la orilla, y lo conseguí, de modo que la ola que me cubrió no pudo arrastrarme ya al mar. Una carrera más me condujo a tierra.

III

Así que me vi en seguridad sobre la tierra firme, elevé los ojos al cielo para dar gracias a Dios por haberme salvado de una muerte casi cierta. Es de todo punto imposible expresar los transportes de alegría de un hombre arrancado a la tumba. El primer efecto, tanto de una alegría como de una pena repentina, es una terrible conmoción.

Me paseaba por la playa alzando las manos al cielo, absorto el espíritu con la sola idea de haber escapado de un peligro tan inminente, expresando mi alegría con infinitos ademanes y gesticulaciones. Me acordé luego de mis compañeros, que todos debían haber perecido, pues no me cabía duda de que yo

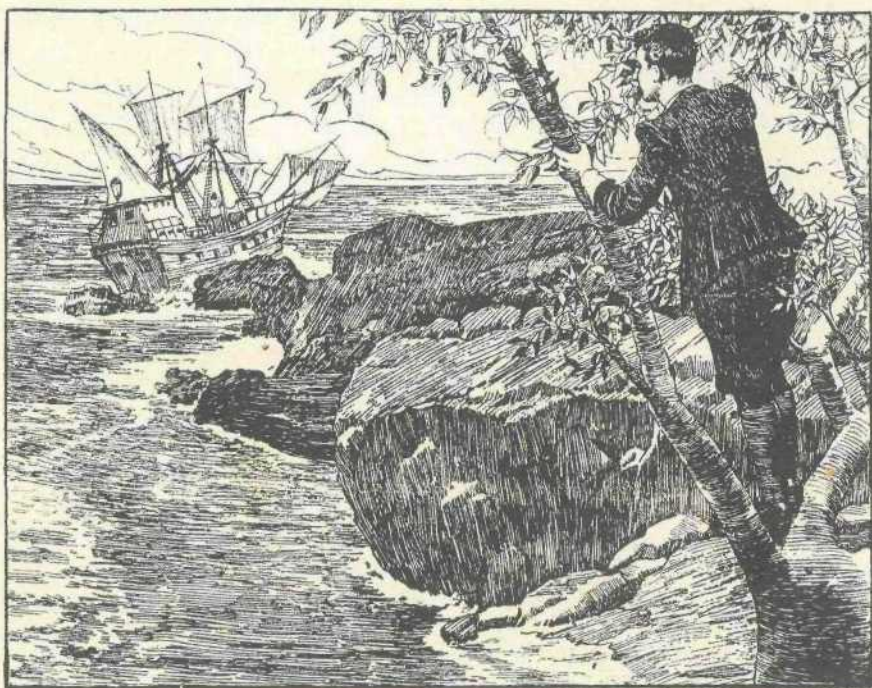
era el único que se había salvado del naufragio. En efecto, no volví a ver jamás a ninguno de ellos, ni descubrí el menor rastro; tan sólo llegaron a mis manos tres sombreros, una gorra y dos zapatos desaparejados. Cuando volví la vista en la dirección en donde estaba encallado el buque, advertí que se hallaba tan distante y el mar continuaba tan encrespado y espumoso, que apenas lo distinguía.

—¡Dios mío! — exclamé —, ¿cómo es posible que haya yo logrado llegar hasta tierra?

Después de haberme consolado un tanto con la idea de que mi situación era todavía soportable, dirigí la vista a mi alrededor con objeto de averiguar en qué sitio me hallaba, y de resolver lo que había de hacer; pero no tardó en apoderarse de mí un hondo abatimiento, porque veía que si bien me había salvado, las consecuencias de este mismo salvamento eran terribles. Me encontraba mojado, y no podía cambiar de ropas; no tenía qué comer ni qué beber para recuperar las fuerzas perdidas; no me quedaba, pues, otro recurso que morir de hambre o ser devorado por las fieras. Pero lo que más deploraba era no tener ninguna arma con que poder matar algún animal para proveer a mi sustento o defenderme contra los que viniesen a atacarme.

Lo que poseía estaba reducido a muy poca cosa: un cuchillo, una pipa y un poco de tabaco dentro de una cajita. Experimenté entonces punzantes angustias, durante las cuales corría de un lado a otro como un insensato. Mientras tanto, la noche se aproximaba: empecé a reflexionar tristemente sobre los peligros que correría si desgraciadamente aquel país estaba poblado de fieras, pues sabía que éstas buscan su presa durante la obscuridad.

El único recurso que se ofreció a mi imaginación fué el encaramarme a un árbol muy frondoso, de la



especie de los abetos, pero espinoso, que había cerca del lugar donde me hallaba. Resolví pasar allí la noche esperando encontrar al otro día la muerte, que consideraba como inevitable. Me alejé cerca de medio cuarto de milla de la orilla en busca de agua dulce, y la encontré con el júbilo que es de suponer. Después de haber bebido masqué un poco de tabaco para entretener el hambre, y me dirigí al árbol, colocándome entre las ramas, de manera que no me cayese si llegaba a quedarme dormido. Me armé de un palo corto para mi defensa, y como estaba muy cansado, se apoderó de mí un sueño tranquilo, profundo y delicioso como jamás había gozado.

Era muy tarde cuando desperté: el tiempo estaba sereno, la tempestad se había disipado y el mar se hallaba tranquilo. Júzguese de mi sorpresa al ver el barco muy próximo a tierra: la marea alta lo había sacado del banco de arena en donde estaba encallado, y lo arrastró junto a

la roca, en la que tan cruelmente me había magullado yo el día antes. Una milla me separaba apenas de la varada embarcación, y como parecía que aun se mantenía sobre la quilla, sentí vehementes deseos de ir a bordo para poder sacar lo que me fuera más preciso.

Después de haber bajado del árbol miré a mi alrededor, y lo primero que descubrí fué el bote que el viento y la marea habían echado sobre la costa, a unas dos millas a la derecha de donde yo me encontraba. Seguí a lo largo de la playa, y después de haber andado bastante, pude acercarme a la chalupa, pero no pasar más adelante por impedírmelo un brazo de mar de cerca de media milla. Regresé, pero mucho más deseoso entonces de visitar el buque, en donde esperaba encontrar algo que me sirviera de alimento.

Un poco después de las doce, el mar estaba muy sosegado y la marea tan baja que pude aproximarme hasta un cuarto de milla del barco.

Aquel espectáculo renovó mi dolor, porque me di cuenta de que si nos hubiésemos quedado a bordo, la tripulación entera se habría salvado y no me encontraría privado de todo apoyo en aquella soledad. Estas reflexiones me hicieron llorar; pero como las lágrimas no eran más que un débil consuelo, me propuse llegar hasta el buque, si era la cosa posible.

Hacia un calor sofocante; me despojé de una parte de mis ropas, y me lancé al agua. Cuando llegué al pie del buque encontré más dificultad en subir a él que yo había supuesto, porque como estaba la quilla encima del banco, resultaba que la cubierta se hallaba muy elevada y no tenía medios para ascender a ella. Por dos veces di la vuelta nadando a la embarcación; la segunda vez divisé un cabo de cuerda que pendía de los portaobenes de mesana. Admirado de no haberle visto antes, me así a él después de hacer algunos esfuerzos, y trepé al castillo de proa. Entonces pude cerciorarme de que la embarcación estaba casi abierta, y que había mucha agua en el fondo de la bodega; pero encallada sobre un banco de arena muy duro, o más bien de tierra, la popa se elevaba mucho, mientras a la proa casi la lamían las olas. Por lo tanto el castillo de popa se conservaba en buen estado, y todo lo que en él existía estaba resguardado del agua. Lo primero que hice fué recorrer todo el barco y ver lo que había sufrido alguna avería y lo que permanecía

intacto; las provisiones no habían sufrido nada. Devorado por el hambre, me fui a la gambuza, y llenándome los bolsillos empecé a comer, ocupándome al mismo tiempo en otras cosas, porque no podía perder un instante. En el camarote del capitán encontré ron, del cual bebí un buen trago, pues tenía gran necesidad de aquel cordial para cobrar ánimo.

No me faltaba más que un bote para cargar los objetos que creí que me serían útiles. En aquella situación era preciso no perder un tiempo

precioso pensando en cosas imposibles de alcanzar. La necesidad me hizo ingenioso. A bordo teníamos de reserva muchas vergas, dos o tres pequeños mástiles y uno o dos masteleros de juanete; me decidí a poner manos a la obra, y bajando del buque todos aquellos objetos que por su peso pudiese trasladar, los até unos a otros con una cuerda a fin de

que no se separasen. Hecho esto, me deslicé por un costado del barco, y tirando los palos hacia mí, até cuatro juntos por los dos extremos lo mejor que pude, haciendo una especie de almadía. Después de haber colocado de través dos o tres tablones, reconocí que podría avanzar con aquella balsa, pero que no sería bastante sólida para soportar una carga muy grande, pues las piezas que la componían eran demasiado endebles. Me puse a trabajar, y, con auxilio de la sierra, partí en tres pedazos un mastelero de juanete, que añadí a la almadía no sin poco tra-



bajo; mas la esperanza de hacerme de objetos tan necesarios me daba fuerzas para llevar a cabo lo que en otra ocasión no hubiera intentado si quiera.

La balsa era ya lo bastante fuerte para poder llevar un peso de alguna consideración; luego traté de ver de qué modo colocaría la carga y cómo la preservaría de los golpes de mar. Bien pronto quedó esto resuelto: primero cargué todos los tablonnes que pude hallar; en seguida, después de haber calculado las cosas que me podían ser más precisas, tomé tres arcas pertenecientes a los marineros, de las cuales forcé las cerraduras y las desocupé; las bajé a la balsa, luego de haber metido en ellas pan, arroz, tres quesos de Holanda, cinco trozos de cabra (éste era nuestro alimento ordinario a bordo) y un pequeño resto de trigo destinado a alimentar las aves que llevábamos, las cuales nos habíamos comido ya. Había también en el buque cierta cantidad de cebada y de trigo candéal, todo revuelto. Pero me pareció que aquel grano estaba en mal estado o había sido roído por las ratas. Por lo que respecta a los líquidos, encontré muchas cajas de botellas pertenecientes al capitán, entre las que había algunas de licores espirituosos. Las coloqué separadamente, porque no era preciso ponerlas en las arcas, en donde por otra parte no hubieran cabido. Durante esta operación, observé que la marea empezaba a subir, aunque con lentitud, y tuve el sentimiento de ver mis vestidos, que había dejado en la orilla, flotando en el agua. Este accidente me obligó a pensar en proveerme de ropas. Las encontré en abundancia, pero me contenté con tomar las absolutamente indispensables para el momento, pues el barco contenía una multitud de cosas que me eran mucho más útiles, entre otras las herramientas para trabajar cuando estuviese en tie-

rra. Después de mil pesquisas descubrí por fin el arca del carpintero, verdadero tesoro, más precioso para mí en aquellas circunstancias que lo hubiese sido un buque cargado de oro. La bajé a la balsa, tal como estaba, sin perder tiempo en examinar su contenido.

Luego me preocupé de las armas y municiones. En el camarote del capitán había dos excelentes escopetas de caza y dos pistolas; las cogí, así como también muchos frascos llenos de pólvora, un saquito de plomo y dos viejas espadas muy oxidadas. Sabía además que existían a bordo tres barriles de pólvora, pero ignoraba en dónde los tenía guardados nuestro artillero; a fuerza de pesquisas di con ellos: uno estaba enteramente mojado, mas los otros dos se conservaban secos y en muy buen estado, y los coloqué en la almadía junto con las armas.

Estaba muy satisfecho con mi cargamento, pero necesitaba hallar un medio seguro para conducirlo a tierra, pues no tenía vela, ni timón, ni remos, y el menor soplo de viento podía echarlo todo a pique.

Tres observaciones que hice, sin embargo, me alentaron: el mar estaba tranquilo, la marea subía y llegaba a tierra; el viento, aunque débil, no dejaba de ser favorable. Como además encontré dos o tres remos medio rotos que pertenecían a la chalupa, y finalmente dos sierras, un hacha y un martillo, los junté a las demás herramientas y me dirigí a la playa con mi cargamento. La balsa fué bien durante cerca de una milla, pero se apartaba un poco del sitio en que yo había tomado tierra antes. Noté que allí existía una corriente de agua y concebí la esperanza de encontrar una bahía o una playa que me sirviese de puerto para desembarcar mi cargamento.

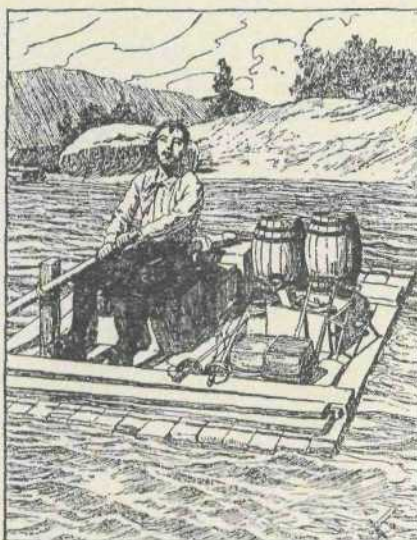
Mis previsiones se realizaron, pues descubrí muy pronto delante de mí una pequeña cortadura de tierra

hacia la cual me sentí impulsado por una fuerte corriente, y goberné la balsa lo mejor que pude por entre aquella. Mas no conociendo la costa, no pude evitar que uno de los extremos de la balsa tropezara en un banco de arena de tal modo que el otro quedó casi sumergido, y en esa posición faltó muy poco para que el cargamento, resbalando hacia la parte inclinada, no cayese al agua. Al momento hice todo lo posible para sujetar las arcas en el lugar en que estaban situadas, deteniéndolas con mis espaldas, pues mis esfuerzos hubieran resultado estériles para desencallar la balsa, y no me atrevía a abandonar el sitio en que me hallaba. Así sostuve la carga con todas mis fuerzas, durante una media hora, al cabo de la cual la marea, elevando poco a poco la balsa, concluyó por nivelarla. Tomé, pues, el partido de aguardar a que la marea hubiese acabado de subir, y

cuando noté que había ya bastante fondo, conduje la almadía a la playa, hundiéndola en tierra. Luego sujeté en cada uno de sus extremos un palo o percha de virar y aguardé en aquella situación hasta el instante en que la marea hubo bajado por completo, dejando el cargamento de la balsa seguro ya sobre la orilla.

La primera cosa que hice fué ir a reconocer el terreno y buscar un punto a propósito para alojarme y poner todos aquellos objetos en lugar seguro. Ignoraba aún si la tierra adonde el azar me había arrojado

era un continente o una isla; si estaba habitada o no, en fin, si tenía o no que temer a las fieras. Cogí una escopeta y una de las pistolas con un frasco de pólvora, y armado de esta manera empecé a trepar hasta lo alto de una escarpada montaña situada a una milla de distancia del sitio en que yo había desembarcado. Llegué a la cumbre fatigado y sin aliento, y tuve conciencia en aquel instante de cuán deplorable era mi situación: me encontraba en una isla en medio del Océano, y, según toda apariencia,



...y me dirigí a la playa con mi cargamento. (Pág. 26.)

deshabitada o poblada a lo sumo de animales salvajes. A unas tres leguas hacia el Norte divisé otras dos islas pequeñas, y sin aventurarme más por entonces torné a mi balsa y me puse a descargarla. Este trabajo me ocupó el resto del día; mas vino la noche y me pregunté con espanto qué debía hacer. No me atrevía a dormir en el suelo de miedo que las fieras viniesen y me devorasen, aunque no había ningún riesgo, según descubrí después. Mientras tanto me parapeté lo mejor que pude con las cajas y tablones que había desembarcado, y con ellos formé una especie de choza para que me sirviese de abrigo, a lo menos por aquella noche. Por lo que respecta a mi subsistencia, no sabía aún cómo proveería a ella; tan sólo había visto dos o tres animales parecidos a las liebres huir fuera de un bosque.

Entonces se me ocurrió que podía sacar del buque muchas cosas que pudiesen ser muy útiles, especial-

mente cuerdas, velas y otros objetos que con facilidad podría transportar a tierra. Traté, pues, de hacer un nuevo viaje a bordo si era posible; y como preveía que a la primera borrasca la embarcación se haría pedazos, renuncié a toda otra empresa, hasta que sacara del buque cuanto pudiera. No me pareció conveniente volver con la balsa y tomé el partido de ir a nado, como la primera vez, cuando bajase la marea, lo que realicé, con la sola diferencia de que me desnudé antes de salir de la choza, dejándome puesta la camisa, unos calzoncillos y unas zapatillas.

A mi llegada al barco traté primeramente de construir otra balsa; y como ya tenía experiencia por la construcción de la anterior, estuve en la segunda mucho más diestro y tuve cuidado de no cargarla tanto. Recogí muchas cosas que me fueron muy útiles, y entre otros diversos objetos que encontré en el arca de carpintería, me hice con dos o tres sacos de clavos, una barrena grande, dos docenas de hachas y una piedra de afilar, instrumento muy necesario y precioso. Lo reuní todo cuidadosamente, juntando muchos efectos que habían pertenecido al artillero, particularmente dos o tres palancas de hierro, dos barriles de balas, siete mosquetes, otra escopeta de caza, una corta cantidad de pólvora y un gran saco de plomo; pero pesaba tanto que no tuve fuerza suficiente para levantarlo y pasarlo por encima de la borda del buque. Me llevé cuanto ropa pude encontrar, una vela de repuesto del pequeño mastelero, una hamaca, colchones y algunas mantas. Coloqué el cargamento en la nueva balsa y la conduje a tierra, sin ningún contratiempo. Durante mi ausencia de la playa temí que las fieras hubiesen devorado mis provisiones, mas a mi regreso las encontré intactas; solamente divisé a un animal semejante

a un gato montés, que estaba sentado sobre una de las arcas. Al verme huyó algunos pasos y se detuvo de repente. Parecía mostrar deseos de familiarizarse y estaba muy confiado; me miraba fijamente como si tuviese intención de acercarse a mí. Le apunté mi escopeta, mas no comprendiendo aquel ademán, ni se intimidó ni pensó en huir. Le eché luego un pedazo de galleta, aunque en mi posición no debiese ser tan pródigo, porque mis provisiones no eran muy abundantes; a pesar de todo, hice aquel pequeño sacrificio: el animal se acercó a la galleta, la olió, la comió, y después me miró con aire satisfecho, como si quisiese darme a entender que le diese más; pero como no volví a hacer caso de él, desapareció.

Eché a tierra mi segunda carga, y me vi obligado a abrir los barriles para transportar la pólvora en pequeñas partidas, porque los tales barriles eran demasiado pesados; trabajé al mismo tiempo para formar una reducida tienda con una vela y estacas que corté al efecto. Coloqué en ella lo que podía echarse a perder por la lluvia y con el sol, puse alrededor las arcas vacías, y los toneles los ordené colocándolos unos encima de los otros para fortificar la tienda contra los ataques de los hombres o de las fieras.

Hecho esto, parapeté la puerta por dentro con tablones, y por fuera puse derecho un cofre vacío. Después eché un colchón en el suelo y coloqué las dos pistolas a la cabecera y la escopeta al lado y me metí en la cama por primera vez; dormí toda la noche muy tranquilo, porque estaba rendido de fatiga; -no había descansado casi nada la noche anterior, y había trabajado mucho durante el día, tanto para ir a buscar las provisiones al buque, como para desembarcarlas.

Poseía entonces el depósito mayor de toda especie que juzgo haya

podido reunirse para una sola persona; pero no estaba satisfecho todavía: calculé que mientras el buque estuviese allí varado debía sacar lo que pudiese. Todos los días iba, pues, a bordo mientras duraba la baja marea y traía ya una cosa, ya otra; la tercera vez que fui cargué con todos los aparejos, todas las cuerdas, una pieza de lona destinada a reparar el velamen, y el barril de pólvora que se había mojado. Finalmente, transporté todas las velas, desde la más grande a la más chica; pero me vi obligado a desgarrarlas en muchos pedazos para trasladarlas todas a la vez; esto poco importaba, pues no podía utilizarlas sino como pedazos de tela.

Lo que me causó más placer en aquellas excursiones fué que al quinto o sexto viaje, cuando ya creía que nada quedaba en el buque que valiese la pena, encontré todavía un gran barril de galleta, tres buenas pipas de ron y de aguardiente, una caja de azúcar, y un saco de harina de flor. La sorpresa que me produjo este descubrimiento fué tanto mayor cuanto no confiaba hallar ninguna otra provisión que el agua no hubiese echado a perder. Desocupé lo más pronto posible el tonel de galleta e hice varias porciones, las envolví en dos trozos de vela, y llegué a tierra más alegre que en mis anteriores viajes.

Al día siguiente hice otro: esta vez, como ya había despojado al buque de todo lo que podía llevarme fácilmente, pensé en los cables; comencé por los más gruesos, cortándolos en pedazos para poderlos mover. Así conseguí trasladar los cables al mismo tiempo que todo el herraje que pude arrancar. En seguida corté la verga de la vela cebadera y la de mesana, para construir una gran balsa que cargué con todo aquel peso, y me marché. Pero la suerte empezó a abandonarme: la balsa iba tan cargada, que al llegar

a la pequeña ensenada en donde había desembarcado las anteriores provisiones, no obstante mis esfuerzos para dirigirla como otras veces, zozobró con todo el cargamento. En lo que a mí personalmente se refería, el accidente no tenía nada de peligroso, porque estaba cerca de tierra; pero perdí la mayor parte del cargamento, sobre todo el hierro que me habría sido de gran utilidad. Sin



...parapéte la puerta por dentro con tablones... Pág. 28.)

embargo, como bajaba la marea, salvé la mayor parte de los pedazos de cable y algún poco de hierro; pero esto no lo conseguí sin trabajo, porque me vi precisado a sumergirme, lo que me fatigó mucho. A pesar de esta desgracia, continué yendo a bordo todos los días para apoderarme de todo lo que podía.

Hacía ya trece días que estaba en tierra, y en ese tiempo hice once viajes a bordo del buque. Todo lo que una persona sola era capaz de llevarse me lo llevé, y creo no exagerar al decir que si la calma hubie-

se continuado habría transportado a tierra el buque entero, pieza por pieza. Al duodécimo viaje el viento empezó a levantarse, lo que no me impidió tornar a bordo, mientras bajaba la marea; y aunque muchas veces había registrado la cámara del capitán, no descubrí hasta entonces un armario con numerosos cajoncitos, en los cuales encontré dos o tres navajas de afeitar, unas grandes tijeras y diez u once cuchillos con



otros tantos tenedores; en otro cajón, el equivalente a treinta y seis libras esterlinas en monedas de Europa y del Brasil, parte en oro, parte en plata, y entre otras algunas piezas de a ocho. La vista de aquel dinero, me hizo sonreír.

—¡Metal miserable! — exclamé—, ¿de qué puedes servirme? No vale la pena de que me baje a recogerte; uno solo de estos cuchillos es para mí de más precio. ¡Quédate donde estás, o más bien ve a sumergirte al fondo del mar, como una mercadería averiada!

Sin embargo, después de este arranque volví en mí; y recogiendo aquel dinero con los demás utensilios que había encontrado en el armario, lo empaqueté. Entonces pensé en construir una nueva balsa; pero al ver que el cielo se cubría, que se empezaba a levantar viento, y un cuarto de hora después, al notar que las ráfagas venían de tierra, pensé que sería una locura el querer construirla entonces que el viento era contrario; y comprendí que si quería llegar a la orilla era necesario volver antes que el reflujo se dejase sentir. Me eché, pues, a nado para atravesar el brazo de mar que me separaba de tierra. Llegué con sumo trabajo, tanto debido al peso de lo que llevaba, como por la agitación del mar; porque el viento arreció con tanta rapidez, que la tempestad estalló antes de que hubiese subido la marea. Mas yo me hallaba ya sentado en mi choza en medio de mis tesoros y en completa seguridad. La noche fué tempestuosa, y por la mañana, cuando dirigí la vista al mar, vi que el casco del buque había desaparecido.

IV

Temiendo que la isla estuviera infestada de fieras, mi preocupación era averiguar de qué modo podría librarme de ellas así como de los salvajes, y decidí construir una tienda valiéndome de cuantos medios tenía a mi alcance.

Mi obra resultó tan resistente, que ni el hombre ni el animal habrían podido forzarla o escalarla; necesité para acabarla mucho tiempo y trabajo, sobre todo, para cortar las estacas en el bosque, transportarlas y clavarlas tan profundamente en el suelo.

Desde entonces dejé de acostarme en la cama que había traído del bu-

que, queriendo mejor dormir en una muy buena hamaca, que perteneció al segundo de a bordo. Coloqué en la tienda todos los víveres y las cosas que podían echarse a perder con la lluvia, y cerré entonces la entrada del recinto que hasta entonces había tenido abierta. Practiqué también detrás de mi tienda una especie de cueva semejante a la bodega que había en mi casa.

Largos y penosos trabajos pasé antes que pudiese dar la última mano a todas aquellas obras, y recuerdo algunos incidentes acaecidos durante su construcción. Un día (entonces todo estaba aún en proyecto, tienda y cueva) sucedió que, habiendo estallado de improviso una tormenta, cayó una centella que fué seguida de un espantoso trueno: aquella exhalación me inspiró una idea tan rápida como ella misma. Me estremecí al pensar en la pólvora. Me faltó el valor, pensando que toda ella podía ser reducida a la nada en un instante y verme privado de este elemento con el cual contaba no sólo para defender mi existencia, sino también para procurarme alimentos más nutritivos que las frutas y hierbas por medio de la caza. Menos temor me causaba el peligro que podía correr yo mismo, porque si se hubiese prendido fuego, no hubiera tenido tiempo para advertir de dónde había venido el daño. Estas reflexiones me produjeron tanta impresión, que así que pasó la tempestad suspendí mis trabajos, y me puse a fabricar sacos y cajas para guardar la pólvora; la reparti en muchos paquetes, y la puse en diversas partes, con el fin de que si se prendía fuego a un paquete no estuviesen expuestos los demás. Empleé más de quince días en esta operación; y como creo que la provisión ascendía en su totalidad a cerca de doscientas cuarenta libras, la reparé en más de cien paquetes. En cuanto al barril que se había mojado, no me dió ningún temor: lo co-

loqué en la bodega, o más bien en la cocina, como me complacía en llamar a la cueva que había socavado, y toda la demás la introduje entre unos pedazos de roca al abrigo de la humedad, señalando con cuidado el sitio en que estaba. Durante todo el tiempo que empleé en esta operación, no pasé ningún día sin salir con la escopeta ya para distraerme, ya para buscar alguna ave para mi alimento, o al mismo tiempo para saber cuáles eran los productos de la isla. La primera vez que salí ví que se criaban una especie de ovejas, lo cual me causó una indecible alegría. Un día, entre otros, paseándome por la orilla del mar, con la escopeta al hombro y reflexionando acerca de mi suerte, la razón vino a hacerme considerar mi situación bajo un aspecto diverso.

—Estoy — me dije — atravesando circunstancias penosas, es verdad; pero, ¿dónde están mis compañeros? ¿No éramos por ventura once cuando entramos en la lancha? ¿En dónde están los otros diez? ¿Por qué no se ha salvado ninguno y por qué no he perecido yo? ¿Por qué he sido el único perdonado? ¿Vale más estar en el fondo del mar?

Los tormentos de la vida deben parangonarse con las ventajas que se encuentran, y sobre todo es preciso considerar los males mayores aún que podrían sobrevenir. Reflexioné luego que estaba ventajosamente provisto de todo lo necesario para mi subsistencia; ¿y cuál hubiera sido mi suerte si por una dichosa casualidad, que no solía presentarse una vez entre mil, el buque no hubiese sido echado por el mar lo bastante próximo a la orilla para darme tiempo de sacar de él todo lo que me fuese preciso? ¿Qué hubiera hecho si me hubiera sido necesario vivir tal y como había sido arrojado a la playa, privado de las cosas más indispensables de la vi-

da? ¿Qué sería de mí, pensaba, sin la escopeta, sin municiones, sin herramientas, sin vestidos, sin cama y sin abrigo de ningún género? Y en cambio disfrutaba de todas estas cosas y hasta podía pasarme sin la escopeta cuando las municiones se hubiesen agotado; me hallaba, pues, al abrigo de todas las necesidades para el resto de mi vida.

Ahora que he de narrar el cuadro de una vida solitaria, de una vida tal que quizá no hay otro ejemplo en el mundo, quiero emprender la relación desde el principio, y continuarla ordinariamente.

Según mi cálculo, abordé aquella isla desierta el 30 de septiembre en la época de equinoccio, cuando el sol lanzaba sus rayos perpendicularmente sobre mi cabeza. Con esta observación que hice, juzgué que me encontraba a nueva grados veintidós minutos de latitud Norte.

Al cabo de diez o doce días reflexioné que, careciendo de papel, plumas y tinta, no podría calcular la marcha del tiempo ni distinguir los días de fiesta de los de trabajo. Para orillar este inconveniente fijé en el suelo, sobre la playa, en el mismo punto donde había tomado tierra, un poste de madera en forma de cruz, en la cual grabé con la punta del cuchillo las palabras siguientes:

«Llegué a este sitio el 30 de septiembre de 1659.»

A los lados del poste hacía una raya cada día y cada siete una mayor, y el primero del mes otra mucho mayor; de este modo obtuve un calendario que marcaba exactamente los días, las semanas, los meses y los años.

Sin embargo, ante el gran número de objetos que saqué del buque en los diferentes viajes que hice, hallé



algunos menos necesarios que aquellos de los cuales he hecho ya mención, pero que, no obstante, llegaron a serme de gran utilidad después, tales como, por ejemplo, papel, tinta, plumas y otros muchos utensilios que encontré en los camarotes del capitán, del segundo, del artillero, y del carpintero; tres o cuatro compases, algunos instrumentos de matemáticas, cuadrantes, anteojos de larga vista, mapas y libros de náutica. Cogí todos aquellos chismes sin

saber si me podrían servir de algo. No debo olvidar tampoco que había en el buque dos gatos y un perro, cuya importante historia ocupará su correspondiente lugar. Embarqué los dos gatos en la balsa; con respecto al perro, saltó al mar, y vino en busca mía a tierra el mismo día en que cargué mi primer cargamento. Este animal fué para mí un amigo fiel, durante muchos años; me ayudaba en aquello que podía y me hacía tanta compañía, que, de poder, habría querido enseñarle a hablar.

He dicho ya que había encontrado plumas, papel y tinta, lo cual economicé bastante. Escribí una relación exacta de cuanto me sucedió hasta tanto que me duró la tinta: pero, cuando se me concluyó me fué imposible continuar, porque no supe cómo hacerla de nuevo. Esto me recuerda que además de la tinta faltaban aún en mi pequeño almacén

bastantes cosas; en este número se contaba una azada, un azadón y una pala para remover la tierra, luego agujas, alfileres e hilo; en cuanto al lienzo, me acostumbé bien pronto a prescindir de él. Esta falta de útiles retrasaba todos mis trabajos, por lo cual tardé un año en concluir enteramente mi recinto; las estacas con que estaba formado eran tan pesadas, que para clavarlas en el suelo me costó hacer muchísimos esfuerzos. Necesitaba trabajar con vigor para cortarlas en el bosque, para pulirlas, y espe-

cialmente para transportarlas hasta mi morada; una sola estaca me costaba algunas veces dos días para redondearla y llevarla, y otro día para fijarla en la tierra. Para esta última operación me serví en un principio de un gran madero; luego encontré más cómodo emplear una palanca de hierro que tenía. A pesar de este recurso, era una pesada y enojosa tarea clavar las estacas.

Sin embargo la duración del trabajo, cualquiera que fuese, no podía desanimarme, pues me sobraba tiempo, que no habría sabido cómo emplear si mi labor se hubiese terminado pronto. Además, recorría la isla para proporcionarme alimentos y para distraerme de mis tareas durante todos los días algunas horas.

He descrito ya mi habitación y mi

tienda, situada al pie de un peñasco, cercada por una doble empalizada guarnecida de cables; este cercado, que hoy día podría llamar muralla, porque había efectivamente puesto por la parte exterior un refuerzo de tierra, de dos pies de espesor, añadiéndole al cabo de año y medio aproximadamente, unas vigas que, saliendo de lo alto de la empalizada, descansaban sobre un peñasco, las cuales guarnecí después de ramas de árboles y otros materiales para preservarme de las lluvias que caían en abundancia durante una época del año.

He referido ya cómo había almenado los efectos tanto dentro del recinto como en la gruta que hice detrás de la tienda; pero todo esto no era más que comenzar por el tropel confuso de enseres y útiles que por su desorden ocupaban tanto lugar que no me quedaba apenas espacio para revolverme. En su consecuencia, emprendí al instante la



Este animal fué para mí un amigo fiel...
(página. 32.)

prolongación de la cueva, cavando más el peñasco, cuya piedra era bastante blanda y cedía fácilmente a mis esfuerzos. Viéndome ya seguro con respecto a las fieras, adelanté los trabajos a la derecha sobre el flanco de la roca, y volviendo siempre por el mismo lado, continué hasta que llegué a construir por una llanura una salida fuera de la empalizada o fortificaciones. No sólo aquella obra servía de puerta trase-ra a la tienda y al almacén, que tenía así entrada y salida, sino que aún me ofrecía espacio para colocar mis riquezas.

Inmediatamente me dediqué a fabricar los muebles más precisos, comenzando por una silla y una mesa. Careciendo de estas dos comodidades, no podía gozar las pocas dulzuras que me restaban aún en la vida; por ejemplo, no podía escribir a gusto, ni comer cómodamente sin mesa.

Emprendí mi trabajo, y he de hacer una observación con respecto a ese punto: es decir, que siendo el cálculo el principio y origen de las matemáticas, no hay hombre que con la ayuda de la inteligencia, de una inteligencia que observa, calcula y mide, no pueda con el tiempo llegar a ser hábil en un arte mecánico. Jamás había manejado yo herramienta alguna, y, sin embargo, no dudé de que con los útiles necesarios no habría ninguna de las cosas que me hacían falta que no pudiese conseguir hacerla con tiempo y aplicación. Sin herramientas llegué a fabricar muchos objetos útiles; una hacha y una azuela me bastaron para las cosas más difíciles. Así, a fuerza de constancia, llevé a cabo obras que quizá jamás hubiera emprendido hallándome en otra situación. Si, por ejemplo, quería tener un tablón, era necesario derribar un árbol, rebajarlo por los lados hasta hacerlo suficientemente delgado, y escuadrarlo en seguida con la azue-

la; es verdad que de esta manera no me salía más que una sola tabla de un tronco entero, pero en esto no perdía más que el tiempo y el trabajo que me tomaba, y no tenía más remedio que conformarme. Por otra parte, el tiempo y el trabajo valían tan poco que nada me importaba que los emplease en una cosa u otra.

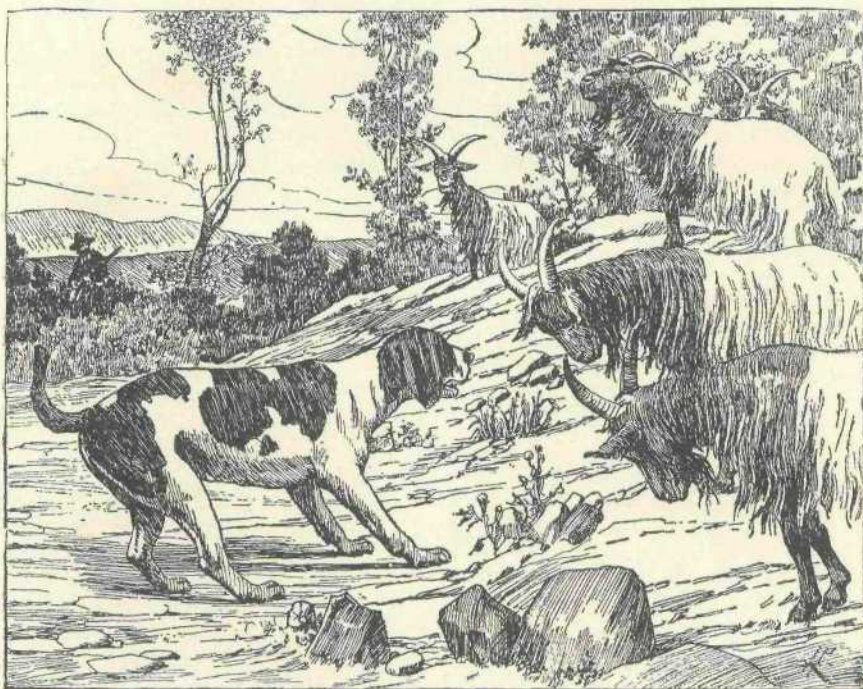
Construí, pues, una silla, y una mesa, como ya he dicho, siendo esto por lo que empecé, sirviéndome de varios trozos de madera que había traído del buque. Cuando hube arreglado las tablas, puse grandes tablones de pie y medio de largo, que coloqué unos sobre otros en las paredes de la cueva en forma de estantes, para poner los útiles, clavos, herraje, etc.; en una palabra, todos mis utensilios, de modo que los tuviese fácilmente a mano; igualmente clavé en el peñasco algunas pequeñas argollas para colgar las escopetas y otros diversos objetos. La caverna se hubiera podido tomar por un almacén general de todas las cosas necesarias; el buen orden que reinaba me hacía encontrar al momento lo que necesitaba; y este orden, unido a la abundancia de objetos útiles y cómodos, me producía la más intensa alegría.

Entonces fué cuando comencé a escribir un diario, continuándolo todo el tiempo que me duró la tinta y del cual copiaré sólo algunos párrafos para no repetir lo que ya he referido:

24 de diciembre.—Llovió todo el día y toda la noche, por cuyo motivo no salí de mi habitación.

27 de diciembre.—Maté una llama y herí a otra, que al fin cogí. Me la llevé a mi casa; tan pronto como llegué le entablillé y vendé la pata que tenía rota.

Nota.—La cuidé tanto que llegó a curarse tan perfectamente que no se distinguía la pata rota de la que no lo estaba, pudiendo el animal andar y correr lo mismo que antes. Después



de haber pasado mucho tiempo, se domesticó y paseaba por el césped delante de la puerta de mi cercado, sin pensar en escaparse.

1.º de enero de 1660.—Seguía haciendo un excesivo calor. Salí por la mañana y por la tarde con la escopeta, descansando a mediodía. Por la tarde llegué hasta los valles centrales de la isla, en donde divisé una multitud de cabras, pero muy ariscas, siendo por lo tanto muy difícil el acercarse a ellas. Traté de volver con mi perro, a fin de que las echase hacia el lado donde yo estaba. Al día siguiente, en efecto, hice la prueba. Mis esperanzas quedaron defraudadas; en lugar de huir del perro, las cabras le hicieron frente presentándole los cuernos; él comprendió el peligro y no quiso arremeterlas.

3 de enero.—Empecé las trincheras, o más bien las murallas, por miedo de verme atacado, y resolví construir las espesas y sólidas.

A medida que iba ordenándose mi

vida, notaba que me faltaban una multitud de cosas, entre ellas la luz, falta insoportable para mí, porque me veía precisado a acostarme irremisiblemente al anoecer. Entonces recordé con pesar aquel gran pedazo de cera que poseía cuando escapé de la esclavitud de África. El sólo medio de suplir esta necesidad, fué el conservar toda la grasa de las cabras o llamas que mataba: luego hice un platito de tierra arcillosa y lo puse a secar al sol; y finalmente traté de formar una mecha de hilo filástico, con todo lo cual obtuve una especie de lamparilla. Ciertamente esta luz era mucho más débil y vacilante que la de una vela.

Mientras me dedicaba a estos trabajos, encontré un día, registrando mi equipaje, un saco, del cual he hablado ya, que había estado lleno de grano para la volatería del buque. Lo poco que quedaba de aquel trigo estaba roído por los ratones; el saco no contenía casi nada más que polvo y la cascarilla del grano. Como

tuviera necesidad de este saco (si no me equivocó, para guardar la pólvora, cuando por la tempestad la repartí en paquetes), lo sacudí al pie del peñasco, al lado de la estacada. Luego sobrevinieron las grandes lluvias de que ya he hecho mención, sin que me acordase de haber echado nada en aquel paraje, cuando al cabo de un mes próximamente vi que asomaban en la superficie de la tierra algunos tallos. Al principio los tomé por plantas parásitas; pero mi admiración llegó a su colmo así que transcurrido algún tiempo descubrí diez o doce espigas de trigo y cebada, a las que no aventajaban en nada las de la mejor calidad de Europa. Es de todo punto imposible expresar mi sorpresa y confusión al ver aquello; hasta entonces ninguna idea de religión se había presentado en mi mente; no había visto más que la obra del acaso en lo que me había sobrevenido y me limitaba a decir como otros muchos: *ésta es la voluntad de Dios, sin preocuparme por penetrar los misteriosos designios de la Providencia en los acontecimientos de esta vida*. Pero, cuando vi crecer las espigas bajo un clima que no creía a propósito para la producción de cereales, y sobre todo, por no poder explicarme cómo había sido echada allí la simiente, mi recogimiento fué mayor, empezando a creer que Dios había hecho salir aquel grano por milagro sin que se hubiese sembrado, y con el objeto de que pudiese subsistir en aquel lugar desierto.

Es casi inútil manifestar que tuve buen cuidado de recoger aquel grano a su debido tiempo, que era a últimos de junio, y guardando la pequeña cosecha resolví sembrarla toda entera, con la esperanza de hacer algún día una recolección suficiente para tener pan para todo el año; pero pasaron cuatro sin haberlo conseguido. El grano que sembré la primera vez se perdió casi todo, por

haber hecho la siembra en la estación que no llovió, lo cual hizo que se estropease y perdiese una gran parte. Además del trigo había veinte o treinta espigas de arroz: las conservaba con el mismo objeto, es decir, para hacer pan, o más bien otra clase de alimento, porque había encontrado el medio de cocerlo sin necesidad de horno; con todo, más tarde construí uno.

16 de junio.—Bajé a la playa y encontré una hermosa tortuga, la primera que había visto en la isla; pero es necesario atribuirlo más bien a mi mala estrella que a ser raras en aquella costa, pues luego me convencí de que me hubiera bastado ir al otro lado de la mencionada costa para encontrarlas a cientos todos los días.

17 de junio.—Empleé todo el día en cocer la tortuga, dentro de la cual encontré sesenta huevos; su carne me pareció la más sabrosa y delicada que había comido jamás, porque desde mi llegada a aquel horrible país me había visto reducido a la carne de cabra o llama, o a la de ave silvestre.

18 de junio.—Estuvo todo el día lloviendo, por lo cual no pude salir. El agua que caía era tan fría, que me causó una impresión muy viva, pues aun no había experimentado el frío en aquella región.

19 de junio.—Me sentí indispuerto, empezando a tiritar como si hiciese mucho frío.

20 de junio.—No me fué posible dormir en toda la noche, y tuve grandes dolores de cabeza, acompañados de un poco de calentura.

21 de junio.—Cai formalmente enfermo, y me aterroricé en extremo al verme en este estado sin tener ningún recurso ni socorro.

26 de junio.—Me encontré algo mejor, y como no tenía víveres, saqué con la escopeta. Aunque muy débil, maté una llama, que arrastré con gran trabajo a mi habitación; así



...que arrastré con gran trabajo a mi habitación... (Pág. 36.)

algunos pedazos que comí; hubiera deseado hervirlos, pero no me fué posible porque carecía de olla.

27 de junio.—La calentura se hizo más violenta; me vi obligado a guardar cama durante todo el día, sin comer ni beber. Aunque me moría de sed, estaba tan débil, que no tenía fuerzas para levantarme en busca de agua. De nuevo me dirigí a Dios; mas como estaba delirando, y por otra parte lo ignoraba todo en materia de religión, no sabía qué decir y no hacía más que exclamar: «¡ Señor, volved la vista hacia mí; tened piedad de mí! » Juzgo que repetí estas exclamaciones por espacio de dos o tres horas hasta que terminó el acceso, pero sólo logré dormir a eso de media noche. Cuando me desperté, me sentí aliviado pero muy débil; mas como no tenía agua en mi cabaña, me fué forzoso esperar a la mañana, y volví a dormirme.

28 de junio.—Un poco aliviado por el sueño y libre del acceso, me levanté. Reflexioné, sin embargo, que la calentura volvería al día siguiente, y que era preciso aprovechar la calma del momento para procurarme algún sustento y alivio para cuando me encontrase peor. Lo primero que hice fué llenar de agua una gran botella y ponerla sobre la mesa junto a la cama; después, para quitar a esa misma agua su crudeza, le eché un poquito de ron: cogí luego un pedazo de carne de llama, y lo puse sobre las ascuas, pero no pude comer más que un poco; luego salí, aunque muy débil y triste, temiendo la vuelta del acceso febril. Por la noche, para cenar, calenté tres huevos de tortuga, que comí con regular apetito.

3 de julio.—La fiebre desapareció del todo, a pesar de lo cual no recobré completamente las fuerzas hasta mucho tiempo después. Du-

rante la convalecencia medité continuamente sobre estas palabras que había leído en la Sagrada Escritura: «Invócame en los días de la aflicción y yo te libraré, y tú me ensalzarás». Las frases *yo te libraré* no tenían para mí sentido alguno; la imposibilidad de mi liberación me pareció tan manifiesta que no me quedaba la más ligera esperanza. En medio de este abatimiento muchas veces me decía que, como no pensaba más que en salir de aquel estado, olvidaba el bien que había recibido. Entonces me hice estas preguntas: «¿No me ha salvado como



por milagro de una enfermedad peligrosa que me sumía en la situación más triste y horrorosa? ¿qué caso he hecho de este favor? Dios me ha librado y no le he ensalzado, ni tan siquiera le he dado las gracias. ¿Cómo puedo esperar de Él un beneficio mayor?» Estas ideas se adentraron en mi alma; me arrodillé y en alta voz di gracias a Dios por haberme curado.

4 de julio.—Aun cuando mi situación fué siempre la misma por lo que

se refiere a mi modo de vivir, llegó, sin embargo, a serme más tranquila y soportable. En lo sucesivo, por medio de una lectura constante de las Sagradas Escrituras, y por el uso frecuente de la oración, mis pensamientos se volvieron a Dios; experimenté consuelos interiores, hasta entonces desconocidos; y como de día en día iba recobrando la salud y las fuerzas, trabajaba asiduamente en proveerme de todo aquello de que carecía y en crearme una vida tan regular como fuese posible.

Hacia ya cerca de diez meses que habitaba la isla: había perdido por completo la esperanza de salir de ella, y creía firmemente que jamás planta de humana criatura había hollado aquellos lugares. A mi entender, hallábase mi morada a cubierto de todo ataque, y sentía vivísimos deseos de reconocer más detenidamente la isla y tratar de descubrir algunas producciones, que sin duda me serían desconocidas. El 15 de julio empecé el reconocimiento, y me dirigí a la pequeña ensenada de la cual he hablado ya y en donde abordé con mis balsas. Recorrí la playa viendo que la marea estaba a poco más de dos millas: había en aquel sitio un arroyo de agua dulce y exquisita; pero, como estábamos en verano, hallábase casi seco. En sus riberas se extendían, a manera de verdes sábanas, hermosas praderas cubiertas de césped. En los parajes más elevados, adonde no llegaba nunca el agua, esto es, al pie de las montañas, crecían matas de tabaco, verdes y lozanas, y otras plantas que me eran desconocidas y que tal vez tendrían virtudes que ignoraba: entre ellas busqué el cazabe, con el cual hacen los indios una especie de pan, y me fué imposible encontrarle. Vi hermosas plantas de álloe, cuyo uso no conocía entonces, y muchas cañas de azúcar silvestres, que el cultivo no habría podido mejorar. Por aquel día me

contenté con aquellos descubrimientos y me devané los sesos para averiguar cuáles eran la virtudes y bondades de tales plantas; pero nada adelanté con mis reflexiones, porque había estudiado muy poco la flora mientras permanecí en el Brasil.

Al día siguiente, 16 de julio, recorrí el mismo camino; y habiendo avanzado un poco más que la víspera, vi que el arroyo y las praderas no se extendían por aquel lado, y que la campiña empezaba a verse más poblada de vegetación. Encontré diferentes especies de frutos, especialmente melones en abundancia, grandes vides entrelazadas con los árboles de las cuales pendían muy hermosos y maduros racimos. Estaba maravillado y sorprendido; pero, como ya tenía alguna experiencia, comí de aquella fruta con moderación, pues recordaba haber visto en África morir muchos ingleses de calenturas y de disentería por comer uvas con exceso. Encontré también un excelente medio para proveerme de esa fruta: la secaba al sol para conservarla, constituyendo un recurso sano y agradable para los meses del año en que no la había fresca.

Pasé toda la tarde en aquel paraje, y no volví a mi vivienda; por vez primera determiné no acostarme dentro del recinto. Cuando se hizo de noche, tuve que recurrir a mi primera cama en la isla; me subí a un árbol, y me dormí profundamente; al otro día proseguí mi reconocimiento, andando por espacio de cuatro millas, y pude juzgar por la extensión de la llanura que me dirigía hacia el Norte; mi vista se veía limitada delante de mí al Sur por elevadas colinas. Al fin de esta excursión llegué a un terreno descubierta, que parecía inclinarse hacia el Oeste, donde un arroyuelo corría serpenteando por una vecina colina y dirigía su curso en sentido opuesto, es decir, hacia el Este. Toda

aquella comarca parecía tan fresca, tan verde y tan florida, que se la hubiera podido tomar por un jardín cultivado con esmero en tiempo de primavera. Internéme en aquel delicioso valle, admirándolo con una especie de placer, mezclado al propio tiempo de tristes pensamientos. «Todo esto — me decía —, es mío; soy rey y señor de este país, con derechos incontestables y con la facultad de transmitirlo, como lo haría un lord inglés, a mis herederos, si me hallase en Inglaterra.» Vi gran cantidad de cocoteros, naranjos y limoneros, todos ellos silvestres, los cuales tenían muy poco fruto, a lo menos durante aquella estación. Cogí también algunas cidras, las cuales, no solamente me pareció que tenían un gusto agradable, sino que al mismo tiempo eran muy sanas; en vista de ello mezclé el zumo con agua, con lo cual hice una bebida sumamente refrescante y saludable. Traté de coger cierto número de aquellas frutas y llevármelas a mi morada, con objeto de tener provisión para la estación lluviosa que se aproximaba. Formé, pues, un gran montón de uvas, luego otro más pequeño, y finalmente otro de cidras y limones juntamente; inmediatamente tomé un poco de cada montón, y me encaminé a mi retiro, resuelto a volver con un saco para llevarme el resto.

Después de tres días de ausencia, entré en mi casa (esta denominación daba yo a la caverna y a la tienda); pero antes de llegar, las uvas, demasiado maduras, se echaron enteramente a perder, en términos que no pude comer un solo grano: las cidras se habían conservado en muy buen estado, pero desgraciadamente había pocas.

El siguiente día, que era 19, volví con dos saquitos que había hecho, para ir a buscar mi recolección. Quedé sorprendido al ver los racimos, la víspera tan apetecibles y lin-

dos y en aquel instante estropeados, esparcidos por el suelo y comidos la mayor parte. Calculé que había cerca algunos animales salvajes que habrían cometido aquel desaguisado; pero ignoraba a qué especie podían pertenecer. Mientras tanto, viéndome en la alternativa de abandonar la fruta o llevármela en el saco, y que en un caso, como había de ir apretada, se aplastaría y en el otro se destruiría completamente, escogí otro medio: corté una gran cantidad de racimos y los colgué de las ramas de los árboles, con el objeto de que el sol los secase; con respecto a los limones y cidras, me llevé tantos como pude cargar sobre mis espaldas.

Al regresar de aquel corto viaje me llenó de admiración la fecundidad del valle, su buena situación al abrigo de las tempestades, cerca del río y del bosque, y concluí por decirme que el lugar donde había fijado mi habitación era sin duda alguna el peor de toda la isla. Desde luego pensé mudarme y escoger, si era posible, en aquel terreno fértil y maravilloso, un punto en el cual me fortificaría, como había hecho en el que estaba establecido. Este proyecto lo acaricié largo tiempo en mi imaginación, y me preocupaba tanto más cuanto que el sitio tenía muchas ventajas. Pero considerando las cosas más detenidamente, reflexioné que mi antigua morada estaba a la orilla del mar, adonde la suerte podría conducir algunos infortunados naufragos como yo, y no obstante las pocas probabilidades que había de que tal cosa sucediese, retirarme a los bosques y a las montañas era prolongar por propia voluntad mi cautiverio y renunciar a todos los medios de terminarlo.

A despecho de mi decisión, pasé casi todo el resto del mes de julio en aquel valle que tanto me había agradado; formé una especie de jardín, que rodeé de una doble fila de estacas, tan alta como pude hacerla,

y toda llena de maleza. Me quedaba a dormir con frecuencia dos o tres noches seguidas en aquel recinto, muy tranquilo, pasando y volviendo a pasar por encima de la estacada con la ayuda de una escalera, como hacía en mi otra habitación. Desde entonces me hice la ilusión de que poseía una casa en la costa y otra en el campo. Aquellos trabajos me retuvieron allí hasta el 1.º de agosto.

Acababa de terminar el cercado y comenzaba a gozar de mi obra, cuando vinieron las lluvias y me obligaron a retirarme a mi antigua residencia. Tenía allí, es cierto, como en ésta, una tienda perfectamente hecha, pero no estaba protegida por una colina contra las tempestades, y no tenía detrás una cueva en donde pudiese guarecerme en el caso de lluvias extraordinarias.

Mientras duró la reclusión, trabajé dos o tres horas diarias en agrandar la cueva; y profundizando siempre por la parte del peñasco, llegué a horadarlo de parte a parte, y a practicar una salida fuera del recinto. Sin embargo, a mi entender, no estaba enteramente a cubierto de un ataque: si hubiese dejado las cosas en su primitivo estado, el circuito defensivo hubiera sido perfecto; pero ahora ya no me consideraba seguro. Era, a la verdad, un infundado temor, porque el animal mayor que había visto en todo el tiempo que permanecí en la isla era la llama.

30 de septiembre.—Llegó por fin el funesto aniversario del naufragio; sumé las rayas hechas en el poste o madero y me dió por resultado que hacía 365 días que me hallaba en aquellas apartadas regiones.

Observé el aniversario con un día de ayuno solemne, consagrándolo todo entero a prácticas religiosas, prosternándome con profunda humildad. Confesé mis faltas a Dios, reconociendo su divina justicia, e

imploré, en fin, su infinita misericordia en nombre de su amado Hijo. Me abstuve de comer por espacio de doce horas, hasta que se puso el sol, y entonces comí un poco de galleta y un gajo de uvas pasas; acabé el día como lo había empezado, es decir, orando; y en seguida me acosté.

Hasta entonces jamás había observado ningún domingo, porque en mi corazón no se albergaban sentimientos religiosos; había omitido al cabo de algún tiempo señalar las semanas marcando el domingo con una raya más larga que los días laborables, por lo que no podía distinguir los unos de los otros. Pero después de haber calculado los días por el número de rayas, y visto que llevaba un año entero en la isla, dividí este año en semanas y el séptimo día de ellas lo dediqué a domingo; al fin de la cuenta encontré, sin embargo, una equivocación de dos días.

Poco tiempo después la tinta empezó a agotarse; la economiqué muchísimo, y me limité a consignar los hechos más notables de mi vida, en vez de registrar en el diario cosas insignificantes.

V

Ya había observado la periodicidad regular de las estaciones lluviosa o seca; había aprendido a prevenirlas y a tomar las precauciones necesarias; pero ese estudio me costó caro, y lo que voy a referir es una de las vicisitudes que me desanimó más. He dicho ya que había conservado un poco de cebada y de arroz que había crecido casi de un modo prodigioso. Poco más o menos tendría unas treinta espigas de arroz y unas veinte de cebada y trigo. Pensé que pasada la estación de las lluvias sería el momento propicio para sembrar, al llegar el sol al solsticio de verano y alejándose de mí.

Cavé, pues, del mejor modo que pude y supe con mi azadón de madera un pedazo de terreno, en el cual hice dos divisiones, y comencé a sembrar el grano. Afortunadamente, cuando ya había emprendido la operación, se me ocurrió que sería conveniente no sembrarlo todo la primera vez, mayormente ignorando la estación más propia para la siembra; no aventuré, pues, más que las dos terceras partes del grano, y no brotó porque durante los meses siguientes, que eran los de la estación seca, como la tierra se hallaba privada de agua, faltó la humedad necesaria para germinar la semilla. Nada, pues, salió entonces; pero cuando vino la estación lluviosa, vi crecer aquellos granos como si acabase de sembrarlos.

En vista, pues, de que mi primera siembra había tenido éxito poco satisfactorio, y comprendiendo que la sequedad era la sola causa, busqué un terreno húmedo para hacer un segundo ensayo. Cavé un trozo de tierra, cerca del nuevo cercado, y sembré el resto de grano en el mes de febrero, un poco antes del equinoccio de la primavera. Esta siembra, humedecida con las aguas de marzo y abril, resultó a pedir de boca, y dió muy buena cosecha; pero como había empleado nada más que una parte de la semilla que tenía de reserva, por no querer aventurarla toda, no cogí más que una pequeña cosecha, cerca de un celemín, la mitad de arroz y la mitad de trigo y cebada. Por lo demás, aquel ensayo me había hecho muy experto en la materia; supe ya cuándo era necesario sembrar, y había descubierto que podía obtener al año dos cosechas.

Al paso que la cebada y el trigo crecían hice un descubrimiento que después me fué de mucha utilidad. Cuando pasaron las lluvias, y el tiempo mejoró, que fué hacia el mes de noviembre, hice una salida para

la campiña. Después de una ausencia de algunos meses, lo encontré todo en el mismo estado que lo había dejado. No sólo la doble empalizada que había formado continuaba en buen estado, sino que las estacas que había cortado de algunos árboles cercanos habían echado largas ramas, como hubiera podido suceder con los sauces que nuevamente se hubiesen plantado. Ignoro el nombre de los árboles que me habían suministrado los troncos. Sorprendido y encantado de ver la rapidez con que habían crecido aquellas lozanas plantas, las podé lo mejor que me fué posible. No puedo dar una idea de su belleza al cabo de tres años; aunque el nuevo cercado tenía unas veinticinco varas de diámetro, aquellos árboles, pues ya podía darles entonces tal nombre, me prestaron una sombra bastante vasta para guarecerme durante la época de los calores.

Este hecho me decidió a cortar otros troncos para establecer una hilera en semicírculo alrededor de mi primera habitación. Realicé al momento este proyecto, plantando a la distancia de ocho varas de la antigua empalizada una doble fila de troncos, que llegaron bien pronto a ser árboles, y formaron una especie de seto vivo para mi habitación, sirviéndome también de defensa, como se verá en su tiempo y lugar correspondiente.

Comprendí entonces que se podían dividir las estaciones no en invierno y verano como en Europa, sino en estaciones húmedas y secas.

Ya he dicho que había aprendido por triste experiencia cuán insalubre era la época de las lluvias, por lo que hice mis provisiones con anticipación, por miedo a verme precisado a salir en la estación de las aguas. Mas no quiere esto decir que durante aquel tiempo estuviese ocioso en mi retiro; tenía aún bastantes cosas en qué ocuparme, pues me fal-

taban una multitud de chismes que no podía procurármelos más que por medio de un trabajo pesado y por una aplicación continua. Por ejemplo, hice varias probaturas para construir una canasta; pero las ramitas que empleaba se quebraban con tanta facilidad que no pude lograrlo. Fué una gran dicha para mí el haber frecuentado en mi infancia la tienda de un cestero que había en mi pueblo natal; me gustaba ver cómo tejía las cestas, y al fin concluí por hacer algunas con los nuevos vástagos de los árboles, de los que había cortado las estacas, que tenían la flexibilidad del mimbre o del sauce.

Antes he dicho que tenía grandes deseos de recorrer toda la isla. Se ha visto ya que había hecho una excursión hasta el valle donde estaba mi jardín. Desde allí había divisado el mar por una abertura de los peñascos, del otro lado de la isla; quise llegar hasta allí. Cogí la escopeta y el hacha y seguido del perro partí después de haber puesto en el morral mayor cantidad de pólvora y plomo de lo que tenía por costumbre, dos galletas y dos o tres racimos de uvas. Cuando hube atravesado todo el valle, del cual ya he hecho mención, descubrí el mar por la parte del Oeste, y como hacía un día muy claro vi distintamente la tierra. No podía asegurar si aquello era una isla o un continente, pero me parecía que estaba muy elevada, extendiéndose del Este al Oeste-Sudoeste a una distancia de cerca de quince a veinte leguas. Ignoraba qué comarca era aquélla; pero estaba seguro de que formaba parte de la América, y, después de otras observaciones, que pertenecía a las posesiones españolas; pero quizás estaría habitada por salvajes, y si me aventuraba ir, me harían sin duda sufrir una suerte más dura que la actual. Me sometí, pues, a los designios de la Providencia, que empeza-

ba ya a conocer y creer que arreglaba todas las cosas; de manera que aquel descubrimiento no turbó mi reposo ni atormentó mi espíritu con deseos de ir a reconocer aquel país.

Por otra parte, reflexionando me decía que si aquella costa formaba parte de las colonias españolas, vería infaliblemente un día u otro pasar un buque; o bien la tierra que pisaba pertenecía a la costa que se extiende entre aquellas colonias y el Brasil, costa habitada por tribus de los más feroces salvajes, caníbales, o antropófagos que matan o devoran a cuantos caen en su poder.

Haciendo estas reflexiones seguía andando tranquilamente. Observé que aquella parte de la isla era más pintoresca que la que yo habitaba; las praderas estaban llenas de verdor, esmaltadas de flores, y pobladas de muchos y frondosos árboles. Descubrí dos papagayos y sentí grandes deseos de coger uno para domesticarlo y hacerlo hablar. Pude, no sin trabajo, apoderarme del más joven aturdiéndole de un palo; lo recogí, y después de haberle hecho volver en sí, me lo llevé a mi albergue. Algunos años pasaron antes de que consiguiese hacerle hablar; pero, en fin, le enseñé a llamarme por mi nombre de una manera absolutamente familiar y el incidente a que esto dió lugar después, lo sabrán los que lean estas aventuras.

Este viaje fué feliz: encontré en la parte baja animales que tomé a los unos por liebres y a los otros por zorras; pero eran muy diferentes de todos los que hasta entonces había visto. Maté bastantes sin atreverme a probarlos. Por lo demás, hubiera sido una imprudencia exponerme a comer alimentos dudosos, teniéndolos muy buenos, como, por ejemplo, las llamas, las tortugas y las palomas.

Durante aquella excursión no avancé nunca más de dos millas diarias en línea recta; pero daba tan-

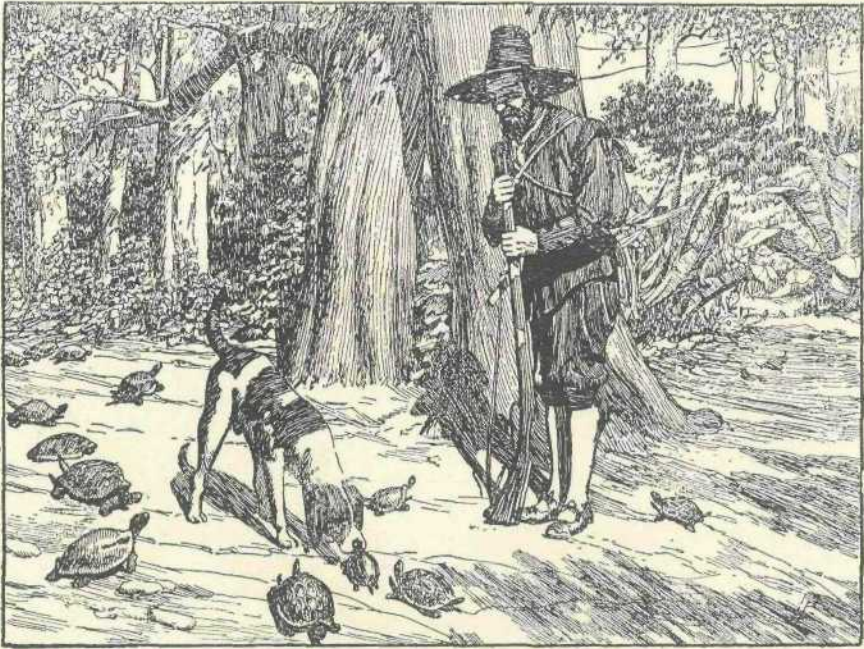
tos rodeos para ver si descubría algo, que llegaba extraordinariamente fatigado al lugar que escogía para pasar la noche. Entonces, o trepaba a un árbol o me echaba al suelo clavando una hilera de estacas de un árbol a otro de manera que ninguna fiera pudiese llegar hasta mí sin despertarme.

Así que llegué a la orilla opuesta quedé admirado al convencerme de que me había tocado la poca suerte de vivir en el sitio peor de la isla. La parte que habitaba no me había



provisto en año y medio más que de tres tortugas, y en cambio aquella estaba llena de ellas. Había también pájaros de distintas especies, de los cuales unos me eran desconocidos y otros no, y la mayor parte exquisitos para comer. Hubiera podido matar cuantos me viniesen en ganas si no hubiese querido economizar las municiones; prefería matar una llama, que me era de más provecho.

Encontré aquella parte de la isla a la verdad más agradable que la que yo ocupaba; sin embargo, no tenía ganas de trasladarme a ella.



...y en cambio aquélla estaba llena de ellas. (Pág. 43.)

Estaba acostumbrado a mi habitación y todo lo que entonces veía me parecía extraño; por lo tanto continué mi camino hacia el Este, a lo largo de la playa, durante una longitud de casi doce millas; después, clavando un gran madero en la ribera, traté de regresar a mi morada, con la intención de recorrer en un próximo viaje el otro lado de la isla, al este de mi habitación, hasta encontrar la señal que había puesto.

Para regresar seguí otro camino que aquel por donde había ido, creyendo que al mismo tiempo que visitaba la isla podría encontrar la dirección de mi albergue. Me engañé, empero, en aquel cálculo, porque apenas había andado dos o tres millas cuando me encontré en medio de un valle espacioso, rodeado de colinas tan pobladas de árboles, que la altura del sol únicamente podía orientarme en la dirección que seguía; pero aun necesitaba conocer

la situación del astro en aquel momento. Para colmo de infortunios, el cielo se encapotó de repente y quedó muy sombrío, en los tres o cuatro días que permanecí en aquel valle. Como no veía el sol, anduve errante hasta que hallé la orilla del mar. Allí encontré el madero que me indicó el camino por donde había ido; entonces me fué fácil volver a mi casa a pequeñas etapas, a causa del calor, que era excesivo, como también por el peso enorme de la escopeta, municiones, hacha y demás objetos.

El perro en esta excursión sorprendió una llama joven, y la cogió. La socorrí con la mayor destreza y fuí bastante listo para librar aquel animalito de los dientes del perro. Deseaba vivamente transportarla a mi morada. Muchas veces había pensado en la manera de apoderarme de un par de aquellos animales jóvenes, que fuesen macho y hembra, para

criarlos y reconstituir un rebaño que me sirviese de alimento cuando la pólvora se hubiese concluido.

Hice un collar para este animal, se lo puse al cuello, y por medio de una cuerda, de que iba provisto, llegué no sin trabajo a conducirlo hasta el nuevo cercado, en donde lo encerré para volverme después, porque ya me parecía que tardaba mucho en regresar a mi albergue después de un mes de ausencia. Es imposible imaginarse la satisfacción que experimenté cuando encontré la cueva y me acosté en la hamaca. El viaje que acababa de hacer sin tener un albergue fijo había sido sembrado de tantas contrariedades que mi antigua casa me pareció un establecimiento perfecto en que nada faltaba. Todo lo que veía me parecía en aquel momento tan cómodo y agradable, que resolví no pasar tanto tiempo fuera mientras la suerte me retuviese en la isla.

Pasé una semana entera en reponerme y rehacerme de mi largo viaje, y en ese tiempo me ocupé en la importante tarea de fabricar una jaula para el papagayo que empezaba a domesticarse. Me acordé en seguida de la pobre llama que había encerrado en el cercado; traté de ir a buscarla o al menos ir a llevarle de comer. La encontré en donde la había dejado; podía, en efecto, escaparse, pero estaba medio muerta de inanición. Corté algunas ramas de arbusto, que le eché, y comió; después la amarré como antes lo había hecho y me la llevé. El hambre la había vuelto tan dócil que me siguió como un perro: continué yo mismo dándole de comer y se hizo tan hermosa, cariñosa y mansa, que nunca quiso abandonarme y llegó a ser uno de los principales miembros de mi familia.

Vino la estación lluviosa del equinoccio de otoño: observé el aniversario del 30 de septiembre, día de mi llegada a la isla, como antes he

dicho; dos años habían transcurrido desde que sucedió el naufragio y no tenía la más remota esperanza de salir de aquel abandono. Empleé el día en dar humildemente gracias al Cielo por los beneficios infinitos que había dispensado a mi existencia solitaria sin los cuales habría sido muy desgraciado; bendije a Dios por haberse dignado que fuese más dichoso en aquella soledad que no lo hubiera sido en medio de los placeres del mundo; le repetí aún las gracias porque colmaba ampliamente el vacío de mi vida solitaria y la ausencia de toda sociedad humana, por las comunicaciones de su divina gracia ayudándome e infundiéndome valor para esperar en esta vida en su providencia y en su presencia eterna en la vida futura.

En ese estado de ánimo empecé el tercer año de mi estancia, en la isla; y aunque no quiera seguir enojando al lector con la relación circunstanciada de mis trabajos, es preciso, sin embargo, que sepa que rara vez estaba ocioso. Había repartido con regularidad el tiempo entre todas mis ocupaciones; mis deberes para con Dios y la lectura de las Santas Escrituras, cosa muy útil, a la cual destinaba tres horas todos los días, constituía la primera parte; la segunda la empleaba en el ejercicio de la caza con el objeto de procurar mi alimento, lo cual me ocupaba cerca de tres horas por la mañana, cuando no llovía; y la tercera parte del día la ocupaba en los cuidados domésticos, ponerlo en orden todo y condimentar la comida. Todo esto me entretenía casi todo el día; porque el calor era tan fuerte a la mitad de él, en ciertas épocas, que era imposible absolutamente hacer el menor ejercicio; entonces trabajaba únicamente hasta las cuatro de la tarde. Rara vez variaba las horas de caza y de trabajo, ocupándome por la mañana en casa y saliendo por la tarde con la escopeta.

Al tiempo empleado en el trabajo, añádase su extrema dificultad y lo largo de su ejecución que resultaba en primer lugar por mi poca destreza y en segundo por la falta de herramientas; por ejemplo, empleaba cuarenta y dos días en cortar una plancha o tabla larga de madera para la caverna, mientras que dos serradores en medio día, con las herramientas apropiadas, hubieran sacado de un solo árbol seis tablas iguales.

Encontrábame ya en los meses de septiembre y diciembre y esperaba el momento de la recolección de la cebada y del arroz. El terreno que había cultivado era pequeño porque como tengo dicho, había sembrado sólo medio celemin de cada semilla, pues había perdido una recolección por haber hecho la sementera en la estación seca. Esta vez, sin embargo la cosecha prometía ser buena, cuando de pronto me vi amenazado de perderla otra vez, debido a los



ataques de diversos enemigos, de los cuales con dificultad podía defenderla. Estos fueron en principio las llamas, después aquellos a quien he dado el nombre de liebres; como encontraban muy de su gusto aquella hierba, permanecían día y noche comiéndola y la arrasaban tan a flor de tierra a medida que crecía, que la espiga no podía formarse. No había otro remedio para evitar este mal que cercar el campo; trabajo tanto más duro cuanto que fué preciso ejecutarlo apresuradamente. Sin embargo, como el terreno era pequeño en proporción al grano que había

sembrado, me bastaron unas tres semanas para cercarlo de una manera conveniente.

Mas si las bestias habían procurado destruir el sembrado cuando sólo era hierba, los pájaros intentaron comerse hasta el último grano de las espigas. Un día que fuí a visitar mi huerta, la vi rodeada de una multitud de pájaros de todas clases, que parecía aguardaban el momento de mi partida. Disparé contra ellos, pues nunca salí sin mi escopeta. No bien se oyó la detonación, cuando se

elevó una nube de ellos, que en un principio no había visto porque estaban escondidos entre la misma sementera, pero quedaron tres muertos sobre el campo. Encantado con aquel resultado, me apresuré a recogerlos; y a fin de que el castigo fuese ejemplar, los traté como se hace en Inglaterra con los saltadores, a los cuales se deja atados al pie del cadalso después de su ejecución, con el

objeto de inspirar terror a los demás. No se creerá el efecto que produjo aquella medida; no sólo no volvieron al campo, sino que hasta abandonaron aquella parte de la isla, y nunca vi ninguno en los alrededores en todo el tiempo en que estuvieron los muertos expuestos. Experimenté una alegría indecible por tan buen resultado, e hice la recolección a fines de diciembre, que en aquel clima es el tiempo adecuado.

Antes de empezar la operación, no sabía con qué herramienta reemplazar la hoz. Me propuse fabricar una lo mejor que Dios me diese a en-

tender con uno de los sables que había encontrado entre las armas de nuestro buque; pero la cosecha era tan pequeña, que la recogí con la mayor facilidad. Lo hice de tal modo que arrancando no más que las espigas, las iba colocando en un gran cesto para desgranarlas en seguida con las manos. Concluída la recolección, encontré que el medio celemin de arroz se había convertido en cerca de dos fanegas, y en dos y media el de trigo aproximadamente, pues no podía asegurarlo con certeza, toda vez que carecía de medida.

Aquel resultado me animó mucho, porque reconocía que la Providencia se dignaba asegurar mi subsistencia para lo porvenir. No obstante, se me presentaban aún muchas dificultades, tanto para moler el grano, como para cernerlo, finalmente, después de haber obtenido la harina para hacer el pan. Todos esos obstáculos, unidos al deseo que tenía de reunir las provisiones suficientes para asegurar mi subsistencia en lo sucesivo, me decidieron a reservar la cosecha entera para la siembra del año siguiente procurando dedicar toda mi industria y las horas de trabajo en labor tan importante como la de recoger el grano y hacer el pan. Séame permitido decir que entonces (usando de una expresión común), trabajaba para ganar mi pan con el sudor de mi frente.

Necesité luego preparar un terreno mayor porque tenía ya bastante grano para sembrar más de una fanega; y como no podía disponer de un modo conveniente la tierra sin tener una azada, empecé a fabricar una, para lo que necesité poco menos de una semana y todavía estaba tan groseramente hecha y tan informe, que mi trabajo resultó mucho más pesado; pero nada pudo detenerme ni desanimarme; llegué a desfondar dos pedazos de tierra llana, los más próximos a mi casa que pude encontrar, y los rodeé de una

fuerte empalizada con la misma clase de troncos con que había cercado mi morada, y que habían arraigado allí. Sabía que al cabo de un año formaría un seto vivo. Empléé tres meses en esta obra, porque era entonces la estación lluviosa, lo cual contribuía a que rara vez pudiese salir.

Distintos objetos, de los cuales hablaré, ocupaban mi tiempo: con todo, cuando las lluvias me retenían en casa, al propio tiempo que trabajaba me divertía en enseñar a hablar a mi papagayo, el cual aprendió con la mayor prontitud su nombre *Poll*, y a pronunciarlo claramente. Esta fué la primera palabra que oí articular en la isla por boca distinta de la mía. Sin embargo, esto no constituía más que una mera distracción comparado con la importante tarea de que voy a hablar. Hacía ya mucho tiempo que pensaba fabricar algunas vasijas de tierra, de las cuales tenía gran necesidad; pero no sabía cómo me había de componer para conseguirlo. Reflexionando cuán elevada era la temperatura en aquel clima, calculé que si llegaba a encontrar tierra gredosa, lograría hacer vasijas, que, secándolas al sol, serían bastante sólidas para trasladarse de un lado a otro, y en estado de preservar de la humedad las provisiones que quisiera guardar en ellas. Como esperaba tener muy pronto bastante cantidad de grano y harina, me propuse conservarlos de aquella manera. Empecé, pues, la construcción de muchas vasijas tan grandes y tan fuertes como fuese posible, a fin de que pudiesen servirme de cubas y que fuesen propias para meter las varias cosas que quería guardar.

Sería ciertamente cosa digna de risa y de lástima a un mismo tiempo, si describiese los modos extraños de que me valí para preparar el barro y las formas caprichosas que di a mis ensayos, que con frecuen-

cia se quebraban en pedazos, pues la arcilla no era bastante firme para resistir a su propio peso, o bien estallaba por haberlas expuesto con demasiada precipitación a los grandes ardores del sol. Por otra parte, no sabía cómo cocerlos al fuego.

Algún tiempo después, al encender una gran lumbre para preparar la comida, encontré al retirar los carbones un pedazo de mi alfarería perfectamente cocido, duro como la piedra y del color de las tejas. Esto me produjo una gran satisfacción: reflexioné que las vasijas debían cocerse también, pues los pedazos separados habían salido tan bien cocidos. Esto me hizo calcular de qué modo habría de disponer el fuego para cocer las vasijas: no tenía ninguna idea ni de la construcción de los hornos de que se sirven los alfareros, ni del barniz del cual revisten su obra, aunque poseyese plomo para hacerlo. Formé a la casualidad un montón con tres grandes cántaros y tres orzas, colocando debajo ceniza; encendí entonces a su alrededor una gran fogata de leña, cuyas llamas cubrían los cacharros por todas partes y procuré mantenerlas hasta ver que las vasijas tomaban un color rojo claro sin rajarse. Mantuve este grado de calor por espacio de cinco o seis horas, al cabo de las cuales vi que aun no estallaba sino que se derretía; la arena, mezclada con la arcilla, se había fundido, lo cual hubiera producido el vidrio si hubiese conservado aquella temperatura. Entonces moderé gradualmente el ardor de la lumbre, hasta que las vasijas perdieron el color rojo, y pasé en vela toda la noche para evitar que se enfriasen repentinamente. Al otro día por la mañana poseía tres cántaros muy buenos ya que no muy lindos, otras dos orzas, tan bien cocidas como era de desear, y una tercera, por haberse fundido la arena, resultó cubierta de un bonito barniz.

Es necesario decir que después de este ensayo feliz supe fabricar todas las vasijas que podían serme útiles: pero debo convenir que no se distinguían por la corrección de la forma.

Jamás alegría (sobre todo por tan insignificante cosa) igualó a la que experimenté al ver que había llegado a fabricar una olla de barro que podía ponerla al fuego. Apenas tuve la paciencia necesaria para aguardar que se enfriase; y desde el momento que lo estuvo, la llené de agua para hacer cocer la carne, en lo cual obtuve un éxito feliz. A pesar de no tener ninguno de los ingredientes necesarios para hacer un verdadero caldo, un pedazo de llama me lo dió excelente.

Lo que deseaba después más ardentemente era un mortero para moler mi grano, porque aun no se me había ocurrido construir un molino, pues sabía que era una máquina que requería todos los recursos del arte. Estaba por otro lado preocupado para encontrar alguna cosa con que pudiese reemplazarle, y el oficio de cantero era para mí tan poco atractivo, además de carecer de las herramientas que se exigían para ello, que no sabía cómo arreglarme. Durante muchos días anduve buscando una piedra bastante gruesa para vaciarla en forma de mortero, pero no hallé ninguna en toda la isla. Si hubiese tenido instrumentos a propósito habría podido pensar en hacerlo de algunos pedazos de roca de los cuales estaba cercado, a pesar de que la piedra de aquellas rocas era muy blanda y se desmoronaba mucho para resistir a los golpes de una mano pesada, y el grano no hubiera podido ser molido sin mezclarse con arenilla. Después de mucho tiempo perdido en buscar la piedra, abandoné esta idea, y tomé el partido de escoger en el bosque algún tronco grueso de un árbol de madera dura. Bien pronto encontré uno como deseaba, que redondeé por

fuera con el hacha, después lo vacié no sin gran trabajo, aplicándole fuego, como los salvajes hacen para construir sus canoas; hice en seguida con palo de hierro la mano del mortero, y guardé aquellos útiles así preparados, esperando la segunda cosecha, después de la cual me proponía moler el grano para hacer el pan.

Nueva dificultad: necesitaba un cedazo o tamiz para cerner la harina y separarla del salvado; sin esto me era imposible hacer el pan. No me atrevía a pensar en este inconveniente, tan insuperable me parecía, privado como estaba de las cosas de primera necesidad, pues para ello necesitaba alguna tela clara que me sirviese de cedazo. Me preocupó esta idea durante muchos meses sin saber qué partido tomar. Conservaba algunos restos de lienzo, pero estaban hechos jirones: tenía también a mi disposición lana de llama, pero no sabía cómo hilarla y tejerla, además de que hubiera necesitado instrumentos a propósito. Sin embargo, a fuerza de meditar, encontré un medio: recordé que había entre los fardos del equipaje que había sacado del buque algunos pañuelos de indiana o muselina, de los cuales se me ocurrió servirme; los empleé en hacer tres pequeños cedazos, bastante regulares para el uso a que yo los destinaba. Los utilicé por espacio de muchos años, y luego haré mención de cómo los reemplacé.

Venía en seguida la panadería; después de poseer la harina, ¿cómo me las había de componer para hacer el pan? Al principio no tenía levadura ni medio de proporcionármela; para el horno me encontraba también bastante apurado. Al fin, me valí de un expediente para reemplazarlo: hice cocer por el mismo procedimiento que había ya empleado algunas vasijas de barro muy anchas y poco profundas de cerca de dos pies de diámetro y nueve pul-

gadas solamente de profundidad. Cuando necesité cocer el pan, empecé por encender una gran lumbre en el hogar, enlosado con ladrillos cuadrados, fabricados a mi manera e igualados, sin preocuparme de las reglas de geometría. Cuando la leña estaba convertida enteramente en ascuas, y éstas bien encendidas, la extendía sobre el hogar, en donde la dejaba hasta que éste estaba bien caliente; entonces, después de haber separado los carbones y sacado perfectamente la ceniza, colocaba la masa, que cubría con las vasijas de barro, alrededor de las cuales colocaba carbones y rescoldo para reconcentrar el calor. De esta manera llegué a cocer el pan tan bien como se pudiera en los mejores hornos del mundo: llegué a ser un excelente pastelero, pues hice riquísimas tortas de arroz; sin embargo, no logré hacer pasteles, ni empanadas, porque no hubiera podido meter en ellos más que carne de ave o de cabras.

Creo que el lector no se sorprenderá cuando le diga que todas estas ocupaciones me entretuvieron la mayor parte del tercer año, si se considera que a más de esos trabajos se añadía la labor y la cosecha; en efecto, en ese intervalo segaba y trasladaba las espigas a mi casa para guardarlas en las grandes tinajas y desgranarlas poco a poco, frotándolas entre mis manos, porque carecía de era y trillo.

La provisión de cereales se había aumentado bastante y tuve necesidad de agrandar los graneros, porque la cosecha había sido tan abundante que me dió a lo menos veinte fanegas de cebada y otras tantas de arroz. Me decidí, pues, a hacer uso de ella. Además, la provisión de pan se había apurado, y quise ver también qué cantidad de grano podría bastar para el consumo de un año, a fin de no hacer más que una sola sementera. Calculé que cuarenta fanegas me bastarían y aún me

sobrarían ; resolví, pues, sembrar todos los años la misma cantidad que la última vez, esperando que tendría con ello suficiente pan.

VI

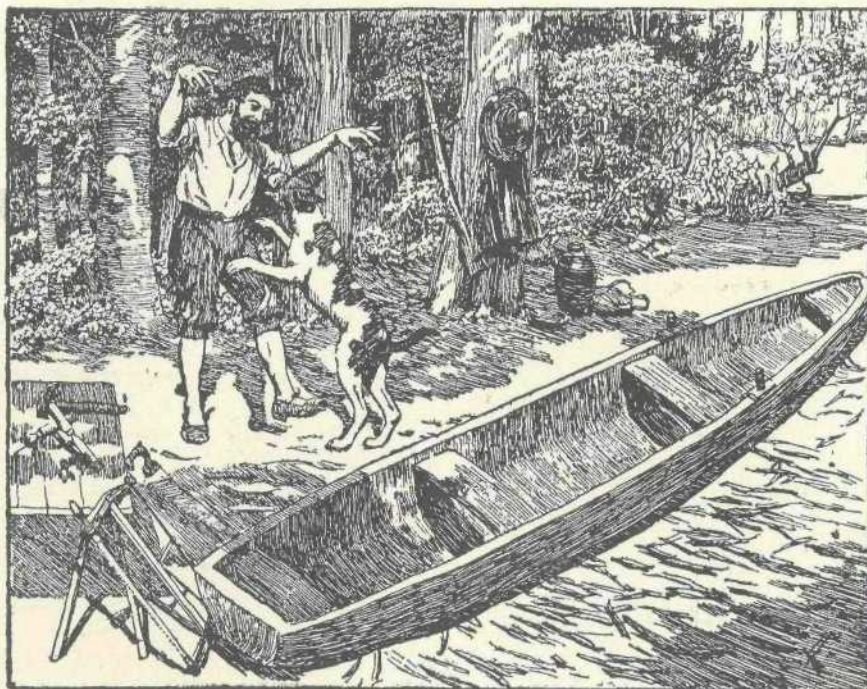
En medio de todas estas ocupaciones no olvidaba el descubrimiento que había hecho de la tierra situada cerca de mi isla ; no podía dirigir la vista a aquella parte sin sentir la tentación de ir a visitarla ; porque en la hipótesis de que fuese un continente, imaginé que desde allí me sería fácil pasar a otra comarca, en la cual acaso encontraría algún medio para salir de mi situación. Mientras razonaba de aquel modo, no tenía en cuenta los peligros de una empresa tan ardua, particularmente si era descubierto por los salvajes, que hubiera debido, con más razón, mirarlos como más feroces que los tigres y leones del África, pues de caer entre sus manos habría sido ciertamente asesinado y devorado. Sabía, en efecto, que los caribes son antropófagos, y reconocía por la latitud en que me encontraba que no debía hallarme muy lejos de aquel país.

Es bien cierto que entonces me hubiera gustado tener a mi joven Xurí y la gran lancha con su vela latina, en la cual había hecho más de quinientas leguas a lo largo de la costa de África. Sin detenerme, a pesar de todo, en esos vanos deseos, ideé ir a visitar la chalupa del buque que después de nuestro naufragio la tempestad había arrastrado muy cerca de la orilla. La encontré poco más o menos en el mismo sitio en el cual la había visto la primera vez ; pero la fuerza del viento y las olas la habían volcado por completo, echándola contra un banco de arena muy elevado. Si hubiese tenido

quién me ayudase habría podido volverla y botarla al agua, y con ella me hubiera aventurado a hacer la travesía hasta el Brasil ; mas debía reconocer que a mí sólo me era tan difícil desencallarla como el cambiar de sitio la isla.

Reflexioné entonces si me sería posible fabricar con un tronco de árbol una canoa o piragua como las que hacen sin herramientas, y por decirlo así, sin trabajo, los naturales de aquel país ; llegué a convencerme de que aquello no sólo era posible sino hasta bastante fácil.

Cuando formé este proyecto procedí del modo más insensato que puede imaginarse. Deslumbrado por una idea tan halagadora, sin estar completamente convencido de que sería capaz de llevarla a cabo, porque bien había presentido la dificultad de lanzar al agua la canoa, deseché esos pensamientos diciéndome : «Manos a la obra ; ya encontraré algún medio de botarla cuando esté hecha». Este argumento era muy capcioso ; pero mi pertinacia prevaleció, y me puse a trabajar. Corté un cedro como el Líbano no suministró uno igual a Salomón para la construcción del templo de Jerusalén : tenía el tronco por la parte de abajo cinco pies y medio de diámetro, y su altura, hasta las ramas, era de treinta y dos pies, en donde el diámetro estaba reducido a cuatro pies y once pulgadas. No sin ruda fatiga eché abajo aquel coloso, pues trabajé durante veinte días en cortarlo junto al pie, y tardé quince en podar y limpiar su ancha copa ; en seguida empleé un mes de trabajo para darle la forma de una canoa, a fin de que pudiese tenerse derecha sobre la quilla ; por último, me costó unos tres meses ahuecarla y concluirla. Todo esto lo hice sin recurrir al fuego, con un simple martillo y un escoplo ; y desplegué un ardor que duró hasta que fui dueño de una muy hermosa piragua, ca-



paz de contener veintiséis hombres, y por consiguiente para conducirme con toda mi carga. Cuando vi terminado mi trabajo, experimenté una alegría indecible: estaba realmente justificada, pues hacer yo una canoa o piragua de una sola pieza, era algo prodigioso, si se tiene en cuenta que jamás había visto cómo se hacían. ¡Cuántos hachazos me había costado! No me faltaba más que echarla al agua, y a haberlo podido lograr, no hay duda que hubiera intentado el viaje más temerario e inverosímil que en la vida emprendiera mortal alguno.

Sin embargo, todos mis conatos para conducir la canoa hasta el mar fueron estériles, aunque empleé inmensos trabajos; mi embarcación no solamente se hallaba a unas treinta toesas del mar, sino que, como primer inconveniente, se presentaba una colina que se elevaba sobre el camino de la bahía. A pesar de todo, no me desanimé; resolví ahondar la superficie del terreno, y esta-

blecer de este modo un plano inclinado; emprendí esta faena, que me costó un trabajo inaudito (pero que no me hubiera pesado si hubiese obtenido buenos resultados). Concluida ya la obra y resuelta la dificultad, me encontré precisamente en la misma situación que antes; porque me era tan imposible el mover la piragua como la chalupa encallada. Finalmente, medí la extensión del camino y proyecté el formar una especie de hondonada o canal pequeño para conducir el mar hasta la canoa, ya que no podía hacer lo contrario. Di principio; pero calculando bien pronto la anchura y profundidad que había de dar al canal, y reflexionando que no había más brazos que los míos, juzgué que necesitaba diez o doce años para realizarlo.

En aquella temeraria empresa me sorprendió el cuarto año de mi estancia en la isla, y celebré el aniversario con el mismo fervor y la misma alegría que los años anterior-

res; pues debido a un estudio constante y formal de la palabra de Dios, y con el auxilio de la divina gracia, había modificado las nociones que adquirí. Mientras tanto el mundo me parecía una tierra lejana de la que nada tenía que esperar, con la cual, en una palabra, había roto para siempre mis relaciones. Juzgaba, sin embargo, que después de esta vida, quizás consideraría al mundo como un lugar en el cual había vivido, pero del que había salido, y que como Abraham al rico avariento podría exclamar: «Entre los dos media un abismo». Me hallaba en mi isla, lejos de los vicios del mundo y al abrigo de todas sus tentaciones.

Hacia ya tanto tiempo que estaba en la isla, que un sinnúmero de cosas que se habían salvado del naufragio no existían ya por el uso, o estaban muy próximas a tocar su fin.

La tinta se agotaba; me quedaba muy poca y queriendo aumentarla echándole agua, llegó a ser tan clara como el mismo papel.

La primera cosa que se me acabó después de la tinta fué la galleta que había sacado del buque. Las ropas empezaron también a estropearse. Al cabo de algún tiempo se concluyó el lienzo y sólo me quedaron algunas camisas ordinarias que había encontrado en los cofres de los marineros, las cuales conservaba cuidadosamente porque no podía soportar a diario otros vestidos, siendo un gran bien para mí el poseer cerca de tres docenas de aquellas prendas interiores. Había también salvado algunos recios capotes de marino, pero no podía usarlos porque abrigan demasiado.

Tampoco podía acostumbrarme a salir sin sombrero o gorra. El sol era tan ardiente en aquellas regiones, que sus rayos, cayendo de lleno sobre mi cabeza, me producían fuertes jaquecas cuando la llevaba descubierta, y me veía libre de ellas

tan pronto como me ponía el sombrero. Por todas estas razones juzgué a propósito poner en orden todos mis trapos, como llamaba a los vestidos.

Ya he dicho que conservaba las pieles de todos los animales que mataba; las tendía al sol; algunas llegaron a ponerse tan duras y secas, que no pudieron servirme, pero otras me fueron muy útiles. Lo primero que me hice fué una gorra muy grande, con el pelo por la parte exterior, a fin de preservarme mejor de la lluvia; y quedé tan satisfecho que confeccioné en seguida un traje completo con otras pieles; es decir, una especie de gabán y unos calzones abiertos hasta las rodillas, todo muy ancho, porque estos vestidos debían más bien servirme para resguardarme del calor que del frío. No pretendo decir que fuese una obra perfectamente acabada, porque si había sido mal carpintero, era todavía peor sastre; pero, por la idea que había tenido de poner el pelo por fuera, me encontraba completamente garantido cuando la lluvia me sorprendía en mis correrías.

En seguida empleé mucho tiempo y labor en hacer un quitasol, que deseaba tanto más cuanto que me era indispensable. Había visto el modo de fabricarlos en el Brasil, en donde el ardor del sol los hace imprescindibles; pero los calores en mi isla eran también tan sofocantes o más, porque estaba más cerca del Ecuador, y como tenía que salir con frecuencia, un quitasol me era conveniente tanto para la lluvia como para el sol. A pesar de un ímprobo trabajo, pasé mucho tiempo sin hacer nada que se pareciese a un paraguas; y cuando creí haber acertado, tuve aún que deshacer dos o tres antes de conseguir lo que deseaba; sin embargo, llegué a hacer uno que semejaba lo que yo quería. La gran dificultad era poder cerrarlo, porque abierto sin cesar, o sobre la cabeza,

me hubiera resultado muy incómodo. Finalmente repito que hice uno que me pareció bien : estaba forrado de pieles, con el pelo colocado por encima, de suerte que no sólo rechazaba la lluvia, sino también el sol y me permitía salir en la estación más calurosa. Cuando no me servía de él, lo cerraba y me lo colocaba bajo el brazo.

Ningún suceso notable tengo que referir durante los cinco años primeros de mi vida en aquella isla : tenía los mismos cuidados, ocupaba el mismo sitio, la misma posición que antes ; por un lado, mi ocupación habitual era el sembrar trigo y arroz, y hacer la vendimia (siempre cogía provisiones adelantadas para un año lo menos) ; por otro, las horas de caza diarias. Había emprendido, además, la construcción de una nueva canoa, que al fin terminé ; hice una especie de canal de seis pies de longitud y cuatro de profundidad, con el objeto de conducirla a una ensenada, distante casi media milla. En cuanto a la primera, como la había hecho desmesuradamente grande, sin calcular si podría botala al agua ni hacer llegar a ésta, la dejé en aquel sitio, como una memoria para lo porvenir. No obstante, cuando la pequeña piragua estuvo terminada, su dimensión no correspondía al destino que había dado a la primera, con la cual quería intentar llegar a tierra firme, que distaba cuarenta millas ; mi barquichuelo era demasiado pequeño para permitirme persistir en aquella idea ; pero resolví servirme de él para dar la vuelta a la isla. Había visto, según he dejado referido, una porción de la costa opuesta en mis correrías por tierra, y los descubrimientos que había hecho en aquel pequeño viaje me inspiraban grandes deseos de ver el resto de ella. Por tanto la equipé lo mejor que pude ; hice un pequeño mástil y una vela con algunos pedazos de las del navío,



de las cuales me quedaba una muy grande existencia. Al probar la canoa, conocí que maniobraba perfectamente : coloqué en sus dos extremos unas cajitas para guardar víveres, los efectos, municiones, y tenerlos resguardados tanto de la lluvia como del agua del mar. Practiqué también en lo interior de la canoa una ranura larga y estrecha para colocar la escopeta, cubriéndola por encima con un lienzo para que no se mojara : después fijé el quitasol en la copa a fin de que sirviese de toldilla y me preservara del sol. Así emprendí la excursión proyectada para dar la vuelta a la isla.

Emprendí este viaje el 6 de noviembre del sexto año de mi reinado, o, si el lector lo prefiere, le llamaré de mi cautiverio ; lo encontré más largo de lo que había pensado y en más de una ocasión estuve a punto de perecer. De vuelta en mi tienda y rendido por la fatiga habíame quedado dormido profundamente cuando oí una voz que me llamaba repetidas veces : « Robín, Ro-

bín Crusoé! ¡pobre Robín Crusoé! ¿En dónde estás? ¿Adónde has ido?» Me hallaba tan fatigado que no desperté al pronto. Luchaba con el sueño, entre si despertaba o no, y creía al mismo tiempo soñar que alguien me hablaba. Pero la voz continuaba llamándome: «¡Robín Crusoé, Robín Crusoé!» Despertéme de repente y permanecí un instante muy asustado; pero en seguida me tranquilicé al ver a Poll, mi papagayo, posado encima de la cerca. Al mo-



mento comprendí que era él el que me había hablado, porque había aprendido a decir aquellas palabras que había perfectamente retenido. Con frecuencia se colocaba sobre mi hombro, y aproximando su pico a mi cara, exclamaba: «¡Pobre Robín Crusoé! ¿Dónde estás, dónde estás? ¿cómo has venido aquí?», y otras frases por el estilo que le había enseñado. A pesar de todo, después de haberme cerciorado de que el que había hablado era el papagayo y que efectivamente no podía ser otro más que él, tardé un poco en salir de mi

estupor. Al principio reflexioné por qué aquel animal había venido a colocarse en aquel lugar y no en otro, y me preguntaba cómo y cuándo había venido. Cuando me hube asegurado bien que no era otro que el buen Poll, me dirigí hacia él, le tendí la mano, y le llamé por su nombre. El cariñoso pájaro acudió en seguida a posarse sobre mi pulgar, según tenía por costumbre, y aun continuó gritando: «¡Pobre Robín Crusoé! ¿Dónde has estado? ¿Cómo has venido aquí?», como si realmente le sorprendiese volver a verme, y así lo conduje a mi morada.

Me abstuve de los paseos por el mar; pasé muchos días descansando y reflexionando sobre los peligros que había corrido.

Hubiera deseado tener la canoa a mano, pero no veía ningún medio de conducirla, pues conocía demasiado la costa del Este para aventurarme; esta sola idea helaba la sangre en mis venas. El otro lado de la isla no lo conocía, pero sospechaba que la corriente de la cual he hablado, existía lo mismo allí que en el Este y que así corría el riesgo de ser arrastrado violentamente y alejado de la isla. Estas reflexiones me hicieron tomar la resolución de pasarme sin la piragua, y perder así el fruto del trabajo de muchos años empleados en construirla y llevarla hasta el mar. En esta disposición de espíritu llevé más de un año una vida sedentaria, según puede imaginarse. Estaba tranquilo respecto a mi suerte, resignado a los designios de la Providencia; y si no era la carencia de sociedad, encontraba que nada me faltaba para ser dichoso. Durante este tiempo me perfeccioné en las profesiones mecánicas a las que me había dedicado por necesidad.

Por desgracia la pólvora disminuía considerablemente, y como era una pérdida imposible de reparar, pensé formalmente en lo que haría cuando se concluyese del todo, es decir, cómo

mo podría matar las llamas. En el tercer año de mi estancia en la isla había cogido una llama pequeña y habíala domesticado con la esperanza de cazar también vivo un macho, pero no pude lograrlo; la llama se hizo vieja, y como no tuve nunca el valor suficiente para matarla, acabó por morir de vejez.

Era esto el undécimo año de mi estancia en la isla, y las municio-

nes, según he dicho, empezaban a agotarse. Me ingenié, pues, para hacer algunos lazos en los que pudiese coger las llamas vivas, deseando sobre todo procurarme una madre con las crías. Al principio hice algunas redes, creyendo que caerían en ellas más de una vez; pero como los hilos no eran metálicos, no podían resistir y encontré siempre los lazos rotos y el cebo comido. Entonces ensayé cogerlas con un armadijo por el estilo del que se emplea pa-

ra coger pájaros. Hice, pues, hoyos en los parajes en que aquellas cabras tenían costumbre de pacer, y coloqué encima grandes haces de zarzas cargadas de un peso considerable; esparcí muchas espigas de arroz y de cebada sin que se viese el artificio y las huellas que observé me indicaron que las llamas habían ido a comerse el grano. Una noche, finalmente, tendí tres trampas: al otro día por la mañana encontré las rammas removidas y que el cebo había

desaparecido, pero nada más. Esto me desanimó mucho; sin embargo, trabajé en perfeccionar mis artimañas, y para no cansar con más largos pormenores, diré que una mañana, al ir a visitarlas, encontré en uno de los hoyos un macho viejo, y en otro tres pequeñas llamas, de las cuales una era macho y las otras dos hembras. Con respecto al viejo no sabía qué hacer de él: era tan bra-

vo que no me atrevía a bajar al hoyo para llevarme vivo, como era mi deseo. Hubiera podido matarle, pero como nada hubiera adelantado con ello, acabé por darle suelta y huyó como enloquecido de miedo.

Aun no sabía lo que más tarde aprendí, esto es, que el hambre puede amansar al mismo león. Si hubiera dejado al macho tres o cuatro días en el hoyo y le hubiese llevado agua y algunas espigas, habríale domesticado con

igual facilidad que a los jóvenes, porque estos animales, inteligentes y dóciles, llegan a domesticarse perfectamente si se les trata con cariño. Como era entonces tan ignorante en la materia, lo dejé en libertad, y sacando uno a uno de la trampa a los pequeñitos, los até juntos con un mismo cordel y los llevé a mi vivienda sin ninguna dificultad.

Transcurrió algún tiempo antes que quisiesen comer; pero tentados por el buen grano que les ponía de-





lante, empezaron a domesticarse. Reflexioné que si quería comer carne de llama cuando se me hubiesen concluido las municiones, no tenía otro remedio que criarlos y domesticarlos para formar un rebaño en las cercanías de mi morada, y resolví construir una cerca de ciento cincuenta varas de longitud por cien de anchura. Esto era suficiente para contener mi rebaño durante cierto tiempo; si aumentaba podría agrandar el redil. Así procedía con cordura, y puse al instante manos a la obra. Empleé cerca de tres meses en terminar el primer coto, y durante este intervalo coloqué las tres llamas en el mejor sitio de la pradera, haciéndolas pacer tan cerca de mí como era posible, a fin de que se familiarizasen. Con frecuencia iba a llevarles algunas espigas de cebada o de arroz, que comían en mi mano. Así, cuando hube terminado la cerca y las solté, venían detrás de mí por todas partes balando por un puñado de grano.

Había logrado mi objeto, y al cabo de año y medio reuní doce cabe-

zas de ganado, entre machos y hembras y las crías; dos años después tuve cuarenta y seis, sin contar las que había matado para comer. En seguida hice otros cinco cercados para el pasto, habilitando algunos pequeños sotos para que estuviesen con holgura, y, para poder cogerlas cómodamente, puse puertas de unas cercas a otras para que pudiesen pasar.

Mas no se redujo a esto todo, pues desde entonces no solamente tenía carne cuando quería, sino también leche, alimento en el cual al principio no había pensado y que me causó una agradable sorpresa cuando se me ocurrió. En su consecuencia, monté una alquería, y algunas veces me daban mis llamas hasta cuatro o cinco azumbres de leche.

Aunque jamás había visto ordeñar vacas ni cabras, ni hacer queso y manteca, a no ser en mi infancia, llegué, después de muchas tentativas infructuosas, a elaborar la manteca y el queso, cuyos dos artículos en adelante nunca me faltaron.

El hombre más grave se hubiera reído al verme comer rodeado de mi pequeña familia; desde luego se presentaba mi majestad, el príncipe y señor de toda la isla; tenía derecho de vida y muerte sobre todos mis vasallos; podía cogerlos, abrirles el vientre, darles y quitarles la libertad. En mis Estados no existían rebeliones: como un rey, comía solo delante de toda mi corte; Poll, en calidad de favorito, tenía el privilegio exclusivo de hablarme; mi perro, entonces ya viejo y gruñón, y sin animales de su especie para reproducirse, estaba siempre sentado a mi derecha; los dos gatos, por último, estaban a los dos extremos de la mesa aguardando el pedazo que mi mano les daba de vez en cuando como una señal de favor especial.

El que hubiese hallado en Inglaterra una figura como la mía se habría asustado o reído locamente: lle-

vaba una inmensa e informe gorra hecha de piel de llama, y provista de otra piel que caía sobre el cuello y la espalda a fin de preservarme del sol e impedir que el agua penetrara por debajo de las ropas, porque nada era más peligroso en aquellos países: un chaquetón o chupa, también de piel de llama, que bajaba hasta la mitad del muslo, y unos pantalones abiertos hasta las rodillas, y para los cuales la piel de un macho viejo me había suministrado la materia; el pelo era tan largo que bajaba como un pantalón hasta las pantorrillas; carecía de medias y zapatos, pero me había hecho un par de una cosa que no puedo decir su nombre, porque lo ignoro, bastante parecido a los botines, con que me cubría las piernas, y se ataban por los lados como las polainas; por otra parte, como todo el resto de mi traje, era de una forma muy primitiva: llevaba además un cinturón de piel lisa que se ataba con dos cordones de cuero en lugar de hebillas, y a guisa de espada o de puñal, llevaba pendiente a un lado una hacha y en el otro una sierra: llevaba también un tahalí que me cruzaba el pecho y del cual colgaban bajo mi brazo izquierdo dos bolsas, igualmente de piel de llama, en las que colocaba las municiones; a la espalda llevaba una cesta, al hombro la escopeta, y sobre la cabeza el disforme quitasol de piel de macho, el mueble más indispensable casi después de la escopeta. En cuanto a la cara, no la tenía tan atezada como se hubiera podido creer en un hombre que se resguardaba tan poco de la intemperie y que vivía a nueve o diez grados de la línea: mi barba en un principio la dejé crecer cosa de un palmo; mas como luego encontré las navajas y tijeras, la recorté mucho dejándome el bigote. Me entretenía en dar a éste la forma que usan los mahometanos, tal como había visto que los llevaban los turcos. No diré que mi

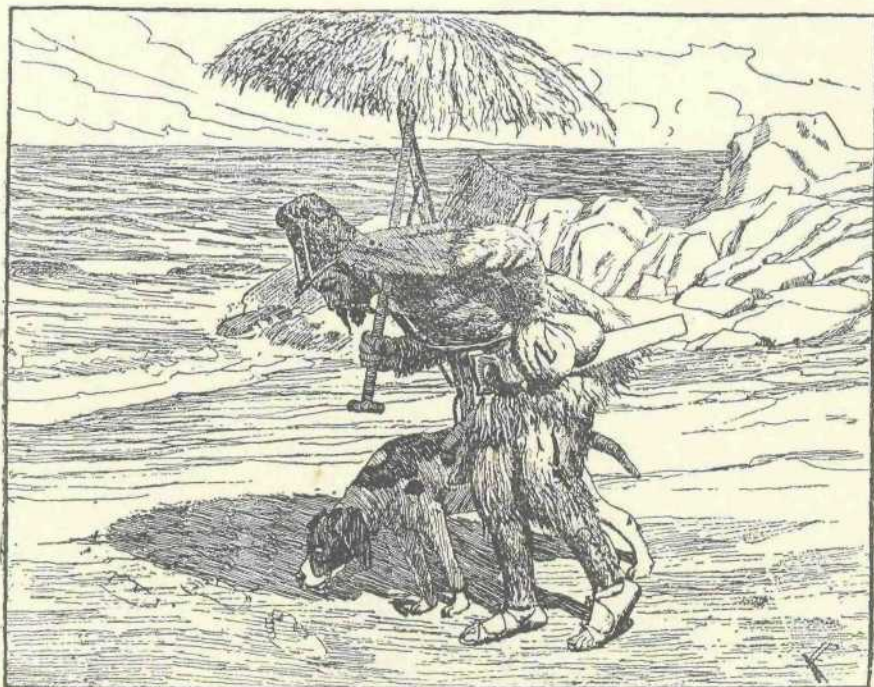
bigote fuese bastante largo para colgar de él la gorra, pero bien puedo asegurar que por su longitud y espesor hubiera parecido espantoso en Inglaterra.

VII

Llego ahora a otra escena de mi vida: una mañana, cerca de mediodía, me dirigía a visitar mi piragua, cuando me causó la extrañeza que es de suponer el descubrir sobre la arena la reciente huella de un pie descalzo. Me detuve de repente como herido por el rayo o como si hubiese visto alguna aparición: escuché, dirigí la vista en torno mío; pero nada oí, no vi nada. Subí a una pequeña eminencia para descubrir más espacio y bajé en seguida, recorriendo toda la playa; pero nada divisé tampoco, ningún otro vestigio humano, fuera del que ya tengo di-



...el pedazo que mi mano les daba de vez en cuando... (Pág. 56.)



...la reciente huella de un pie descalzo. (Pág. 57.)

cho. Volví aún a examinar las huellas que había visto para persuadirme de que no era ilusión; y no, no me había equivocado: era la huella de un pie humano, los dedos, el talón, en fin, todas las señales de un pie. ¿Cómo había llegado hasta aquel sitio? Lo ignoraba, no podía imaginarlo siquiera. Como un hombre extraviado volví a mi casa, casi sin posar el pie, como vulgarmente se dice, en la tierra que pisaba. Aterrorizado por el miedo, volvía la vista a cada paso detrás de mí, y tomaba por hombres los árboles y arbustos, y finalmente a todo lo que se hallaba a alguna distancia.

Cuando llegué a la fortaleza (la llamé siempre así por lo que aconteció después), me lancé a ella como un hombre a quien persiguen. Entré por la abertura de la roca, a la cual daba el nombre de puerta, por lo que creo recordar, pues no hacía memoria al siguiente día por la ma-

ñana; jamás liebre o zorra se refugió en su cubil o en su madriguera con mayor espanto que el que yo sentía cuando me dirigía a mi vivienda. En toda la noche no pude conciliar el sueño: a medida que me abandonaba el terror, la causa de mis temores parecía aumentarse, al contrario de lo que sucede ordinariamente a los animales con el miedo; el espanto excitaba de tal modo mi imaginación, que no veía nada que no fuese horroroso. Algunas veces creía que era la huella del pie de Satanás, y me apoyaba en estos raciocinios: ¿Cómo un hombre habría podido llegar hasta este sitio? ¿En dónde está el buque que lo ha traído? ¿En dónde las huellas de otros pies?

Mientras estas reflexiones se agolpaban en mi mente, di gracias al Cielo por no haberme hallado entonces en aquel lado de la isla, y de que los salvajes no hubiesen visto mi piragua, que hubiera podido hacerles

conjeturar que la isla estaba habitada e inspirarles la idea de que quizás la canoa había hecho comprender que en aquel sitio había habitantes; que volverían ciertamente bien pronto en mucho mayor número para devorarme, y que entonces, si escapaba a sus pesquisas, encontrarían cuando menos el cercado, destrozarían la cosecha, se llevarían el ganado y me reducirían a tener que morir de hambre.

En medio de aquellas impresiones y de aquellos temores, se me ocurrió un día que mis inquietudes eran quiméricas, y que las pisadas que había visto podían ser señales de mis propios pies cuando salté de la canoa. Esta idea me alentó un poco y empecé a convencerme de que todo aquello no había sido más que una ilusión mía. ¿No había yo podido tomar aquel camino cuando salí de la piragua lo mismo que después me había encontrado en él? Verdaderamente, era imposible acordarse de los sitios por donde había pasado. Si eran, pues, mis pisadas las que me habían alarmado tanto, ¿no me ocurría a mí lo que a aquellos que al contar historias de apariciones y espectros son los primeros en asustarse? Entonces empecé a reanimarme y a echar la vista en torno mío. No había salido de la fortaleza durante tres días con sus noches, de modo que me veía amenazado con la falta de algunas provisiones; no me quedaban más que algunas galletas de cebada, y agua. Pensé en seguida en ir a ver y dar de comer a las llamas, pues regularmente éste era mi recreo por la tarde. Los pobres animales habían sufrido mucho: estaban muchos en estado lastimoso y a la mayoría se les había secado la leche.

Animado por la idea de que las huellas eran mis propios pies, y que había tenido miedo de mi sombra, salí por último para ir a la granja a cuidar de mi ganado; mas al darme

cuenta del temor con que avanzaba, volviendo sin cesar la cabeza hacia atrás, pronto a cada momento a abandonar la cesta y escaparme, se me habría tomado por un hombre dominado por los remordimientos de su conciencia o presa de un temor reciente, lo que efectivamente era verdad; sin embargo, después de haber recorrido el camino dos o tres días sin observar nada anormal, cobré más ánimo, y me confirmé en la idea de que aquello había sido una alucinación; no podía, a pesar de todo, convencerme enteramente sin haber bajado a la playa para medir las huellas y comparar su semejanza con la forma de mi pie; pero tan pronto como llegué al sitio en que había visto aquellas señales, comprendí en seguida que cuando buscaba un abrigo para la canoa, era imposible que hubiese puesto el pie en aquel lugar ni en sus alrededores; además, midiendo la huella pude cerciorarme de que era mucho más larga que mi pie. Estas dos circunstancias resucitaron toda mi ansiedad, y nuevos temores perturbaron aún mi cerebro hasta el punto de producirme escalofríos. Regresé a mi casa persuadido de que un hombre o muchos hombres habían saltado a aquella playa, o bien que la isla estaba habitada, y que podía ser atacado de improviso.

¡Cuán ridículas resoluciones toman a veces los hombres bajo la influencia del miedo! Este sentimiento los aparta de los recursos de salvación que les ofrece la razón: la primera cosa que me propuse fué destruir mi cercado, meter en el bosque mi ganado doméstico, de miedo que el enemigo lo encontrase y fuese atraído a la isla por el incentivo de semejante botín. Después de esto, aquella era una idea tan sencilla como la de destruir los dos campos de grano, que podían ser una tentación para ellos; por último, echar abajo el bosquecillo y la tienda para no

dejar ninguna señal de mi presencia que pudiese inspirar a los salvajes la ocurrencia de buscar al habitante o habitantes de la isla. Esto fué objeto de mis reflexiones durante la noche que siguió a mi primera salida.

La fatiga de mi espíritu y el anquilamiento de mi alma me hicieron dormir profundamente, y me desperté un poco más tranquilo. Empecé a recapacitar con la mayor sangre fría, y después de haber sostenido un largo debate conmigo mismo, acabé diciéndome que una isla tan deliciosa, tan fértil y tan próxima a grandes extensiones de terreno no debía estar tan abandonada como había supuesto; que verdaderamente no había habitaciones en ella; pero que al parecer venían algunas embarcaciones de tierra firme ya voluntariamente, ya forzadas por los vientos contrarios; que habiendo vivido por espacio de quince años en aquel lugar sin haber advertido ni tan siquiera la sombra de una criatura humana, debía inferir que la gente del continente se veían obligados a saltar a tierra y se reembarcaban tan pronto como podían, pues no juzgaban a propósito el establecerse allí. El solo peligro que había que temer era el ser visto en una de las arribadas forzadas de algunos de esos pueblos errantes, que no permanecían más que mientras la obscuridad y la marea se opusieran a su regreso; por lo cual no me quedaba otro recurso más que buscar un sitio seguro para el caso de que viese llegar salvajes.

Entonces me arrepentí de haber hecho mi cueva tan inmediata a la orilla, y de haberle dado una salida por la parte exterior de la empalizada, en donde ésta se unía con la roca. Para remediar este inconveniente, hice una segunda trinchera afectando la misma disposición semicircular, a alguna distancia de la primera, justamente en el sitio en donde doce años antes había plantado una doble hilera de árboles, tan cerca

unos de otros, que no necesité más que poner un pequeño número de estacas en los huecos para que se formase en poco tiempo una fortísima muralla. De esa manera tenía entonces una doble fortificación: la exterior estaba flanqueada por gruesos palos, viejos cables, y de todo lo que había podido imaginar para que fuese más sólida, dejando siete aberturas bastante anchas para poder introducir el brazo; después la ensanché unos diez pies por la parte interior, y amontonando la tierra que existía de la cueva la apisonaba en seguida. En las aberturas o troneiras coloqué los siete mosquetes, que había encontrado en el buque, según he dicho, y monté como los cañones sobre una especie de cureña, de suerte que podía, en el espacio de dos minutos, disparar toda la artillería. Tardé muchos meses en acabar la trinchera, y no me creí en seguridad hasta que estuvo concluida.

Entonces planté fuera de la pared, en una grande extensión de terreno, unas varitas de un árbol parecido al sauce, las cuales eran tan sólidas como rápidas en crecer. Creo, sin ponderación, que planté más de veinte mil, dejando entre ellas y el recinto bastante espacio para descubrir al enemigo, a fin de que no pudiera ponerse al abrigo de los nuevos árboles para acercarse a la muralla exterior. Así, en dos años, tuve un tupido seto, y en cinco o seis años mi vivienda estuvo rodeada de selva tan vigorosa y compacta, que era impenetrable, y que nadie hubiera imaginado que tras de ella se pudiese ocultar algo parecido a una habitación. Como no había dejado ninguna entrada al castillo, me servía para entrar y salir de dos escalas: la primera subía hasta el sitio de la roca en que estaba el lugar para apoyar la segunda, y luego que había retirado la una y la otra, era imposible que ningún hombre pudiese llegar hasta mí sin correr el riesgo



de matarse ; y aun cuando lo consiguiese, encontraría aún delante de sí la trinchera exterior. Tomé, pues, para mi conservación, todas las medidas que podía sugerir la prudencia humana : luego se verá que estas precauciones no fueron inútiles, aunque no obedeciesen entonces más que a un vago temor.

Un día, que había avanzado mucho más hacia la parte oriental de la isla, al fijarme en el mar, creí divisar una embarcación a gran distancia. Había encontrado algunos anteojos de larga vista en uno de los cofres del buque ; pero en aquel instante no llevaba ninguno, y el objeto estaba tan lejano, que no pude acabar de averiguar lo que era, a pesar de llorame ya los ojos por haberlos tenido clavados por mucho tiempo en un mismo punto. No pude distinguir si era o no una barca ; al descender de la colina, cesé de verla, y no pensé más en ella ; pero resolví no salir en adelante sin antejojo. Cuando llegué al pie de la colina y

me encontré en la extremidad de la isla, en donde jamás había estado, me convencí plenamente de que las huellas de un pie y una mano no era un acontecimiento tan extraordinario en aquel lugar como yo imaginaba ; y si la Providencia no me hubiese encaminado felizmente al sitio donde los salvajes no iban jamás, hubiera visto que las canoas del continente llegaban con frecuencia a aquella parte de la isla cuando por casualidad aquéllos se encontraban en medio del mar. Hubiera sabido entonces que cuando los salvajes tenían un combate en sus piraguas, los vencedores llevaban los prisioneros a aquella playa para matarlos y comérselos, porque todos aquellos indígenas eran antropófagos, como se verá bien pronto.

Cuando llegué, como acabo de indicar, a la punta del sudoeste de la isla, me quedé paralizado de sorpresa y de horror al contemplar la playa cubierta de cráneos, manos, pies y toda clase de restos humanos ; vi

sobre todo un paraje en donde habían encendido fuego, un espacio despejado a la manera de circo donde riñen los gallos, en el cual aquellos bárbaros sin duda estarían colocados para su horroroso festín. Sufrí tal trastorno al ver aquello, que olvidé por un momento el pensar en mis propios riesgos. Todos mis temores habían sido sofocados por las impresiones que me había hecho experimentar una brutalidad tan infernal y una tan terrible degradación de la naturaleza humana. Había oído hablar alguna vez de parecidos horrores; pero jamás había tenido la desgracia de presenciar aquel espectáculo. Aparté la vista de aquel cuadro desolador, se removió mi estómago, y de seguro habría caído desmayado si la misma Naturaleza no me hubiese aliviado por medio de un vómito violentísimo. Sin embargo, no pude permanecer un momento en aquel lugar; subí la colina a toda prisa y me dirigí a mi vivienda.

Había pasado cerca de diez y ocho años sin ver el menor rastro de persona humana y bien podía permanecer aún otro tanto tiempo oculto como hasta allí, a no ser que yo mismo me delatase, lo que no entraba de ningún modo en mis cálculos, bastando para ello con sostenerme en el sitio que ocupaba hasta tanto que se me presentase ocasión de darme a conocer a gentes de instintos tan sanguinarios. Sin embargo, aquellos salvajes me inspiraron tal horror, y su feroz costumbre de devorarse los unos a los otros me sumió en una melancolía tan profunda, que permanecí encerrado en mis dominios cerca de dos años. Compréndase que me refiero a mis tres plantaciones, el castillo, la casa de campo (que así llamaba al soto), y la cerca del bosque, a la cual no iba más que por las llamas; porque el horror que me inspiraban aquellos canibales era tan grande, que temía tanto su pre-

sencia como la del mismo diablo en persona.

El tiempo y el convencimiento de que no corría ningún riesgo de ser descubierto me sacaron de aquella ansiedad, y comencé a vivir con igual tranquilidad que antes, con la sola diferencia de que era más prudente, y constantemente estaba alerta.

Ya hacía veintitrés años que residía en la isla, y estaba tan habituado a mi manera de vivir, que sin temor a los salvajes hubiera accedido de buena gana a pasar en ella el resto de mi vida, aunque debiese morir en la caverna como el viejo macho.

Me había proporcionado también algunas distracciones y diversiones que me hacían pasar bastantes ratos más agradables que antes: primero enseñé a hablar a Poll, mi papagayo; articulaba tan distintamente y su lenguaje era tan familiar, que me causaba un placer extraordinario oírlo; creo que ningún pájaro ha podido hablar mejor. Conmigo vivió veintiséis años, ignorando cuántos viviría después, pues he oído decir en el Brasil que dichos animales viven cerca de un siglo. El perro me fué muy útil y muy fiel amigo por espacio de diez y seis años, al cabo de los cuales murió de vejez. Los gatos se habían multiplicado de tal modo, que me había visto obligado a matarlos a tiros, para impedir que arramblasen con todo. Cuando murieron los primeros que había salvado del buque, me vi precisado a ahuyentar a los demás, no dándoles de comer, y fueron a parar al bosque, llegando a hacerse salvajes, excepto dos o tres mansos, los cuales había cuidado de criar desde pequeños, y formaban parte de mi familia. Además, tenía siempre a mi alrededor dos o tres llamas que estaban acostumbradas a comer en mi mano, y otros dos papagayos, que pronunciaban mi nombre, pero no con la perfección que Poll; es verdad que no

me había tomado el mismo trabajo para enseñarlos. Había domesticado también varias aves acuáticas, cuyo nombre ignoraba, las cuales había cogido en la playa, y después les había cortado las alas: anidaban y ponían los huevos en la espesura del bosque formado por las ramas que había plantado, y que eran ya corpulentos árboles, lo que resultaba muy conveniente para mí. Por último, repito que hubiera estado sumamente satisfecho con aquella vida si hubiese podido desechiar el miedo que me inspiraban los salvajes; pero el Cielo lo tenía dispuesto de otro modo, y quizás no sea útil para todos los que lean mi historia el hacerles observar cuantas veces en el curso de nuestra existencia sucede que el mal que queremos evitar y que nos parece tan terrible cuando ya lo tenemos encima viene a ser la única áncora de salvación, como así pude comprobarlo en los últimos años de mi residencia en aquella isla abandonada.

Era el año vigésimo tercero de mi confinamiento, en la época del solsticio austral, pues no puedo llamarle solsticio de invierno; y como había que hacer la recolección del grano, me veía precisado a salir casi todos los días. Una mañana, poco antes de salir el sol, vi con sorpresa en la playa, a unas dos millas de donde yo me hallaba, el resplandor de un gran fuego hacia la punta de la isla, en donde había descubierto las huellas de los salvajes. Su proximidad a mi vivienda me llenó de consternación.

Al divisarlos se apoderó de mí tal miedo, que me quedé paralizado, sin atreverme a salir del bosquecillo, por miedo de ser sorprendido, y aun no me consideraba seguro allí: temía que el grano segado o alguna de las labores de agricultura revelasen a algún salvaje que costease por la isla que ésta estaba habitada, porque, en ese caso, no descansarían hasta encontrarme. Con este recelo me refugié en la fortaleza, y habiendo dado a todo un aspecto tan agreste y natural como me fué posible, retiré la escalera. Sin embargo, me apercibí a la defensa: cargué los mosquetes montados en las nuevas fortificaciones y todas las pistolas, resuelto a tener a raya al enemigo hasta el último extremo. No olvidé invocar a la divina Providencia, rogándole que me librase de aquellos bárbaros: permanecí en esta forma cerca de dos horas, muy impaciente por saber lo que ocurría fuera; pero carecía de exploradores y espías para enviarlos a practicar un reconocimiento. Después de una larga indecisión sobre el partido que debía tomar, no pude resistir al deseo de ir a ver si podía descubrir algo: subí a una especie de plataforma que había en la cumbre del peñasco, con la ayuda de la escala, la cual recogía a medida que iba subiendo, a fin de que me sirviese de nuevo, y por último llegué a la sumidad. Entonces, echando mano del anteojo, que había tenido cuidado de



...me había visto obligado a matarlos a tiros... (Pág. 62.)

...me había visto obligado a matarlos a tiros... (Pág. 62.)

llevar conmigo, me puse boca abajo y miré con dirección a la playa. Distinguí nueve salvajes sentados alrededor de una hoguera, no con objeto de calentarse, pues hacía un calor excesivo, sino, como yo suponía, preparando un horrible festín de carne humana con la de los prisioneros que habían traído. Tenían dos canoas que habían varado en la arena; y como entonces era el instante del flujo, me parecía que esperaban el reflujo para marcharse. Es difícil imaginar el pavor que me causó al principio su presencia en aquel lado de la isla; pero cuando consideré que desembarcaban siempre en el instante del flujo, me tranquilicé un poco, y calculé que podía salir así que comenzase el reflujo sin peligro alguno, con tal de que no hubiese descubierto a nadie en la playa antes, observación que me permitió continuar mi recolección con la mayor tranquilidad.

Sucedió, en efecto, lo que yo había conjeturado: así que la marea empezó a bajar, vi que los salvajes se metían en sus canoas y se alejaban a fuerza de remos. Olvidaba decir que una hora antes de embarcarse, estuvieron bailando, y que con mi anteojo pude distinguir hasta sus movimientos y ademanes. Vi también que iban enteramente desnudos, pero no pude distinguir si eran hombres o mujeres.

Luego que me cercioré de que se habían embarcado, salí con dos escopetas en las espaldas, dos pistolas en el cinto, el largo sable sin vaina al costado, y con toda la ligereza po-

sible me dirigí a la colina, desde donde había visto los salvajes la vez primera. Tardé dos horas en llegar, pues no podía caminar aprisa cargado como iba con tantas armas. Estando allí, observé que también en aquel lado habían halado tres piraguas; y mirando hacia el mar las descubrí que se dirigían con las otras al continente. En seguida bajé a la playa, y un horroroso espectáculo se presentó a mi vista: estaban allí los restos de su infame festín, huesos, sangre y despojos humanos que habían devorado en medio de gran alborozo y juegos. A la vista de aquellos horrores sentí tal indignación, que pensé de nuevo caer sobre ellos cuando volviesen, aunque fuese en gran número.

Sus visitas a la isla debían ser muy raras, pues transcurrieron quince meses antes que vinieran otra vez. Es cierto que en la estación de las lluvias no podían abandonar su país, a lo menos para hacer un viaje tan

largo; sin embargo, no me hallaba tranquilo, temiendo una sorpresa, porque la perspectiva del peligro es más penosa que el peligro mismo, sobre todo cuando uno no puede desechar el temor.

Sin embargo, persistí en mis deseos de venganza; empleaba todo el día (del cual hubiera podido hacer mejor uso), en meditar planes para ponerlos en práctica a la primera ocasión, esto es, en el caso de que encontrase sus fuerzas divididas como la primera vez. No reflexionaba que matando, por ejemplo, un día, diez o doce salvajes, y volviendo a



hacer lo mismo al otro día a la semana o al mes siguiente, acabaría por destruir más hombres que ellos se podrían comer.

Mis inquietudes amargaban mi vida sobremanera: aguardaba un día u otro caer en poder de aquellos seres implacables, y si me aventuraba a salir de mi retiro, era con las mayores precauciones posibles, y dirigiendo sin cesar la vista a cuantos objetos me rodeaban.

¡Qué felicidad para mí ser dueño de un rebaño de llamas domésticas! Pues no me atrevía a hacer uso de la escopeta, sobre todo en la parte de la isla frecuentada por los salvajes, por miedo de alarmarlos. Al principio hubieran huído al oír la detonación; pero estoy seguro de que después habrían vuelto con doscientas o trescientas canoas quizás, y entonces ya sabía la suerte que me estaba reservada. Sin embargo, estuve un año y tres meses sin verlos; pero al fin vinieron, como veremos más adelante.

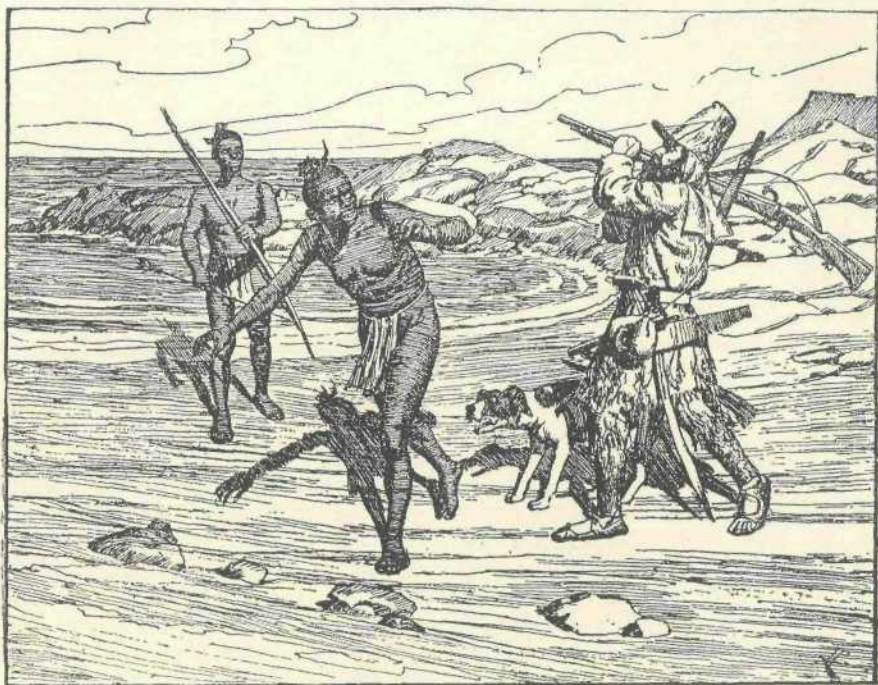
La perturbación de mi ánimo fué muy grande durante aquellos quince o diez y seis meses. Dormía muy inquieto, tenía sueños muy horribles, y con frecuencia despertaba sobresaltado. Durante el día un desaliento devorador me dominaba, y durante la noche no pensaba más que en matar salvajes, y buscaba motivos para excusar esta acción.

VIII

Una mañana muy temprano descubrí cinco canoas paradas en la playa hacia el lado de la isla que yo ocupaba. Las gentes que las tripulaban no estaban al alcance de mi vista. Su número desbarataba todos mis planes, pues viniendo comúnmente cuatro o seis en cada embarcación, no sabía cómo componérme-

las para acometer yo solo a veinte o a treinta. Permanecí, pues, en mi fortaleza en la mayor perplejidad; sin embargo, tomé las disposiciones preconcebidas, y me dispuse para el ataque, si se presentaba la ocasión. Después de haber esperado un rato escuchando si los salvajes hacían algún ruido, dejé las dos escopetas al pie de la escalera, y subí a la cima del peñasco en dos veces, como lo tenía por costumbre. Me coloqué de manera que mi cabeza no sobresaliese del peñasco, a fin de que no me pudiesen descubrir, y entonces vi, con auxilio del antejo, que los salvajes eran treinta por lo menos, que habían encendido fuego y que preparaban su comida. No pude distinguir de qué clase de manjares se componía y de qué modo la aderezaban; pero me di cuenta de que estaban bailando todos alrededor del fuego, haciendo los aspavientos y las contorsiones más raras.

Miré atentamente con el antejo: sacaron a dos pobres infelices de las piraguas, en donde los tenían y los condujeron a tierra para sacrificarlos. Vi casi al mismo tiempo caer uno de ellos muerto, según creo, de un golpe de porra o maza, como acostumbran hacerlo. Al mismo instante dos o tres se precipitaron sobre él para descuartizarlo mientras que la otra víctima permanecía inmóvil esperando su turno. En tan crítico momento aquel desgraciado, encontrándose un poco libre, concibió la idea de salvar su vida: recobrando toda su energía, echó a correr con una increíble ligereza a lo largo de la playa, dirigiéndose hacia donde yo estaba, es decir, hacia la parte de la costa en donde se hallaba mi vivienda. Debo confesar que me sobrecogí sobremanera cuando le vi tomar ese camino imaginando desde luego que sería perseguido por toda la horda. Pero observé que no era perseguido más que por tres hombres, y que el fugitivo les llevaba una gran venta-



ja, de manera que era seguro que se les escapase si sostenía la carrera por espacio de un cuarto de hora.

Entre ellos y mi refugio se hallaba la pequeña ensenada de la cual he hablado con frecuencia al principio de esta historia, cuando desembarqué los restos del buque: comprendí luego que, si el infeliz no la atravesaba a nado, sería cogido sin remedio allí. Mas cuando llegó, pareció no darle ningún cuidado: efectivamente, aunque entonces la marea estaba bastante alta, se zambulló y ganó la orilla opuesta a los pocos momentos, después de lo cual se puso a correr con un vigor y una ligereza extraordinaria.

Cuando sus tres perseguidores llegaron a la bahía noté que no había más que dos que supiesen nadar: el tercero, después de haberse detenido en la orilla para mirar a los otros, se volvió tranquilamente en lugar de seguir adelante; lo que sucedió luego fué para mí una dicha.

Observé que los dos nadadores

tardaban en hacer la travesía doble tiempo del que su prisionero había empleado. Entonces me convencí de que la ocasión era favorable para adquirir un criado, quizá un compañero y un amigo, y que evidentemente el Cielo me había designado para salvar la vida a aquel desgraciado. En esa persuasión bajé precipitadamente del peñasco para coger las escopetas, que había dejado, como ya he dicho, al pie de la escalera, y volviendo a subir con la misma ligereza me encaminé hacia el mar.

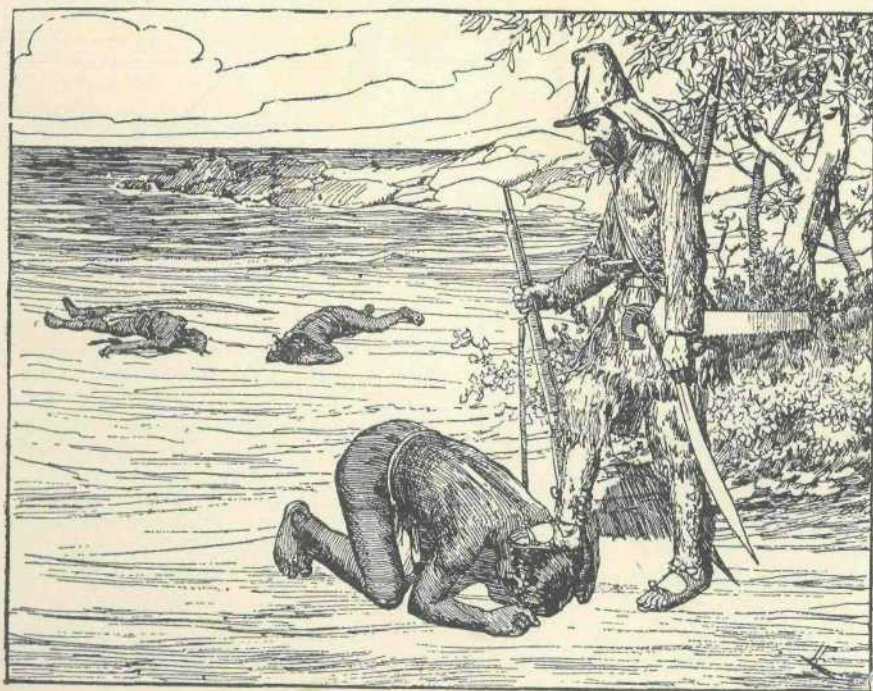
Como lo hice por el camino más corto, me interpuse entre los perseguidores y el perseguido, llamando a éste para que se detuviese. Se volvió a mirarme, y quizá me tuvo al principio más miedo que a sus enemigos, pero yo le hice señal con la mano que se acercase a mí, y marchando con precaución hacia los otros, me lancé bruscamente sobre el que estaba más cerca y lo derribé de un culatazo. No me atreví a hacer fuego, por miedo a que la detonación

advirtiera a los salvajes, a pesar de que a aquella distancia no era fácil oírlos, y no pudiendo notar el humo, hubieran ignorado de qué provenía. El segundo, viendo caer a su compañero, se detuvo de repente como espantado. Dirigíme rápidamente hacia él; mas al aproximarme vi que tenía un arco y una flecha que asestaba contra mí. No tuve, pues, otro remedio que defenderme, y habiéndole apuntado, disparé, y lo dejé tendido sin vida. El pobre fugitivo, así que vio caer a sus dos enemigos, los creyó muertos; pero estaba tan asustado con el fuego y el ruido que produjo el tiro, que quedó inmóvil, sin atreverse a avanzar ni a retroceder, aunque parecía tener más deseos de huir que de acercarse a mí.

Le llamé nuevamente y le indiqué que se aproximara, lo que comprendió fácilmente. Dió entonces algunos pasos, después se paró, avanzó un poco más, volvió a detenerse todavía y le vi temblar como si se

creyese mi prisionero y estuviese seguro de morir lo mismo que sus dos enemigos. Le llamé por tercera vez e hice todas las manifestaciones que pude imaginar para animarle. Por último, se acercó poco a poco, arrojándose a cada diez o doce pasos para demostrarme su agradecimiento por haberle salvado la vida. Me sonreí tan cariñosamente como me fué posible, invitándole siempre a que se acercara. Finalmente, cuando ya estuvo cerca de mí, se echó de nuevo a mis plantas, besó la tierra y cogió uno de mis pies que puso sobre su cabeza: esto era como un juramento de hacerse para siempre mi esclavo. Lo levanté, y a fuerza de caricias y halagos logré tranquilizarlo.

Mi tarea había terminado: bien pronto vi que el salvaje que yo creía muerto de un culatazo no estaba más que aturdido. Se lo señalé con el dedo al salvaje haciéndole notar que aún vivía, y entonces me dijo algunas palabras que no pude compren-



U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

der, pero que me parecieron tanto más dulces cuanto que era el primer sonido de voz humana que, a excepción de la mía, había sonado en mis oídos al cabo de veinticinco años de soledad; mas no era el momento oportuno para hacer estas reflexiones: el salvaje había vuelto ya en sí y recobrado las fuerzas necesarias para ponerse en seguridad, y advertir que *el mio*, pues lo consideraba como tal, empezaba a amedrentarse; sin embargo, desde el momento en que me vió apuntar a aquel des-

graciado con mi segunda escopeta, me dió a entender que le diese el sable que pendía de mi costado. No bien se lo hube entregado, cuando corrí derecho a su enemigo, y de un solo tajo le cortó la cabeza tan limpiamente como hubiera podido hacerlo el más diestro verdugo de Alemania. Esto me pareció muy sorprendente en un hombre que no debía haber visto jamás en toda

su vida otros sables que los de madera de los salvajes; sin embargo, después supe que la madera con la cual fabrican sus armas, es tan dura y el corte tan agudo, que pueden, de un golpe, cortar a cercén una cabeza o un brazo. Después de este hecho de armas volvió riendo a carcajadas en señal de triunfo, y con mil gestos, cuyo significado ignoraba, puso a mis pies el sable, juntamente con la cabeza de su enemigo. Pero lo que le admiró extraordinariamente fué el modo cómo yo había matado al otro a una distancia tan grande, y



mostrándomelo, me pidió por señas permiso para examinarle de cerca. Cuando se hubo aproximado aumentó su sorpresa: lo miró, lo volvió ya de un lado, ya de otro; escudriñó la herida que la bala le había causado y de la cual había salido poca sangre, sin duda por haber habido derrame interior, pues el desgraciado estaba bien muerto. Mi salvaje se apoderó del arco y flechas del difunto, viniendo en seguida a mi lado. Me dispuse entonces a marcharme, y le invité a que me siguiese, dándole a entender que

temía que viniesen los otros salvajes. Díjome por señas que iba a enterrar a los muertos para que, en el caso de que pasaran por allí los enemigos, no los descubriesen. Se lo permití, y después de haber hecho un hoyo con el sable y con sus manos, arrastró uno, lo echó dentro y lo cubrió de tierra; después hizo lo propio con el otro. Dicha operación la ejecutó con

una increíble prontitud, pues seguramente no empleó más de medio cuarto de hora para enterrar a los dos. Entonces, llamándole de nuevo, lo conduje, no a mi castillo, sino a la caverna que últimamente descubrí. Luego que llegamos a la gruta le di pan y un gran racimo de uvas, además de haberle hecho beber, pues el pobre tenía mucha necesidad después de la carrera que había dado. Cuando se sosegó y refrescó, le di a entender por señas que se fuese a dormir, indicándole un montón de paja de arroz, cubierto con una man-

ta, que me servía de lecho con bastante frecuencia. El pobre obedeció y fué a acostarse.

Era un mozo de muy buena traza y bien formado, ni muy grueso ni demasiado alto, pero esbelto y robusto y que podía contar a lo sumo veinticinco años. Tenía un carácter decidido y cierta expresión muy varonil en sus facciones, sin mezcla de dureza y ferocidad. Se hallaba en él toda la dulzura y gracia de los europeos, sobre todo cuando se sonreía. Sus cabellos largos y negros no eran crespos; la frente ancha y elevada, los ojos brillantes y vivos; no tenía el cutis negro sino bastante ateizado, sin sombra de ese repugnante y desagradable matiz amarillento de los indígenas del Brasil, de Virginia y de otros puntos de América: se aproximaba más bien a un ligero color de aceituna obscuro difícil de describir. Su cara era llena y redonda; la nariz corta, pero no aplastada como la de los negros; la boca bien dibujada, los labios finos, los dientes muy hermosos y unidos, disputando su blancura al marfil mismo.

Después de haber dormitado, más bien que dormido del todo, se levantó y salió de la gruta, a fin de reunirse conmigo, pues yo estaba ordeñando las llamas que tenía en el cercado próximo a aquel sitio. En el instante que me divisó, vino corriendo, se hincó de rodillas con todas las demostraciones del más humilde reconocimiento, y haciendo una multitud de ademanes extravagantes para manifestármelo.

Comprendía yo la mayor parte de sus gestos y procuraba darle a entender que estaba muy contento con él. Luego probé a hablarle y enseñarle a que me contestase a su vez. Traté asimismo de hacerle aprender el nombre que le había puesto que era el de Domingo, por haber sido en este día de la semana cuando lo libré de los salvajes. Enseñéle igualmente a llamarme amo, y a decir *si* y *no*,

haciéndole comprender lo que significaban estas palabras. En seguida le presenté leche en una especie de tazón de barro; bebí primero, después mojé pan y le di un pedazo para que pudiese hacer lo mismo. Tan pronto como lo probó, me significó que le gustaba mucho. Pasé toda la noche en la gruta con él, pero en cuanto vino el día le di a entender que debía seguirme y que le entregaría vestidos, lo cual pareció regocijarle porque iba enteramente desnudo. Cuando llegamos al sitio donde estaban enterrados los salvajes, me lo mostró exactamente, y me indicó las señales que había puesto para conocerlo, haciendo gestos y ademanes como para decirme que los desenterrásemos y nos los comiésemos. A esto hice ademán de cólera, expresando el horror que me causaba tal idea, simulando náuseas, y con un enérgico gesto le ordené que continuase su camino, lo que hizo inmediatamente con gran sumisión. Le conduje en seguida a la cumbre de la colina para ver si sus enemigos habían marchado. Por medio de mi anteojo descubrí el punto donde habían estado los salvajes, pero ni vi a ellos ni a sus canoas, indicio cierto de que se habían embarcado sin cuidarse de sus dos camaradas.

Este detalle no me bastaba, y sintiéndome más animado, y, por consiguiente, más estimulada mi curiosidad, me llevé a Domingo, le di una espada, pues le consideraba muy diestro para servirse de ella; después le cargué con otra escopeta para mí, además de las dos que yo llevaba. Armados así, marchamos hasta el paraje donde los salvajes se habían situado, porque quería ilustrarme más y conocer mejor sus costumbres. Cuando llegué al citado punto mi sangre se heló y me faltó el valor ante un espectáculo que era verdaderamente horrendo, a lo menos para mí, pues a Domingo no le produjo la menor impresión. Aquel lu-

gar estaba sembrado de huesos humanos y la tierra empapada en sangre; por todas partes se veían diseminados pedazos de carne asada a medio comer y destrozar; en una palabra, todos los residuos de un banquete de triunfo, por medio del cual los salvajes habían celebrado la victoria obtenida sobre sus enemigos: vi esparcidos por el suelo tres cráneos, cinco manos, los huesos de tres o cuatro piernas y otros tantos de los pies. Domingo me dió a en-



tender por señas que los salvajes habían llevado a la isla cuatro prisioneros, que se habían comido tres y era él el cuarto; que se había entablado una gran batalla, entre ellos y un rey vecino, del cual, según parecía, Domingo era súbdito, y que a consecuencia de aquel combate, muchos prisioneros habían sido conducidos a distintos puntos por sus vencedores, para ser comidos como los que aquellos miserables habían desembarcado en mi isla.

Ordené a Domingo que reuniese e hiciese un montón con todos aquellos restos de huesos y carne y que

encendiese una gran hoguera para reducirlos a cenizas.

Bien veía que mi salvaje mostraba deseos de comer aquella carne y que su instinto de canibal persistía en él, pero revelé tanto horror al solo pensamiento de estos deseos, que no se atrevió a manifestarlos, y hasta le hice comprender que si persistía en semejantes ideas, lo mataría irremisiblemente.

Después de esto regresamos al castillo, en donde me puse a trabajar para Domingo. Primero le di unos calzones de lienzo que había encontrado en el baúl del pobre artillero del buque náufrago, y haciendo una ligera recompostura en ellos, llegaron a sentarle a las mil maravillas. Añadí una chaqueta de piel de llama, perfectamente cortada, pues había me hecho un sastre regular; después le arreglé una gorra de piel de liebre muy cómoda y bastante elegante; esto era suficiente de momento. Domingo estaba encantado de verse casi tan bien vestido como su amo, aunque las ropas le diesen al principio un aspecto grotesco, sobre todo los calzones, que eran muy molestos para él. Las mangas de la chaqueta también le incomodaban en los hombros y en los sobacos, pero retoqué todo lo que era necesario y la costumbre le hizo bien pronto amoldarse a la indumentaria.

Al día siguiente me puse a reflexionar en dónde podría colocar a mi criado de una manera que fuese conveniente para él y cómoda para mí mismo. Nada me pareció mejor que el construir una pequeña choza entre mis dos fortificaciones. Hallándose en aquel lugar una salida que daba a la cueva, cerré su paso, instalando al lado de la entrada un marco de madera con una puerta de tablas que se abría por la parte interior. Por la noche cerraba esta puerta y retiraba también las dos escaleras, a fin de que Domingo no pu-

diése entrar en la fortificación interior sin hacer bastante ruido para despertarme, pues de la primera muralla partía entonces una techumbre espesa, de anchas barras, que cubría la tienda y se ocultaban en el peñasco; y sobre las barras, entrelazadas con delgados troncos, a manera de vigas, había puesto una gruesa cubierta de paja de arroz, tan sólida como si fuese de cañas. Además, en el agujero o paso que había practicado para salir por medio de la escalera, había colocado una trampa, que si hubiese sido forzada por la parte exterior, hubiera caído con gran estrépito en vez de abrirse. En cuanto a las armas, las ponía todas al alcance de mi mano durante la noche; mas no había necesidad de tales precauciones, porque dudo que nadie haya tenido jamás un criado más fiel y más afecto a su amo. Ingenio, nada terco, sin mala intención, me era enteramente adicto, y el cariño que sentía por mí era como el de un hijo para con su padre. En cualquiera ocasión hubiera sacrificado su vida por salvar la mía. Me dió tantas pruebas de adhesión, que me fué imposible dudar de él y no conocer la inutilidad de mis precauciones con respecto a su persona.

Me agradaba extraordinariamente y me entretenía el enseñarle a ser útil, diestro e industrial, pero sobre todo a que me hablase y comprendiese. Era el mejor discípulo que se pueda imaginar: tan risueño, tan constante, aplicado y contento cuando podía comprenderme o hacerse entender de mí, que hallaba un verdadero placer en hablarle. Mi existencia era entonces tan dulce, que si no hubiese sido el miedo a los salvajes, no hubiera sentido deseos de abandonar la isla.

Tres o cuatro días después de mi regreso a la fortaleza, resolví desviar a Domingo del horrible instinto de canibal, haciéndole probar otra clase de carne. Le llevé una mañana

al bosque, donde tenía la intención de matar una de mis llamas jóvenes domesticadas para prepararla y aderezarla en mi vivienda; pero divisé en el camino una llama echada a la sombra con sus dos hijos e hice parar a Domingo.

—¡Quietos! — le dije, haciéndole una seña para que no se moviese.

En seguida apunté, disparé y maté uno de los cabritos.

El pobre salvaje, que ya me había visto matar a uno de sus enemi-



gos a una gran distancia, sin saber él cómo, se asustó tanto y se echó a temblar como un azogado de tal modo, que creía que iba a caer de espaldas. Así, sin mirar si había muerto o no a la llama, no pensó más que en desabrocharse el chaquetón para ver si estaba herido. Creía sin duda que quería deshacerme de él, pues vino a hincarse de rodillas delante de mí, abrazándose a las mías y después permaneció en esta actitud por algún tiempo, dirigiéndome palabras que no comprendía, a no ser que me suplicaba que no lo

matase. Bien pronto encontré un medio de convencerle de que no quería hacerle daño: le cogí la mano sonriendo; lo levanté, y mostrándole con el dedo el cabrito, le mandé que fuese a recogerlo. Obedeció, y mientras examinaba, lleno de admiración, cómo había sido muerto aquel animal, volví a cargar la escopeta. Un instante después, vi sobre un árbol, muy a tiro, un gran pájaro parecido a un halcón, aunque era en realidad un papagayo. A fin de explicar a Domingo lo que quería hacer, lo llamé y le dije que se pusiera a mi lado: le mostré el pájaro, después la escopeta, luego la tierra que estaba debajo del pájaro, a fin de hacerle comprender que mis deseos eran que cayese en el sitio que le había señalado. Entonces hice fuego diciéndole que mirase, y vió al instante caer el papagayo. A pesar de lo que le había dicho, el pobrecito se asustó aún: como no me había visto meter nada en la escopeta, creía que era aquello un arsenal inagotable de exterminio y de destrucción, capaz de matar de lejos o de cerca a los hombres, a los animales que caminan por el suelo y a los pájaros que vuelan por el aire. El estupor en el cual quedó sumido al ver aquello le duró algún tiempo, y aun creo que si le hubiese dejado hacer me hubiera adorado lo mismo que a la escopeta. Estuvo muchos días sin atreverse a tocarla; pero, cuando estaba cerca de ella, le dirigía palabras suplicantes y parecía esperar que le respondiese. Luego me confesó que había rogado a la escopeta que no le matase. Cuando se hubo recobrado un tanto del susto, le mandé que fuera a buscar el pájaro muerto. Obedeció, pero no volvió en seguida, porque el papagayo no había muerto del tiro y se había arrastrado a una gran distancia del punto en que había caído. En fin, lo encontró, lo recogió y vino a traérmelo. Entonces trasladé la llamita a mi

morada, y después de haberla desollado y descuartizado, puse a cocer algunos pedazos en una olla destinada a dicho uso, e hice un excelente guisado.

Tan pronto como lo gusté, lo di a comer a mi criado, que pareció muy contento, dando visibles pruebas de que aquel alimento era de su agrado. Pero lo que le causó gran extrañeza fué verme comer aquella carne con sal. Para darme a entender que la sal no era buena, puso un poco en su boca, hizo luego ver que sentía náuseas, la escupió y fué a enjuagarse con un poco de agua fresca. Yo a mi vez comí un pedazo sin sal e hice los mismos gestos que él; pero no le pude decidir a que la empleara. No quiso jamás ponerla en los alimentos, sino mucho tiempo después y aun en muy corta cantidad.

Después de haberle hecho probar la carne cocida, determiné al día siguiente regalarle con un cuarto asado. Colgué uno de una cuerda como había visto hacer en Inglaterra; después clavé dos estacas, una a cada lado del fuego, y colocándolas sobre ellas un palo atravesado, até en él la cuerda, e hice dar vueltas continuamente a la carne. Esta ingeniosa invención excitó la admiración de Domingo; pero cuando hubo probado el asado, hizo tantas demostraciones para manifestarme cuánto le gustaba esa comida, que no pude por menos que comprenderle. Finalmente, me dió a entender lo mejor que pudo que no volvería a comer más carne humana, por lo cual recibí un gran contento.

Al día siguiente, lo tuve ocupado en trillar y aechar el grano a mi modo, lo que llegó a hacer tan bien como yo mismo, sobre todo cuando comprendió el objeto, que era para hacer pan, pues le enseñé cómo lo amasaba, cómo lo cocía en el horno y en poco tiempo llegó a ejecutar todas estas tareas perfectamente.

Pensé entonces que éramos ya dos a comer, y, por consiguiente, que debía cultivar más terreno y sembrar más grano que antes. Por eso escogí un campo más extenso y lo cerqué, al igual que todas mis otras tierras, en lo cual Domingo me ayudó no solamente de buena gana y con ardor, sino además con mucho gusto, pues le había dicho que era para sembrar cebada y hacer más pan, porque estando él conmigo era preciso que hubiese para dos. Pareció muy sensible a mis cuidados y me manifestó que él comprendía que tenía por su causa mayor trabajo que antes, pero me dió a entender que por su parte trabajaría más que yo si quería indicarle cómo había de hacerlo.

Aquel año fué el más delicioso que pasé en la isla. Domingo comenzaba a hablar bastante bien: sabía el nombre de casi todas las cosas que podía pedirle y de todos los puntos a donde le enviaba. Como ahora hablaba mucho, volví a usar mi idioma, que me había sido inútil por espacio de tanto tiempo. No era sólo por tener con quien conversar por lo que me gustaba Domingo, sino porque me agradaba su carácter; su sencilla y cándida naturaleza se revelaba a cada instante, y empezaba a quererle entrañablemente. Por su parte, creo que me correspondía con igual cariño.

Cuando las relaciones entre Domingo y yo se hicieron más íntimas y pudo comprender casi todo lo que le decía y hablar con bastante facilidad, aunque en mal inglés, le conté mis aventuras, o a lo menos lo que se refería a mi llegada a la isla. Le dije cómo había vivido hasta entonces y cuánto tiempo hacía que moraba allí; le inicié en el misterio (porque efectivamente lo era para él) de la pólvora y las balas, y le enseñé a disparar las armas de fuego. Después le di un cuchillo, por lo cual se mostró sumamente gozoso; le hice en seguida un cinturón con

una vaina, como los que se usan en Inglaterra para los cuchillos de monte, y en lugar del cuchillo coloqué una hachuela que podía servir no sólo de arma cuando fuere preciso, sino también para otros usos mucho más útiles. Le hice una descripción de las naciones de Europa, y sobre todo de Inglaterra, mi patria; le describí nuestro modo de vivir y de adorar a Dios; nuestras relaciones so-



...hice dar vueltas continuamente a la carne. (Pág. 72.)

ciales; le dije que hacíamos el comercio con todo el mundo por medio de nuestra marina; le narré el naufragio del buque en que había estado, designándole el punto en que había encallado, y cómo el mar lo había destrozado. Le mostré también los restos de la chalupa que perdimos cuando me salvé del naufragio y que no había podido jamás llevar a tierra a pesar de todos mis esfuerzos; al verla, Domingo permaneció largo rato pensativo y sin proferir una palabra. Le pregunté qué era lo que pensaba, y me contestó:

—Yo ver igual piragua venir a mi tierra.

Estuve mucho tiempo sin saber lo que quería decir. Finalmente, después de recapacitar deduje que una chalupa igual debía haber abordado a las playas del país de Domingo, lanzada sin duda por la violencia de la tempestad. Saqué de allí la consecuencia de que algún buque europeo había naufragado en aquellas costas y que quizá el viento, luego de arrebatarse la chalupa, la había arrastrado hasta la orilla; mas no me vino siquiera a la imaginación que algunos desgraciados náufragos hubiesen podido salvarse en ella, ni aun traté de indagar de dónde podían venir; solamente le dije que me describiese el barco. Domingo lo hizo bastante bien; pero mejor le comprendí cuando añadió con vivacidad:

—Nosotros salvar hombres blancos de ahogarse.

Le pregunté entonces si iban en efecto en aquella chalupa hombres blancos.

—Sí — respondió —: el bote estaba lleno de hombres blancos y barbudos.

—¿Cuántos había? — seguí preguntando.

Contó con sus dedos hasta diez y siete. Me informé también qué había sido de ellos, y me dijo que vivían entre las gentes de su nación. Estas palabras me sugirieron nuevas ideas. Supuse entonces que podría ser la tripulación del buque que se había perdido a la vista de la isla; pensé que cuando la embarcación hubo encallado, viéndose los tripulantes perdidos, se meterían en la chalupa y llegarían junto al país de los salvajes. Además, le interrogué detenidamente con respecto a aquellas gentes. Díjome que vivían aún; que hacía cuatro años que estaban en su país en donde subsistían tranquilos, por medio de los víveres que les suministraban los indígenas.

Le pregunté por qué no se los habían comido, y replicó:

—Ellos ser hermanos con ellos— es decir, que habían trabado amistad, y añadió—: Ellos no comer hombres más que cuando guerra ser vencidos.

Quería decir que no comían más que los prisioneros de guerra.

Debo confesar que desde aquel día concebí la idea de aventurarme a hacer aquel viaje con el deseo de unirme con los hombres barbudos que, a mi parecer, debían ser españoles o portugueses. No dudaba que una vez en el continente, y con tanta compañía, me sería posible encontrar un medio de volver a mi patria. Porque no podía esperar en una isla alejada cuarenta millas de la costa, y en donde estaba solo y sin socorro. Pensando así, algunos días después reanudé con Domingo la conversación diciéndole que quería darle un bote para volver a su país. Lo conduje para ello al otro lado de la isla en donde se hallaba la chalupa. Después de haberla sacado del mar, en donde había tenido siempre cuidado de mantenerla metida, y de haberla puesto en la arena, la examiné, encontrándola bien. La echamos al agua y ambos entramos en ella. Vi que era muy diestro en la maniobra y que hacía marchar la barca casi tan rápidamente como yo mismo hubiera podido hacerlo.

Entonces resolví hacer una piragua, y guiado por Domingo, que conocía mejor que yo la madera más a propósito para nuestro objeto, al cabo de un mes de penoso trabajo estuvo terminada nuestra obra. Pero no bastaba esto, era preciso proveerla de un palo, una vela, un áncora y un cable. En cuanto al palo era cosa fácil: elegí un cedro joven que había allí cerca, pues existía gran cantidad de dichos árboles en la isla; ordené a Domingo que lo cortara, y le di mis instrucciones para descortezarlo, prepararlo e instalarlo. Sa-



bía que tenía velas viejas o más bien trozos de ellas; pero, como hacía cerca de veintiséis años que estaban allí y me cuidé poco de ellas, imaginando que nunca podría utilizarlas, esperaba encontrarlas podridas; y en efecto, lo estaban en su mayoría. Sin embargo, hallé dos pedazos que estaban todavía bien conservados. Puse manos a la obra y logré, a costa de bastante trabajo y cosiendo muy mal, pues carecía de verdaderas agujas, hacer una vela muy fea de tres puntas, que se asemejaba a las que nosotros conocemos en Inglaterra con el nombre de espalda de carnero, y la monté con un botavara. El manejo de esta vela me era más familiar, porque la barca con la cual me había escapado en otro tiempo de Berbería llevaba una igual.

Hallándome ocupado una mañana en esos preparativos, llamé a Domingo y le mandé que fuese a la playa en busca de algunas tortugas, como solíamos hacer una vez por sema-

na, tanto por los huevos como por la carne. Hacía un momento tan sólo que había salido, cuando le vi que volvía corriendo y saltaba por encima de la trinchera exterior como si sus pies no tocasen en el suelo. Antes de que hubiese tenido tiempo de interrogarle, exclamó:

—¡ Ah, señor! ¡ Ah, pena! ¡ Ah, desgracia!

—¿ Qué hay, Domingo?

—¡ Oh, allá abajo una, dos, tres canoas! ¡ una, dos, tres!

Creí al pronto, por su modo de expresarse, que había a lo menos seis canoas; pero, habiéndole preguntado, supe que no eran más que tres.

—Bueno, hombre, no te asustes, Domingo.

Procuré animarle, pues el pobre estaba lleno de pavor. Se le había metido en la cabeza que los salvajes venían expresamente a buscarlo para sacrificarlo y comérselo. Temblaba de tal modo, que no sabía qué hacerse. Díjele que en el mismo pe-

ligro me encontraba yo y que lo mismo me comerían que a él.

—Lo que hemos de hacer — continué—, es apercibirnos para combatir. ¿Puedes tú pelear, Domingo?

—Yo tirar — dijo—, pero allá venir muchos.

—¿Qué importa? — respondí—; nuestras escopetas asustarán a los que no maten.

Cuando hube tomado todas las disposiciones convenientes me apoderé del antejo y trepé a la colina para procurar descubrir alguna cosa. Conté claramente hasta veintiún salvajes, tres prisioneros y tres canoas, y me pareció que su propósito era celebrar un festín triunfal con aquellos tres desgraciados. Observé también que habían desembarcado, no en el punto donde Domingo se había escapado, sino más cerca de la pequeña bahía. En aquel sitio la playa era más baja y un espeso bosque llegaba casi hasta la orilla del mar. Este descubrimiento y el horror que me causaba la tarea sangrienta de aquellos miserables me indignaron de tal modo, que volví a bajar a donde se hallaba Domingo y le dije que había decidido atacarlos y matarlos a todos, y le pregunté si me ayudaría. Entonces él, vuelto de su espanto y reanimado por el ron que le había dado, mostróse muy resuelto y repitió que moriría si le mandaba que muriese.

En el acceso de mi furor, repartí entre los dos las armas que acababa de cargar: di a Domingo una pistola para que se la pusiese en la cintura, y tres escopetas para que se las colgase de los hombros; tomé también la otra pistola, con las tres escopetas que quedaban, y, de esta manera equipados, salimos. Había guardado en el bolsillo una botellita de ron y cargado a Domingo con un gran saco lleno de pólvora y balas. Dile por consigna que me siguiese sin separarse un instante de mí, ni moverse ni tirar, ni hacer cosa al-

guna sin que yo se lo ordenase, y, sobre todo, que se abstuviese de hablar. Entré en el bosque con toda la cautela y silencio posibles, seguido de Domingo; avancé hasta la orilla, hacia el punto más cerca de los salvajes, de suerte que sólo nos separaba una pequeña punta del arbolado. Entonces, llamando en voz baja a Domingo y mostrándole un grueso árbol que había justamente en la citada punta, le mandé que fuese y me dijese luego si desde allí se veía bien lo que pasaba. Fué y volvió inmediatamente, asegurándome que se distinguía muy bien a los salvajes; que estaban todos alrededor de una hoguera comiéndose a uno de sus prisioneros; que otro, que iban a matar muy pronto, yacía fuertemente atado sobre la arena a poca distancia de la hoguera, lo cual me puso fuera de mí. Añadió que este último no era un prisionero de su nación, sino uno de los hombres blancos y barbudos que habían ido a su país, según me había referido.

No había que perder ni un instante, pues diez y nueve de aquellos miserables, sentados en el suelo, apretujados unos contra otros, habían enviado ya a dos de ellos a degollar al pobre cristiano, y quizá para trasladarlo, ya descuartizado, a la hoguera. Estos se habían agachado ya para desatarle los pies. Entonces me volví a Domingo y le dije:

—Haz ahora lo que voy a mandarte.

Respondió que me obedecería.

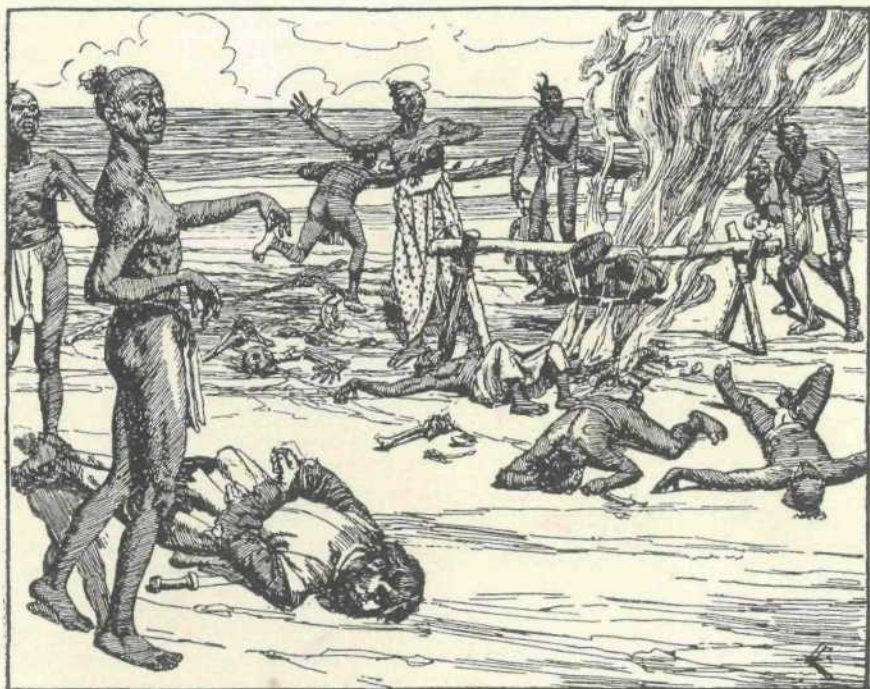
—Haz, pues, exactamente lo que me veas hacer, y no repares en nada.

Acto continuo dejé en el suelo uno de los mosquetes y la escopeta de caza, y Domingo hizo otro tanto; después, con el otro mosquete apunté al círculo de los salvajes, ordenando a mi criado que me imitase.

—¿Estás pronto? — le dije.

—Sí — respondió.

—Bueno. ¡Fuego sobre ellos!



Y disparamos al mismo tiempo. Domingo tuvo mejor puntería que yo, pues hirió a tres y mató a dos, en tanto que yo sólo maté a uno y herí sólo a dos. Es imposible describir el espanto mortal que se apoderó de los salvajes. Los que no fueron heridos se levantaron precipitadamente, mas no sabían por dónde huir, pues ignoraban por dónde les venía la muerte. Inmediatamente luego de mi primera descarga, tiré el mosquete y tomé la escopeta de caza, haciendo Domingo lo propio. Viéndome apuntar hizo otro tanto.

—¿Estamos ya, Domingo?

—Sí — me respondió.

—¡Fuego, pues, en nombre de Dios!

Y dichas estas palabras descargamos por segunda vez nuestras escopetas sobre aquellos desgraciados, que estaban poseídos de loco espanto. Como las escopetas no estaban cargadas más que con munición gruesa y balines de pistolas, no cayeron más que dos; pero herimos a

tantos, que los vimos salir corriendo hacia diversos lados, todos cubiertos de sangre, aullando y dando alaridos como endemoniados. Muchos de ellos estaban en tan lamentable situación, que un momento después cayeron todavía tres, aunque no murieron en seguida.

Entonces salí del bosque y me dejé ver de los salvajes, con Domingo que me seguía. Tan pronto como vi que me habían descubierto, di un grito terrible, ordenando a Domingo que hiciese lo mismo, y eché a correr con toda la ligereza que permitía el peso de la armas, derecho a la pobre víctima, que yacía, según he dicho, sobre la arena, entre el lugar del festín y el mar. Los dos carniceros que iban a hacer su oficio con él lo abandonaron al hacer la primera descarga; huyeron sobrecojidos de espanto hacia la playa y saltaron a una canoa, donde les siguieron otros tres.

En tanto que Domingo hacía fue-



go, había yo tirado de cuchillo y cortado las ligaduras que sujetaban a la víctima. Así que le hube desatado los pies y las manos, lo levanté y le pregunté en portugués quién era. El me contestó en latín: *christianus*. Pero estaba tan débil y extenuado, que apenas podía hablar y sostenerse. Saqué la botella del bolsillo y se la di, haciéndole señas de que bebiese, lo cual verificó; después le ofrecí un pedazo de pan, que comió. Entonces le supliqué me dijera a qué nación pertenecía.

—Español — me respondió.

Luego que se hubo reanimado un poco, me manifestó del modo que pudo cuán reconocido me estaba por haberle salvado.

—Señor — le dije, recordando lo poco que sabía del idioma español—, luego hablaremos; ahora es preciso pelear. Si os sentís ya con suficientes fuerzas, tomad esta pistola y este sable y haced de ello el uso que mejor os parezca.

Lo aceptó con gratitud, y desde

el instante en que hubo tocado las armas, como si le hubiesen comunicado nuevo vigor, se precipitó sobre sus enemigos con tanta furia, que dejó tendidos en el acto a dos de ellos.

Habiendo dejado yo a Domingo en completa libertad, perseguía éste con ardor a los fugitivos sin otra arma que el hacha, con la cual remató a los tres que nuestras descargas habían derribado sin matarlos, y luego a todos los que pudo alcanzar. Por otra parte, el español, habiendo pedido otra escopeta, persiguió a dos salvajes que hirió; mas como no podía correr, consiguieron salvarse en el bosque, en donde Domingo los persiguió, y logró matar a uno; el otro, aunque herido, era demasiado ágil para él: ganó el mar, se echó a nado y alcanzó la canoa, en la que había dos de sus camaradas. Estos tres salvajes, y otro que había sido herido en la misma embarcación, sin que hayamos podido saber si sobrevivió o no, fueron los únicos, de los veinticinco, que escaparon.

Los que estaban en la canoa bogan enérgicamente hasta ponerse fuera de tiro de fusil; y aunque Domingo les hizo fuego todavía dos o tres veces, no vimos que hubiese alcanzado a ninguno. Mi criado quería que nos apoderásemos de una de sus canoas con el objeto de perseguirlos. En efecto, era de temer que si escapaban algunos llevaran la nueva a su país y volvieran con docientas o trescientas piraguas cargadas de salvajes que nos devorarían infaliblemente. Accedí, pues, a perseguirlos; y dirigiéndome hacia una de las canoas salté a ella y grité a Domingo que me siguiese; pero me sorprendí al encontrar a un desgraciado tendido en el fondo de la piragua, atadas las manos y los pies, lo mismo que encontré al español. Estaba casi muerto de miedo, ignorando lo que había ocurrido, porque el infortunado, amarrado como estaba, no había podido incorporarse pa-

ra mirar por encima del borde de la canoa. Corté inmediatamente los bejucos con que le habían ligado y luego traté de levantarlo; pero ni podía ponerse en pie ni hablar; se limitaba a dar gritos desgarradores, creyendo sin duda que iban a matarle y que por eso le desataban.

IX

Audió Domingo al instante, y le ordené que hablase a aquel infeliz y que le dijese que se había salvado. Al mismo tiempo, tomando la botella le hice beber al desgraciado prisionero, con lo cual y con la nueva de su libertad se reanimó bastante y cobró fuerzas para sentarse en la canoa. Mas cuando Domingo oyó hablar a aquel pobre salvaje y pudo examinarlo, le abrazó de tal modo que hubiera sido imposible presenciar aquella escena sin sentirse conmovido hasta derramar lágrimas: le vimos gritar, reír, saltar alrededor de él, bailar, llorar y después volver a saltar, retorcerse las manos, golpearse la cara y la cabeza y cantar y bailar de nuevo como si hubiera perdido el juicio. Transcurrió bastante rato antes que pudiese hablarme y decirme lo que aquello significaba; pero cuando volvió un poco en sí, me dijo:

—¡Este es mi padre!

Es difícil expresar lo que me conmovieron los transportes de alegría y amor filial de aquel pobre salvaje a la vista de su padre libertado de la muerte.

Este acontecimiento nos impidió el perseguir a los fugitivos, que entonces ya apenas columbrábamos. Fué una dicha para nosotros el no haberlo verificado, pues dos horas más tarde y antes que aquéllos hubiesen podido recorrer la cuarta parte de su camino, se levantó un viento recio que continuó soplando toda

la noche; y como venía del NO., les era enteramente contrario y, por lo tanto, la piragua hubo de zozobrar.

Pero volvamos a Domingo. El buen hijo cuidaba con tanto cariño a su padre, que durante largo rato no tuvo valor para distraerlo. Sin embargo, cuando pensé que podía abandonarlo por un momento, lo llamé y vino saltando, riendo y mostrando una intensa alegría. Preguntéle si había dado pan a su padre, y meneando tristemente la cabeza me contestó:

—No; yo, ruin perro, comer todo.

Entonces saqué una torta de mi pequeño zurrón y se la di. Ofrecíle al mismo tiempo un sorbo de ron; pero no lo quiso probar y lo guardó para su padre. Conservaba yo todavía en el bolsillo dos o tres racimos de pasas, de los cuales le di también para su padre. No bien se las hubo llevado, cuando le vi salir de la canoa como si hubiese estado hechizado, y escapar con tanta velocidad, co-



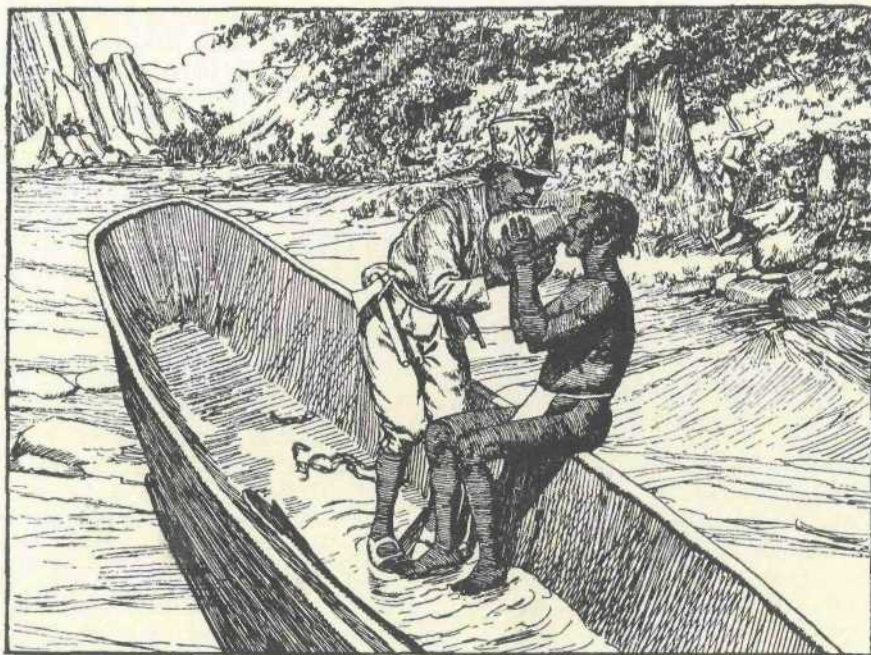
Corté inmediatamente los bejucos con que le habían ligado... (Pág. 79.)

mo jamás he visto un corredor más ágil. Su rapidez era tan grande, que en un instante le perdí de vista. Aunque lo hubiera llamado y gritado yendo detrás de él, estoy seguro de que no se habría vuelto. En menos de un cuarto de hora regresó, pero menos aprisa que había ido; y cuando se aproximó, noté que andaba con mucho cuidado, y que llevaba alguna cosa en la mano. Al llegar cerca de mí, me hizo ver que había ido hasta la habitación a buscar una de las vasijas de barro para traerle agua fresca a su padre. En la otra mano traía dos galletas o panecillos. Dejé los panes y llevó el agua a su padre; sin embargo, como yo tenía también mucha sed, bebí algunos tragos. El agua reanimó al momento al viejo, mejor que el ron que le había dado, pues se moría de necesidad. Cuando el padre de Domingo se hubo saciado, llamé a este último y le pregunté si quedaba todavía un poco de agua. Respondióme

que sí. Entonces le dije que la llevase al pobre español, cuyo estado requería tantos cuidados como el padre de mi criado, y le envié también una de las galletas que Domingo había traído. El español, que se sentía en efecto muy débil, se había tendido sobre la hierba, a la sombra de un árbol, pues tenía los miembros envarados e hinchados a causa de los fuertes lazos con que lo habían atado. Vi que al acercarse Domingo se incorporó para beber, y en seguida tomó el pan que empezó a comer. Entonces me dirigí a él, y le di un gran racimo de pasas. Levantó los ojos, me miró, y su rostro expresó el más vivo reconocimiento que se ha pintado jamás en semblante humano. Aunque sostuvo con un valor inaudito el combate, luego quedó casi sin fuerzas, hasta el punto de que ni aun podía sostenerse en pie. Supliqué entonces al español que permitiese que Domingo lo sostuviera a fin de conducirlo hasta la canoa y



...le abrazó de tal modo... (Pág. 79.)



El agua reanimó al momento al viejo... (Pág. 80.)

poderle trasladar así a nuestra morada, en donde se le prodigarían toda especie de cuidados. Pero Domingo, que era tan robusto como ágil, se lo cargó a las espaldas y lo llevó a la canoa, en donde lo dejó con mucho cuidado sobre una de las bandas con los pies vueltos hacia la parte interior; después lo levantó de nuevo, y lo colocó junto a su padre. En seguida saltó de la canoa, la lanzó al mar, y vuelto a ella, siguió la orilla bogando; y a pesar del fuerte viento que hacía, la hizo avanzar con más rapidez de la que yo podía desarrollar andando. Los llevó de este modo hasta la pequeña ensenada sin peligro alguno, y dejándolos a bordo, fué en busca de la otra piragua. Cuando pasó por mi lado le pregunté a dónde iba, y me respondió:

—Voy a buscar más piraguas.

Y dicho esto, partió como un rayo, pues seguramente nunca hombre ni caballo alguno corrió tan ve-

loz como él. Trajo la segunda canoa a la ensenada casi tan pronto como yo llegué por tierra. Después de haberme pasado al lado opuesto, fué a ayudar a nuestros huéspedes a desembarcar; pero cuando estuvieron en tierra, como ni el uno ni el otro podían andar, el pobre Domingo no supo qué hacer. Yo busqué el medio de salvar aquel inconveniente; llamé a Domingo y le dije que los sentara en la playa y que viniese conmigo. Arreglé bien pronto una especie de parihuelas sobre las que entre Domingo y yo los trasladamos a nuestra habitación.

Mi isla estaba a la sazón poblada y ya me veía rico y con súbditos: esto por el pronto, pues como yo decía alguna vez en broma, parecía verdaderamente un monarca que quizá vería aumentar su pueblo.

Empecé entonces a discurrir un poco con respecto a mis nuevos súbditos. Al principio dije a Domingo

qué pensaba acerca de los salvajes que huyeron en la canoa, si debíamos temer que volvieran con fuerzas superiores a las que no pudiéramos resistir. Su primera opinión fué que aquellos desgraciados no habrían podido escapar del temporal que se desencadenó por la noche después de su fuga; que sin duda alguna habían perecido ahogados o habrían sido arrojados hacia el Sur sobre las costas enemigas, donde los devorarían sin remedio. Mas nada pudo decirme por lo que toca a lo que harían si por casualidad llegaban a su país.

Sin embargo, suponía que, llenos de miedo por el modo como los habíamos atacado, por el estruendo y el fuego de nuestras armas, dirían a sus compatriotas que habían sido heridos por truenos y rayos y no por mano de los hombres, y que los dos seres que se les habían aparecido (Domingo y yo), los conceptuarían furias o espíritus celestes venidos a la tierra para destruirlos,

más bien que hombres armados. Y de esto, decía que él estaba muy seguro, porque había oído a los fugitivos preguntarse los unos a los otros cómo un hombre podía lanzar fuego y hablar tronando y matar a una tan gran distancia, sin levantar siquiera la mano, como a todos les veían hacer.

El español me refirió que diez y seis de sus compañeros, tanto españoles como portugueses, que habían naufragado y abordado en el país de los salvajes, vivían allí y estaban en

paz con los naturales, pero en una inquietud perpetua en lo referente a su subsistencia, y, por lo tanto, a su vida.

Le pregunté si sabía lo que harían, si tenían intención de salir de aquel país; y me contestó que habían celebrado numerosas conferencias sobre dicho punto; pero que no disponían de embarcación ni de útiles para construirla, ni de provisiones de ninguna clase, por lo que sus deliberaciones habían concluido por sumirles en la mayor desesperación y hacerles derramar abundantes lágrimas.

Le rogué que me dijese cómo recibirían sus compañeros la proposición de salir de allí que yo les hiciese, y si mi proyecto podría ejecutarse, conduciéndolos todos a la isla.

—Francamente—añadí—, temo alguna traición o perfidia de su parte, una vez que tenga mi vida en sus manos, pues el agradecimiento no es una virtud insita de la natura-

leza humana. Por otra parte, estoy seguro, si vienen a mi isla, de construir con su ayuda una embarcación bastante grande para llevarnos a todos ya al Brasil, ya hacia el Sur, ya a las islas o a la costa española.

Me respondió sincera e ingenuamente que su condición era bastante miserable y que lo sabían demasiado para no rechazar con horror la idea de perjudicar a una persona que había contribuido a su libertad; que por lo demás, si yo quería, él iría a



...se lo cargó a las espaldas... (Pág. 81.)

avistarse con ellos, acompañado del viejo salvaje, les comunicaría mi invitación y me traería su respuesta; que él no aceptaría ninguna condición, si no era bajo juramento solemne de que se someterían sin reserva a mi autoridad, como dueño y capitán; que les haría jurar sobre el Evangelio y por los Santos Sacramentos el serme fieles e ir a cualquier país cristiano que yo designase, y no de otro modo; que se dejarían dirigir entera y absolutamente por mí, hasta que yo hubiese llegado sano y salvo a la tierra que me propusiese. Añadió

que me traería esta obligación firmada por todos, y que él quería jurar el primero; que mientras viviese no se separaría de mí hasta que se lo permitiera; en fin, que vertería a mi lado hasta su última gota de sangre si alguna vez faltaban a la fe jurada algunos de sus compatriotas.

Con esta seguridad me decidí a aventurarme y enviar al español y al anciano salvaje a tratar con ellos; y partieron en una de las piraguas que habíamos tomado a los indígenas. Les proveí a cada uno de un mosquete y ocho cartuchos de pólvora y balas recomendándoles que fuesen muy económicos y que no hiciesen uso de ello más que en caso de verdadera necesidad. Todos estos trabajos me parecieron muy agradables, porque después de veintisiete años o más, eran los primeros que hacía con el fin de procurar mi libertad. Entregué a mis viajeros provisión de pan y carne, suficiente para los dos

para algunos días y para los demás españoles durante una semana; después, deseándoles un viaje feliz, les dejé marchar. Emprendieron, pues, la travesía, con viento favorable, el día que comenzaba el plenilunio y, según mi cálculo, en el mes de octubre, porque habiendo en una ocasión perdido la cuenta exacta de los días, no pude nunca volver a encontrarla.

Hacia ya ocho días que esperaba el regreso de mis mensajeros, cuando sobrevino un acontecimiento imprevisto que quizá no tiene



igual en la historia. Estaba una mañana profundamente dormido en mi retiro, cuando Domingo entró corriendo y me llamó gritando:

—¡ Señor, señor, han venido!

Salté de la cama y sin temer ningún peligro, tan pronto como me hube vestido me precipité a través del bosquecillo, según le llamaba antes, pero que era entonces un bosque muy espeso. En la creencia

de que no corría riesgo alguno, salí sin armas, contra mi costumbre; pero me quedé en extremo sorprendido, cuando al dirigir la vista al mar, divisé a cerca de legua y media de distancia una embarcación con rumbo hacia la isla y provista de una vela hinchada por una brisa favorable. Noté al momento que no venía del continente, sino más bien de la punta meridional de la isla. Llamé a Domingo y le mandé que se ocultase, pues aquella gente no era la que esperábamos y no sabíamos todavía si se trataba de amigos o de

enemigos. Luego fui en busca del antejo para cerciorarme de lo que era: cogí inmediatamente la escalera y trepé a la cumbre de la colina como solía hacer cuando aguardaba algún acontecimiento y quería observar a mi gusto sin ser visto. Apenas hube puesto el pie en la colina cuando distinguí perfectamente un buque anclado a cerca de dos leguas y media al SSE., pero solamente a legua y media de la orilla. Bien pronto tuve la certeza de que el buque era inglés y la embarcación que se aproximaba una chalupa inglesa.

Al poco tiempo me di cuenta de que esta última iba costeano, como si buscara una ensenada en donde poder desembarcar; pero, como los hombres que la tripulaban desconocían aquellos sitios, no descubrieron la pequeña ensenada donde en otra época había descargado yo las balsas. Se contentaron con tirar de la chalupa hasta que llegó a la arena, a media legua de donde yo me encontraba, lo que fué una dicha, pues de otro modo hubieran, por decirlo así, desembarcado en mi misma puerta, desalojádome de mi castillo y quizá despojado de todo lo que poseía. Así que estuvieron en tierra, me convencí plenamente de que eran ingleses o, por lo menos, que lo eran la mayor parte. Uno o dos me parecieron holandeses, pero me equivoqué. Entre todos conté once hombres, de los cuales tres estaban desarmados e iban amarrados, según puede notar. Tan pronto como saltaron los cuatro o cinco primeros, hicieron salir de la barca a los que estaban atados. Vi a uno de ellos manifestar por medio de gestos muy expresivos su dolor y desesperación. Los otros dos se limitaban a levantar los ojos al cielo de vez en cuando; parecían muy afligidos, pero no tanto como el primero. Quedé confuso al ver aquello y no supe qué pensar. Entonces Domingo exclamó:

—¡ Oh, señor, veréis hombres in-

gleses comer prisioneros como hombres salvajes!

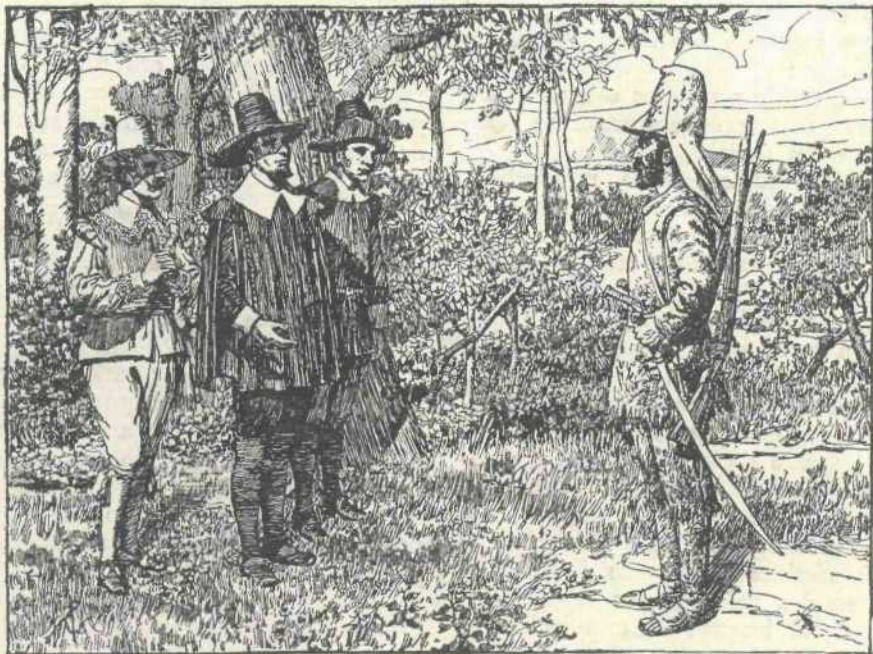
—No, Domingo — le respondí—, no temas que vayan a comérselos.

—Sí — continuó—, ellos quieren comerlos.

—No, no — repliqué—; temo, ciertamente, que quieren matarlos, pero puedes estar seguro de que no se los comerán.

Sin embargo, no sabía yo lo que aquello significaba, y semejante escena me tenía aterrado, esperando a cada instante ver asesinar a los tres prisioneros. Una de las veces, uno de aquellos malvados alzó un gran cuchillo o puñal para herir a uno de ellos; y como yo pensaba ver caer ya a aquel infortunado, se me heló toda la sangre en las venas. Sentí con todo el dolor de mi corazón no tener a mi lado al español y al salvaje que le acompañaba; hubiera querido encontrar un medio para ponerme a tiro de fusil de aquellos miserables, sin ser descubierto, a fin de librar a los tres prisioneros, pues, al parecer, sus verdugos no llevaban armas de fuego. Pero bien pronto se me ocurrió otro expediente. Después de la terrible amenaza hecha a los prisioneros por el insolente marinero, noté que sus compañeros se dispersaban por la isla, con objeto sin duda de reconocer el país, y que los tres desgraciados quedaron en libertad de ir a donde mejor les pareciese; pero se sentaron en el suelo afligidos y como desesperados.

El momento en que aquellas gentes habían desembarcado era precisamente el del flujo, y, por lo tanto, fueron a recorrer las cercanías para examinar el lugar en que se hallaban; mas no se acordaron que al venir el reflujo y retirarse el mar, la chalupa quedaba en seco. Dejaron para guardarla dos hombres que, según luego noté, habían bebido mucho aguardiente y se quedaron dormidos. Sin embargo, despertóse pronto uno de ellos, y encontrando el bote



demasiado tierra adentro para poder sacarlo de allí él solo, se puso a gritar llamando a sus camaradas, que vagaban por los alrededores. Al instante acudieron a la chalupa, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos para lanzarla al agua.

Entretanto, me apercibí para el combate, como anteriormente, aunque con más precauciones, sabiendo que tenía que habérmelas con enemigos distintos de los primeros. Mandé igualmente a Domingo, el cual se había hecho un excelente tirador, que se proveyera de armas. Yo, por mi parte, me apoderé de dos escopetas y le di tres mosquetes. Mi aspecto era verdaderamente terrible: llevaba el formidable vestido de pieles, con la gran gorra que ya he mencionado, un sable desnudo al costado, dos pistolas al cinto y una escopeta en cada hombro. Acerquéme lo más que pude sin descubrirme, y antes que ninguno de ellos me hubiese divisado, les grité en español:

—¿Quiénes sois, caballeros?

Esta pregunta iba dirigida a los tres prisioneros, quienes levantáronse súbitamente al oírme y se quedaron estupefactos ante mi estrambótica figura. En lugar de contestarme, dispusieron a huir, pero les contuve diciéndoles en inglés:

—Señores, no os sorprendáis de verme: quizá tenéis un amigo más cerca de lo que creéis.

—Nos ha sido enviado por el Cielo — me respondió gravemente uno de ellos, quitándose al mismo tiempo el sombrero—, porque nuestro infortunio es superior a todo socorro humano.

—Todo socorro viene del Cielo— le repliqué—. ¿Queréis tener la bondad de indicar a un extraño de qué manera os puede socorrer, pues me parecéis muy desgraciado? Os vi desembarcar, y cuando creí que suplicabais a aquellos malvados que os han conducido a este sitio con vuestros compañeros de desgracia, noté que uno de ellos levantó su puñal para asesinaros.

El infeliz, tembloroso y con el ros-

tro bañado en lágrimas, me miró largo rato con admiración, y al fin me dijo :

—¿Hablo a un dios o a un hombre? ¿Sois verdaderamente un hombre o un ángel?

—Tranquilizaos—les respondí—. Si Dios hubiese enviado un ángel en vuestro socorro, habría venido de seguro mejor armado y vestido que yo. Deponed todo temor : soy un hombre ; un inglés, dispuesto sobre todo a socorreros. Como podéis ver, no tengo a mi lado más que un solo esclavo, pero poseo armas y municiones ; decidme francamente en qué puedo seros útil, y qué desgracia es la que deploráis.

—Mis desgracias, caballero, serían demasiado largas de contar, y mis asesinos están cerca. Pero os diré en dos palabras que soy capitán de aquel buque : la tripulación se ha sublevado contra mí. Se han decidido con mucho trabajo a dejarme la vida, y quieren abandonarme en esta playa desierta con estos dos hombres que están aquí, de los cuales el uno es mi segundo y el otro un pasajero. Nosotros esperábamos perecer en estos lugares, creyendo la isla deshabitada, y no sabemos todavía qué pensar.

—¿En dónde están — le dije — vuestros infames enemigos? ¿Sabéis hacia qué lado han ido?

—Están echados allí — me dijo señalando un bosquecillo—. Tiemblo de pensar que os hayan visto y os oigan hablar, pues si esto ocurre, podemos estar seguros de ser todos asesinados.

—¿Tenéis armas de fuego?—le pregunté.

—Dos fusiles únicamente, de los cuales uno ha quedado en la chalupa.

—Está bien — dije—, entonces yo me encargo de los demás. Veo que todos están dormidos : es fácil acabar con ellos, pero quizá sería mejor hacerlos prisioneros.

Entonces me dijeron que entre ellos había dos malvados que estaban furiosos, y que era muy poco prudente tratarlos con humanidad ; y que si se les ponía fuera del estado de hacer daño, opinaba que los demás retornarían fácilmente a sus deberes.

Supliqué que me los indicase. No podía, según aseguró, distinguirlos a aquella distancia, pero prometió obedecerme en todo y por todo.

—Bueno — dije— ; retirémonos, pues, de modo que no puedan vernos ni oírnos si llegan a despertar, y deliberaremos sobre lo que hayamos de hacer.

Siguiéronme con gusto hasta el bosque, en donde nos escondimos perfectamente.

—Mirad, caballero — le dije entonces—, yo me arriesgaré a lo que sea preciso para salvaros a todos ; pero habéis de estar dispuesto a cumplir las dos condiciones que voy a proponeros.

Se anticipó a lo que iba a decir, asegurando que él y su buque, si lo recobraba, estarían enteramente sometidos a mis órdenes ; y que si no podía reconquistarlo, viviría y moriría a mi lado en cualquier parte del mundo a qué quisiese llevarlo. Sus dos compañeros me dijeron otro tanto.

—Está bien — repuse—, he aquí mis dos condiciones. Primera : mientras permanezcamos en esta isla, no pretenderéis tener en ella autoridad ninguna. Si os proveo de armas, me las devolveréis cuando yo las pida. No habéis de intentar agraviarme ni a mí ni a los míos, y obedeceréis en un todo mis órdenes. Segunda : si el buque se puede reconquistar, me transportaréis con mi esclavo, gratis, a Inglaterra.

Dióme todas las seguridades que la buena fe y la lealtad humanas han podido inventar ; que no sólo cumpliría aquellas muy razonables condi-

ciones, sino que, además, como me debía la existencia, se mostraría agradecido.

—Perfectamente — dije—; he aquí tres mosquetes, con su correspondiente pólvora y balas. Creo que el mejor partido es hacer una descarga contra los revoltosos mientras estén durmiendo; y si alguno de ellos escapare de la primera y quisiese rendirse, podríamos salvarle, dejando enteramente a la Providencia el cuidado de dirigir nuestros golpes.

Replicóme con mucha moderación que le repugnaba matar a nadie si se podía evitar; pero que con respecto a aquellos dos incorregibles bribones que habían sido los promotores de la sublevación, si por desgracia escapaban nos veríamos seguramente perdidos, pues volverían, trayendo el resto de la tripulación, que nos asesinarían a todos.

—Siendo esto así—dije—, la necesidad sanciona lo que he dicho antes, porque es el único medio de salvación.

Sin embargo, al ver que deseaba economizar sangre, le dije que se adelantase con sus dos compañeros, y que procediera según mejor le pareciese. A todo esto advertimos que se despertaban algunos marineros y bien pronto se pusieron dos en pie. Pregunté al capitán si alguno de ellos era de los perniciosos y me respondió que no.

—Bien — dije—, dejémosles ir: la Providencia parece haberlos despertado para que salven la vida. Ahora, si los demás se escapan, vuestra será la culpa.

Animado por mis palabras, se adelantó con el mosquete preparado, una pistola en el cinto, y seguido de sus dos compañeros, armado cada uno también de un mosquete. Estos hicieron algún ruido: uno de los marineros que había despertado se volvió, y viéndolos llegar, se puso a gritar para llamar a sus compañeros;

mas era demasiado tarde, porque en el momento que gritó hicieron fuego, es decir, únicamente los dos que seguían al capitán dispararon, pues éste se reservó prudentemente su tiro. Habían apuntado tan perfectamente a los promotores de la rebelión, a quienes conocían muy bien, que uno quedó muerto en el acto y el otro gravemente herido. Pero, como no había muerto, se levantó y llamó a los otros a grandes gritos pidiendo auxilio; mas el capitán se le acercó y le dijo que era tarde para pedir socorro; que lo mejor que podía hacer era pedir a Dios que le perdonase su traición, y dichas estas palabras le pegó un culatazo que lo dejó tendido sin vida. De aquel grupo quedaban todavía tres, de los cuales uno estaba ligeramente herido. Así las cosas, me reuní con mis compañeros. Cuando ellos conocieron verdaderamente el peligro y la inutilidad de su resistencia, pidieron cuartel. El capitán les perdonó la vida con la condición de que se arrepintieran de su infame traición, y juraran que le ayudarían a recobrar el buque y a conducirlo a la Jamaica (de donde venía), a lo cual contestaron haciendo las más vivas protestas de fidelidad. Como pareció inclinado a creerlos y a salvarles la vida, no me opuse; únicamente ordené que estuviesen atados de pies y manos mientras permaneciesen en la isla.

En tanto que pasaba esto, envié a Domingo y al segundo del capitán a la chalupa, con orden de asegurarla y de apoderarse de los remos y las velas, lo cual cumplieron al pie de la letra. Poco después tres marineros errantes, que por dicha suya se habían separado de los demás, acudieron al estrépito de las detonaciones, y viendo a su capitán que, de prisionero, volvía a ser dueño, se sometieron, y se dejaron atar como los otros; de suerte que nuestra victoria fué completa.



...le pegó un culatazo que lo dejó tendido sin vida. (Pág. 87.)

X

Nos quedaba aún al capitán y a mí el contarnos mutuamente nuestras aventuras.

Empecé por las mías, y las escuchó con la mayor atención y la más extraordinaria admiración, sobre todo por la manera prodigiosa como me había proporcionado víveres y municiones. Y como efectivamente mi historia era una serie de prodigios, le produjo una muy profunda impresión; pero, cuando al recordar su situación vió que yo había sido conservado en aquel lugar casi expresamente para salvarle la vida, un copioso llanto inundó su rostro, y no pudo pronunciar una sola palabra.

Al terminar mi narración, le llevé, así como también a sus dos compañeros, a mi castillo, y los introduje por la entrada ordinaria, es decir, por encima de la empalizada. Ofrecí-

les en seguida todos los refrigerios de que disponía, y les manifesté todas mis invenciones hechas durante mi larguísima permanencia en la isla.

Al día siguiente, los marineros que habían quedado a bordo enviaron un bote con doce hombres en busca de sus camaradas; y con la ayuda de los que habían permanecido fieles al capitán pudimos apoderarnos de ellos: tres, que eran los cabezas del motín, fueron fusilados, y los demás se rindieron implorando perdón.

Con el concurso de todos, el capitán recuperó su buque y al punto mandó disparar siete cañonazos, señal convenida de antemano para darme aviso de su buen éxito; me quedé tranquilo al oírlos, pues esperándolos había permanecido en vela hasta las dos de la madrugada, sentado en la playa. En seguida me retiré a descansar y dormí profundamente hasta que me despertó el estampido de otro cañonazo. Me levanté, y oyendo que alguien me lla-

maba, apresuréme a trepar a la cima del peñasco, donde encontré al capitán que, echándose a mis brazos y mostrándome el buque, me dijo:

—Amigo y libertador mío, he ahí vuestro buque, porque es propiedad vuestra, así como nosotros y todo lo que de él depende.

Eché la vista al barco, y lo divisé anclado a poco más de media milla de la costa; porque desde que lo habían recobrado lo aparejaron, y como hacía un tiempo bonancible, vinieron a fondear a la entrada de la pequeña bahía. Favorecido por la marea, el capitán había hecho conducir la lancha cerca del lugar en donde había descargado mis balsas, desembarcando, por decirlo así, a las puertas.

Luego deliberamos sobre lo que haríamos con respecto a nuestros prisioneros. La cosa merecía meditarse con madurez, pues se trataba de decidir si habríamos de llevarlos con nosotros, sobre todo a dos de ellos, que el capitán había señalado como revoltosos incorregibles. Decía que los tenía por unos bribones; que ninguna utilidad se sacaría de ellos; que, si los llevaba, sería en la barra y cargados de grillos, como dos malhechores, con el objeto de entregarlos a los tribunales en la primera colonia inglesa a donde tocase; aun así y todo, no parecía muy satisfecho, y le causaba bastante inquie-

tud su presencia. Acerca de esto le dije que, si lo deseaba, yo mismo obligaría a aquellos dos hombres a que me suplicasen los dejáramos en la isla.

—Consentiré en ello con toda mi alma —respondió.

—Muy bien —dije—, voy a mandarlos llamar, y hablarles de parte vuestra.

Envié a Domingo y a los dos que habían quedado en rehenes, libres ya completamente, pues sus camaradas habían cumplido su promesa; envié, repito, a buscar a la caverna a los cinco prisioneros atados para que los condujesen a mi casa de campo y los custodiasen hasta mi llegada. Al cabo de un rato, vestido ya con mi nuevo traje, volví a reunirme con el capitán y tomé el título de gobernador.

Cuando estuvimos todos reunidos, y con el capitán a mi lado, hice traer los prisioneros a mi presencia, y les dije que sabía toda la infamia de su conducta para con su capitán; que pensaban apoderarse del buque para cometer mil piraterías si la Providencia no hubiese permitido el que fuesen cogidos con los mismos lazos que habían tendido para otros. Les di a entender que, gracias a mi intervención, el buque se había recuperado, que entonces estaba en la rada, y que bien pronto verían a su nuevo capitán colgado del palo ma-



yor, según merecía por su traición.

Uno de ellos me contestó, en nombre de los demás, que nada tenían que decir, a no ser que el capitán les había prometido la vida cuando los cogió prisioneros, y que se acogían humildemente a mi bondad. Les repliqué que no sabía qué gracia concederles; que yo abandonaba la isla con toda mi gente, y me

embarcaba con el capitán para Inglaterra; que, por lo tanto, no podía llevármelos más que como prisioneros para ser juzgados en Inglaterra como cómplices de rebelión y piratería, lo cual, como sabían muy bien, los conduciría sin remedio al patíbulo; que no sabía lo que era mejor para ellos a menos que no quisiesen quedarse en la isla. Les declaré que en dicho caso, como yo tenía la facultad de abandonarla, me sentía inclinado a perdonarles la vida si creían poder arreglarse en mis dominios. Se mostraron muy reconocidos y me dijeron que preferían aventurarse a permanecer en ella, antes que ser conducidos a Inglaterra para ser ahorcados.

Después que declararon todos que estaban absolutamente decididos a quedarse, les manifesté que quería contarles la historia de mi vida en aquellas regiones, con el fin de enseñarles a mejorar la suya: en su con-

secuencia, hice una descripción completa de la isla y de mi llegada. Les mostré las fortificaciones, les indiqué el modo de hacer el pan, de cultivar el grano, de transformar las uvas en pasas; en fin, les enseñé todo lo que podía hacerles la vida agradable; les hablé de los diez y siete españoles que no tardarían en llegar, y para los cuales dejé una

carta, haciéndoles prometer que lo partirían todo con ellos.



...hice traer los prisioneros a mi presencia... (Pág. 83.)

Abandoné, pues, mi isla el 19 de diciembre de 1686, como viluego por el cálculo que hice en el buque, después de haber vivido en ella veintiocho años, dos meses y diez y nueve días. Fui liberado de este cautiverio en el aniversario del día que me había fugado anteriormente, en una grande barca, de la esclavitud de los moros de Salé.

Después de un viaje de cerca de seis meses, desembarqué en Inglaterra el 11 de junio de 1687, a los treinta y cinco años de haberme ausentado de ella. A mi llegada era extraño para todos, como si en la vida me hubiesen conocido. Mi bienhechora, la fiel tesorera en cuyo poder había dejado mi dinero, vivía aún; pero había experimentado grandes reveses. La socorrí según me permitía mi pequeña fortuna, lo que equi-

vale a decir que no pudo ser mucho lo que hice en su favor, y me dirigí en seguida a York; pero mis padres habían muerto; de toda mi familia no me quedaban más que dos hermanas, y dos hijos de uno de mis hermanos. Como ninguna noticia mía habían recibido desde hacía tanto tiempo, me creyeron muerto, y, por consiguiente, fui olvidado en las participaciones de los bienes. En una palabra, no encontré socorros ni apoyo, y con el poco dinero que poseía resolví trasladarme a Lisboa, para ver si podría obtener algunas noticias respecto del estado de mi plantación en el Brasil, y saber lo que había sido de mi asociado, el cual, al cabo de tantos años, me supondría muerto sin duda.

Cuando llegué a Lisboa encontré, después de algunas pesquisas, y con la mayor satisfacción, a mi antiguo amigo el capitán del buque mercante que me había acogido cerca de las costas de África. Como era muy anciano, había abandonado la profesión y dejado el mando del buque a su hijo, que era ya un hombre, y que continuaba haciendo el comercio con el Brasil. El anciano no me reconoció al pronto, y a mí casi me sucedió lo mismo; pero recordé en seguida sus facciones igualmente que él las mías, tan pronto como pronuncié mi nombre. Después de haber renovado con gran satisfacción nuestra antigua amistad, me informé, como era de suponer, de mi plantación y de mi consocio. Pregunté si mi plantación había avanzado mucho, en términos que valiese la pena de trasladarme al Brasil, y al llegar a dicho punto si encontraría dificultad en recobrar la mitad de lo que me pertenecía. Respondióme que no podía decir exactamente hasta qué punto había mejorado la plantación, que sólo sabía que mi asociado se había enriquecido prodigiosamente con lo que le correspondía. De lo que

se acordaba era de haber oído decir que el tercio de mi parte adjudicada al fisco, que, según le parecía, había sido otorgada a algún otro monasterio o casa religiosa, ascendía a más de doscientas libras por año.

—Tengo otra noticia que daros— agregó—, que os será tan agradable o más que las otras; esto es, que creyéndos muertos, como igualmente yo mismo, tanto el asociado como los agentes ofrecieron arreglarse conmigo en nombre vuestro, por los beneficios de los ocho años primeros, que, efectivamente, he recibido. Como en aquella época se hicieron grandes gastos para mejorar y ampliar la plantación, construir un ingenio y comprar esclavos, el producto no fué como ha sido después. No obstante, yo os daré cuenta de lo que he recibido, y del empleo que he dado al dinero.

Después de algunos días transcurridos en semejantes conversaciones con mi anciano amigo, me presentó la cuenta de los ocho primeros años firmada por mi asociado y mis dos agentes.

Arreglado el asunto, el anciano me preguntó si podía serme útil en la reclamación de mis bienes; y como mi contestación fuese que estaba determinado á ir al Brasil, me dijo que podía hacerlo si así me parecía bien; pero que él tenía medios suficientes, sin necesidad de que emprendiese tan largo viaje, para asegurar mis derechos y entrar inmediatamente en posesión de ellos. Y como se encontraban en Lisboa dos buques listos para zarpar con rumbo al Brasil, hizo inscribir mi nombre en el registro público, con una declaración por mi parte, en la cual manifestaba bajo juramento que vivía, y que era la misma persona que había desmontado el terreno, y hecho la plantación de la cual se trataba. Me aconsejó que enviase dicha declaración legalmente autorizada por un notario, añadiendo un poder en de-

bida forma, y una carta de su puño y letra a un comerciante del Brasil amigo suyo; luego me propuso el permanecer en su casa hasta que llegase la contestación.

De ningún modo puede verse asunto terminado con más legalidad que lo fué éste, pues en menos de siete meses recibí un gran paquete de los herederos de mis difuntos apoderados (los comerciantes por cuya cuenta me había embarcado). En el citado paquete iban las cartas y papeles siguientes: 1.º, una cuenta detallada de los productos de mi hacienda o plantación por espacio de ocho años, esto es, desde la fecha en que sus padres habían arreglado las cuentas con el anciano capitán portugués. El balance era el valor de 1.174 libras a mi favor. 2.º, cuenta de otros cuatro años, durante los cuales mis propiedades habían permanecido en su poder antes que el Gobierno hubiese reclamado la administración como pertenecientes a un individuo que no se le encontraba y se le consideraba muerto civilmente. Mi plantación, como había ido siempre en aumento, produjo, según balance de dicha cuenta, 19.446 cruzados. 3.º, una cuenta del prior de los Agustinos que había disfrutado de mis rentas por espacio de más de catorce años, y que, sin reembolsar lo que había empleado en favor del hospicio, declaraba legalmente que le quedaba aún el valor de 872 libras que reconocía pertenecerme. Con respecto a la parte del fisco, nada me fué reintegrado.

Además, el paquete contenía una afectuosa carta de mi asociado alegrándose del buen estado de mi salud y acompañaba también un minucioso detalle sobre el aumento de la plantación, de sus rentas anuales, del número de acres que tenía, del género de cultivos y cuántos esclavos estaban empleados en ella. Esta carta que concluía con las más cordiales y finas protestas de amistad,

tanto de su parte como la de su familia toda, iba acompañada de un regalo que consistía en siete hermosas pieles de leopardo, que él, probablemente, habría recibido del África por algún buque suyo, más dichoso al parecer que el mío en su travesía; cinco cajas de exquisitos dulces, y cien piezas de oro no acuñadas. Por el mismo conducto recibí de mis dos agentes doscientas cajas de azúcar, ochocientos rollos de tabaco y el saldo de su cuenta en oro.

Me veía entonces, de repente, en posesión de cinco mil libras esterlinas en dinero y en tierras en el Brasil que podían darme de producto mil libras esterlinas anuales; en una palabra, me encontraba en una situación que apenas podía comprender no sabiendo cómo arreglarme para gozar de ella. Mi primer cuidado fué recompensar a mi bienhechor, el buen anciano capitán, que me había dado tantas pruebas de amistad en mis apuros, de tanta bondad al principio de nuestro conocimiento, y de tanta probidad al fin. Después de haber puesto en orden mis asuntos, y convertido mi dinero en buenas letras de cambio, lo mismo que lo que había sacado del cargamento, un obstáculo se me presentaba aún: el de decidir por qué vía iría a Inglaterra. El anciano capitán, para quien no guardaba secretos, me aconsejó que no me embarcara sino que fuese por tierra hasta La Coruña, y atravesara el golfo de Vizcaya para llegar a la Rochela, desde donde podía fácilmente y con seguridad dirigirme por tierra a París, y de allí a Calais, a Douvres, o bien irme a Madrid y atravesar en seguida toda la Francia. Mi aversión al mar era tal, que tomé el partido de hacer todo el viaje por tierra, exceptuando la pequeña travesía de Calais a Douvres. Como no tenía prisa ni me importaban los gastos, ésta era, sin contradicción, la ruta más agradable. Para que aun lo fuese más, el capitán me

proporcionó la compañía del hijo de un comerciante inglés establecido en Lisboa, que deseaba partir conmigo, uniéndose otros dos comerciantes ingleses, y dos jóvenes nobles portugueses: estos últimos no pasarían de París. Entre todos éramos once personas, esto es, seis amos y cinco criados. Así, salimos de Lisboa constituyendo una pequeña caravana, bien formada y armada, de la cual me hicieron el honor de nombrarme capitán por unanimidad, tanto por mi edad como porque llevaba dos criados y ser el que había organizado el viaje.

Cuando llegamos a Madrid, como éramos todos extranjeros en España, quisimos en un principio permanecer algún tiempo para visitar la corte y ver lo que es más digno de admirar; pero como el verano tocaba a su fin, nos apresuramos a marchar para Francia hacia mediados de octubre. En la frontera de Navarra nos alarmamos de veras, pues atravesamos varios pueblos y en todos ellos oímos decir que había caído tanta nieve en los Pirineos franceses, que algunos viajeros se habían visto obligados a retroceder hasta Pamplona, después de haber intentado en vano atravesar los montes con inminentes riesgos.

Ya cerca de Pamplona nos hallamos con que era cierto. Sentí tanto más el frío, cuanto que estaba acostumbrado a vivir en países cálidos, en los cuales apenas podía soportar los vestidos. Realmente, era demasiado penoso para nosotros, que habíamos atravesado diez días antes Castilla la Vieja con una temperatura templada, vernos de pronto expuestos a los aires de los Pirineos, tan crudos, tan glaciales, que a cada momento corríamos el riesgo de que se nos helasen las manos y los pies. El pobre Domingo se asustó de veras al ver aquellos grandes montes cubiertos de nieve; además estaba aterido de frío. Finalmente, cuan-

do llegamos a Pamplona, cayó una nevada tan copiosa que los habitantes decían que el invierno se había adelantado: los caminos, que tenían ya demasiados obstáculos, se pusieron intransitables; en una palabra, la nieve tenía tal espesor en algunos sitios, que no nos atrevíamos a seguir adelante, porque como se había endurecido por los hielos, como en los países septentrionales, estábamos expuestos a cada paso a ser sepultados vivos.

Permanecimos unos veinte días en Pamplona, de donde salimos el 15 de noviembre.

Me extrañó el ver que en lugar de llevarnos hacia adelante, nuestro guía nos hizo retroceder cerca de veinte millas por el mismo camino que habíamos traído al venir de Madrid. Después de haber pasado dos ríos y haber llegado a la llanura, nos encontramos con una temperatura templada, en un país hermoso, sin ningún rastro de nieve; pero nuestro guía, torciendo de repente a la izquierda, nos encaminó hacia las montañas por otro camino. Vimos elevadas crestas y horrorosos precipicios; sin embargo, nos hacía marchar por tantas revueltas, senderos y sinuosidades, que nos hizo preparar insensiblemente hasta la cumbre de los más altos montes, sin que el camino nos hubiese parecido muy nevado; de repente nos mostró las agradables y fértiles provincias de la Gascuña y del Languedoc como verdes y floridas sabanas, aunque en realidad estuviésemos a una gran distancia, y el camino que teníamos que pasar fuese muy escabroso.

Pero sufrimos una gran contrariedad cuando vimos nevar todo un día y noche, con tanta violencia que creíamos imposible el poder avanzar; mas el guía nos dijo que nos tranquilizásemos, que muy pronto saldríamos de aquel estado. Efectivamente, notamos que íbamos descendiendo poco a poco, y que nos di-



rigíamos hacia el Norte. En su consecuencia, confiados en nuestro guía, seguimos adelante.

Dos horas antes de anochecer, nuestro guía caminaba a tal distancia delante de nosotros, que no alcanzaba nuestra vista a distinguirle, cuando de repente tres monstruosos lobos, seguidos de un oso, aparecieron en el camino, que hacía una hondonada, la cual se unía a un espeso bosque. Dos de los lobos atacaron al guía, el cual, si por desgracia llega a encontrarse un poco más lejos, hubiera sido infaliblemente devorado, sin que nosotros hubiéramos podido socorrerlo. Uno de aquellos animales se agarró al caballo, y el otro se precipitó sobre el hombre con tal furor, que éste no tuvo tiempo o bastante presencia de ánimo para servirse de sus armas, limitándose a dar voces y a llamarnos con todas sus fuerzas. Entonces ordené a Domingo, que se hallaba cerca de mí, que partiese a galope y fuese a ver lo que ocurría. Tan pronto como

pudo divisar el guía, le oímos gritar tan fuerte como pudo:

—¡ Señor, señor!

Pero el valiente muchacho se lanzó a escape hacia aquel desgraciado, y descargó un pistoletazo en la cabeza del lobo más furioso, que estaba cerca de él. Fué una dicha para el infeliz guía tener por defensor a Domingo; pues éste, acostumbrado a ver en su país fieras semejantes, se había acercado sin temor, y su golpe había sido muy certero. Otro hubiera tirado desde más lejos, y se habría expuesto a no dar al lobo y a herir al hombre.

Mi Domingo había, pues, salvado al guía, y le ayudaba a apearse del caballo, pues el desgraciado tenía tanto miedo como daño, cuando al llegar ya cerca de ellos vimos salir repentinamente un oso del bosque. Verdaderamente era el más enorme que había yo visto jamás. Nos quedamos amedrentados a su aspecto; pero Domingo, muy al contrario, manifestó tanto alborozo como valor,



BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS:

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodio de animales.
Los hijos del héroe.

El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A la El libro de oro de los niños.
La historia de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La vez de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusó.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.

Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de Don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abanico.
En vacaciones.
Ginevra de Brahante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuanto de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Cultiver en el país de los enanos.
Gruiver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en prosa y verso.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS:

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones domados.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hadas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gorúo.
20. Un ministerio de animales.
21. La picara vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del horrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los ferzabores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª p.)
40. Una ciudad flotante. (2.ª p.)
41. Miguel Strigoff (1.ª p.)
42. Miguel Strigoff (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma. — El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Roca de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servador. (1.º)
58. Héctor Servador. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (2.º)
64. Los Quinientos millones de la Regu.
65. De la Tierra a la Luna.
66. Alrededor de la Luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una invención entre los hijos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la Tierra.